



La piedra de moler  
Margaret Drabble

Lectulandia

El título de *La piedra de moler* es una cita del Evangelio (Mateo, 18, 6), el símbolo de una pesada carga. La protagonista de esta novela ambientada en el swinging London de la década de 1960, es una joven brillante —«con una conversación inteligente, cierto prestigio heredado, un piso estupendo para dar guateques y un magnífico par de piernas»— que prepara su doctorado sobre el soneto isabelino. Y que se queda embarazada del hombre con quien tiene relaciones sexuales por primera y única vez.

Tras las primeras dudas, decide seguir adelante con el embarazo y dar a luz, sola, sin pareja, sin decirle nada al padre de la criatura. *La piedra de moler* (1965) es la crónica de una concepción, de un embarazo y de los primeros meses de maternidad de una mujer que encuentra en su experiencia una insólita dimensión física, irracional, social y hasta política. Es la historia de una mujer que da que hablar.

¿Es realmente posible una celebración de la maternidad —e incluso del desinterés por el sexo— que no sea un cúmulo de ñoñerías ni una justificación de valores reaccionarios? Esta extraña, originalísima novela de Margaret Drabble demuestra que sí. Y es además una compleja reflexión sobre lo que significa tanto la independencia como la necesidad de los demás.

**Lectulandia**

Margaret Drabble

# **La piedra de moler**

ePub r1.0  
turolero 08.09.15

Título original: *The Millstone*  
Margaret Drabble, 1965  
Traducción: Pilar Vázquez

Editor digital: tuolero  
Aporte original: Spleen  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota al texto



*La piedra de moler* se publicó por primera vez en Londres en 1965 (Weidenfeld & Nicolson). Se supone que la piedra de moler simboliza una carga muy pesada, o un castigo, y Drabble citó en alguna ocasión la referencia bíblica: «Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de moler que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar» (Mateo, 18, 6). Tiempo después, sin embargo, la propia autora no estaba muy segura de que este versículo bíblico tuviera algo que ver con la novela, y confesaba que se le había ocurrido sin pensar y le había parecido bueno, pero que «cuanto más lo consideraba, menos sabía por qué lo había escogido».



## La piedra de moler



Una mezcla peculiar de confianza en mí misma y de cobardía ha caracterizado mi trayectoria vital: casi se podría decir que éstos son los elementos de los que está hecha mi vida. Tomemos, por ejemplo, la primera vez que intenté pasar la noche con un hombre en un hotel. Tenía a la sazón diecinueve años, la edad apropiada para ese tipo de aventuras, y, huelga decirlo, no estaba casada. Sigo sin estarlo, un hecho que tiene cierta importancia, pero ya volveremos sobre este punto. Si no recuerdo mal, el chico se llamaba Hamish. Sí, eso era, lo recuerdo perfectamente. Tengo que tratar en serio de no menospreciar a nadie. Después de todo, lo que admiro en mí no es la cobardía, sino la confianza.

Hamish y yo salimos de Cambridge para las vacaciones de Navidad. Lo habíamos planeado con mucha antelación y les habíamos dicho a nuestros respectivos padres que las vacaciones empezaban un día más tarde, a sabiendas de que no se iban a molestar en comprobarlo y de que, en el caso de que lo hicieran, no serían capaces de verificar el valor de su información. Así que llegamos juntos a Londres a última hora de la tarde y tomamos un taxi en la estación para llegar al hotel. Lo teníamos todo pensado e incluso habíamos reservado una habitación, lo que probablemente no hubiera sido necesario, pues el hotel que habíamos elegido era uno de esos inmensos del centro que tienen una decoración vulgar y pretenciosa, especialmente concebidos para aventuras como la nuestra. Yo me había puesto una anilla de cortina en el dedo. Habíamos decidido dar el apellido de Hamish, que, al ser muy común, Andrews, era fácil de olvidar y menos complicado que tener que inventarnos un pseudónimo. Estábamos los dos bien informados sobre los riesgos que entrañan estas ocasiones, ya que en algún momento de nuestra vida habíamos leído montones de novelas baratas, y, en verdad, mostramos un aplomo considerable. Llegamos, descargamos nuestras maletas, que llevaban las etiquetas con los nombres adecuados, y tocamos el timbre de la recepción para pedir la llave. Fue ahí donde cometí el error. Por alguna razón, me pidieron que firmara en el libro de registro: ahora sé que no es en absoluto habitual que las mujeres casadas firmen en los libros de registro de los hoteles, y sólo puedo suponer que me pidieron que lo hiciera dada la índole del hotel, o sencillamente porque me quedé rondando por el mostrador, esperando que me lo pidieran. Sea como fuere, el caso es que cuando fui a firmar lo hice con mi nombre de soltera, mi nombre real: Rosamund Stacey, escribí, lo más grande que pude, con mi letra infantil, bajo un Hamish Andrews ingeniosamente ilegible. Ni siquiera me di cuenta de lo que había hecho hasta que no le devolví el libro a la recepcionista, que

observó mi firma, suspiró, irritada, y dijo:

—Pero ¿qué quiere decir esto?

No lo dijo ni divertida ni con mala fe ni en tono reprobatorio, sino malhumorada, como si estuviera completamente harta. Le estaba haciendo trabajar más de la cuenta, me bastó un vistazo para saberlo: había detenido la maquinaria porque sin darme cuenta había dicho la verdad. Mi intención era mentir, y ella esperaba que yo mintiera, pero por alguna razón freudiana arraigada en lo más profundo de mi ser lo había olvidado. Mientras ella hacía consciente a Hamish de mi error, a mí me invadió un humor sombrío, entre desesperado y contrito. No había sido mi intención complicar las cosas. Hamish salió del paso lo mejor que pudo, haciendo unas cuentas bromas sobre lo reciente que estaba aún nuestra boda; la chica no sonrió, ni le siguió la corriente y, cuando Hamish terminó de decir bobadas, cogió el libro de registro y dijo:

—Bueno, pues tengo que ir a preguntar.

Y desapareció por la puerta que había detrás del mostrador de recepción, dejándonos a Hamish y a mí plantados uno al lado del otro, pero sin atrevernos a mirarnos. Pasado un rato, dije:

—¡Mecachis! Lo siento, cielo. No me fijé.

—No te preocupes, seguro que no tiene importancia.

Y, por supuesto, no la tenía: pasados un par de minutos, la chica volvió, tan inexpresiva como antes, sin el libro de registro, nos dijo que no pasaba nada y nos dio la llave de la habitación. Supongo que mi nombre sigue en aquel libro de registro. Y su inscripción en tan sospechosa compañía es tan engañosa y falsa como todo lo que se refiere a mí y mi situación, porque Hamish y yo ni siquiera nos acostábamos, aunque durante un año pensamos casi a diario que estábamos a punto de hacerlo. Íbamos a hoteles y pasábamos muchas noches juntos en su *college* o en el mío, en parte, por jugar y, en parte, porque a los dos nos gustaba la compañía del otro. Por entonces, a esa edad, aquello era posible y permisible: cuando lo hacía, pensaba que estaba construyendo el amor y las condiciones del amor a mi manera y conforme a mi tiempo. No tenía en cuenta las normas más elementales sobre el sexo. No sabía que los patrones de conducta se fijan antes de que uno se haya dado cuenta y que lo que creemos que hacemos se convierte en la rígida cárcel que nos hace. En la más completa ignorancia y con la mayor inocencia levanté mi propia prisión y, para cuando fui lo bastante mayor para darme cuenta de lo que había hecho, ya no había tiempo para deshacerlo.

Cuando Hamish y yo nos quisimos durante todo un año sin llegar a hacer el amor, yo no era consciente de que con ello estaba cortando el patrón de mi vida. Se podrían ofrecer razones sin fin para nuestra abstinencia —el miedo, la virtud, la ignorancia, la perversión—, pero el hecho es que el patrón que se estableció con Hamish se repetiría infinitamente, a una velocidad cada vez mayor y cada vez más superficialmente, hasta el punto de que la idea de amar acababa por desvanecerse casi el mismo día que

surgía. El éxito llama al éxito, según dicen, y desde luego lo mismo pasa con el fracaso. Los éxitos los tenía en el trabajo, así que supongo que era mucho esperar tenerlos en otras facetas de la vida. Me acuerdo bien de Hamish, pero no recuerdo por qué nos separamos. Nos separamos, y ya está. Además, no tiene mucho interés, sino como ejemplo de mi incompetencia, tanto práctica como emocional. Todas las cosas que he intentado hacer al margen del trabajo se han quedado siempre en tentativas abortadas. Mi intento de abortar, por ejemplo, podría ser una ilustración clásica de algo: de mí misma, al menos.

Cuando algunos años después del episodio de Hamish, descubrí que estaba embarazada, apenas experimenté algo más que la incredulidad y la consternación normales en un caso así y, por razones que sin duda no podré privarme de contar — no había nadie a quien decírselo, no había nadie a quien preguntar—, me vi obligada a recurrir una vez más a las experiencias que había oído vagamente relatar a algunas amigas y a la información que había ido recolectando a lo largo de los años en mis lecturas de novelas baratas. Nunca, en ningún momento, tuve intención alguna de ir al médico. Llevaba tantos años sin ponerme enferma que ni siquiera sabía cuál era el procedimiento a seguir y pensaba que, si llegaba a darse la ocasión, me regañarían como a una niña de escuela por mi estado. No tenía humor para que me anduvieran amonestando, así que me lo guardé para mí y me dije que me enfrentaría a ello yo sola o, al menos, lo intentaría. Armarme de valor me llevó algún tiempo: estuve un día entero en la biblioteca del Museo Británico con la mirada perdida en las páginas de Samuel Daniel y pensando, con sudores fríos, en la ginebra. Tenía una vaga noción del método de la ginebra: la quinina o algo así, creo, hacía no sé qué en el útero y, combinada con un baño caliente, a veces funcionaba. Así, pues, decidí que, si otras chicas habían pasado por ello, por qué no yo. Podría tener suerte. No sabía cuánta ginebra tenías que beberte, pero me daba la horrible sensación de que era una botella entera: esta perspectiva me molestaba tanto física como económicamente. Me daba rabia tener que gastarme dos libras en una botella de ginebra, y sólo para ponerme malísima. Pero no podía engañarme diciéndome que no me lo podía permitir, y, comparada con otros métodos, era relativamente barata, conque seguí pasando tristemente las páginas de Daniel y decidí que lo intentaría. Mientras pasaba las páginas, me llamó la atención una imagen que me resultaría muy útil para la tesis, y la anoté. Afortunada en el trabajo, desafortunada en amores. El amor es algo excepcional en la vida del hombre, pero constituye toda la existencia de la mujer, observaba erróneamente lord Byron.

De camino a casa, me paré en Unwin y compré una botella de ginebra. Cuando el hombre del mostrador me la entregó, envuelta en papel de seda, deseé estarla comprando por alguna razón más festiva. Recorrí un trecho de Marylebone High Street con ella en la mano, mirando los escaparates con la sensación de que era la última vez que posaba la vista en las prohibitivas fruterías, los conejitos de chocolate y las hogareñas antigüedades. No me habría importado, sin embargo, estar viendo por



última vez los trajes de premamá: era mala suerte, a la vista de los futuros acontecimientos, que la zona en la que vivía por entonces estuviera llena de tiendas de ropa y *boutiques* para la futura mamá y el bebé. Me llegaron a obsesionar hasta el punto de que no podía avanzar por la calle sin toparme con la imagen reprobadora de alguna modelo de vientre plano y perfectamente vestida, que exhibía con estudiado donaire y cabello de cristal blanco una prenda elegante y con clase. Verlas aquella noche me hizo agarrar con más fuerza el cuello de la botella de ginebra, y cuando doblé la esquina al llegar a mi calle, estaba completamente decidida.

Por entonces vivía en el piso de mis padres, lo que suponía una peligrosa distorsión de mi verdadero estatus económico. Mis padres se habían ido dos años a África; mi padre era profesor de economía y estaba en una universidad recién creada, iniciándolos en el buen camino. Él mismo estaba en el buen camino o, de lo contrario, no le habrían invitado. Habían pagado un traspaso de quince años por este piso, y me dijeron que lo podía utilizar mientras ellos estaban fuera, lo que era muy generoso por su parte, pues podrían haberlo alquilado por un montón de dinero. Pero se oponían firmemente a la condición de propietarios, y no estaban dispuestos a participar en ella si no era con cierto sufrimiento o sacrificio: de modo que su actitud no era del todo generosa, sino que, al menos en parte, era una manera egoísta de evitar la culpabilidad. Yo me aprovechaba de ello, en cualquier caso: era un piso precioso, en la cuarta planta de un gran edificio de principios de siglo, y a mano de Regent's Park y Oxford Circus, de Marylebone High Street y de Harley Street, en realidad, de todos los lugares de interés que uno pueda imaginarse. La única desventaja era que mucha gente se empeñaba en suponer que, viviendo allí, tenía que ser necesariamente rica, lo que, conforme a la mayoría de los estándares humanos, no dejaba de ser cierto: entre las becas de investigación y otras ayudas sacaba unas quinientas libras anuales; pero esto, claro está, no era ser rica a los ojos de quienes suponían que lo era. De hecho, si hubieran sabido la verdad, me habrían clasificado entre quienes se encuentran al borde de la inanición y habrían dejado de hacer comentarios sobre el estado de mis zapatos. Más allá de dejarme vivir en su casa, mis padres no me pasaban dinero. Habrían podido permitírselo, pero creían en la independencia. Me habían inculcado tan profundamente la idea de que no tenía que depender de nadie que creía que la dependencia era un pecado horrible. Una mujer emancipada: ésa era yo, abriendo la puerta de mi propia casa con mi propia llave y una botella de ginebra en la mano.

Cuando me vi sola en el piso, me empezó a entrar miedo. Hacer aquello me parecía violento e inquietante, casi tan violento e inquietante como el acto que había generado esta necesidad, y, encima, esta vez no tenía compañía. Esta vez estaba sola. En cierto modo eso mejoraba las cosas: al menos no me veía nadie. Dejé la botella en el aparador de la cocina, al lado de otras que estaban prácticamente vacías, un dedo arriba o abajo, y miré la hora. Eran las seis y media. No me parecía que las seis y media fuera una hora apropiada para empezar aquello, pero tampoco había otra cosa

que hacer: no me veía sentándome a trabajar para un par de horas. Y, aunque tenía bastante hambre, me parecía que era mejor no comer nada. Así que me puse a ir y venir por el pasillo y estaba entrando en el dormitorio para desvestirme cuando llamaron al timbre. Di un respingo, como si me hubieran sorprendido in fraganti, y, al mismo tiempo, sentí un gran alivio, como si me hubieran indultado: cualquier cosa era mejor que lo que estaba considerando, y la gente que me encontré al abrir, muchísimo mejor. En cuanto los vi, supe lo encantada que estaba de verlos y les dije que entraran con la mejor disposición y gran contento.

—No estarías preparándote para salir, ¿no, Rosamund? —dijo Dick, entrando en la cocina y sentándose a la mesa—. Nunca sabe uno contigo. Llevas una vida tan secreta. Pensábamos llevarte a ver la última de Fellini. Pero igual ya hace semanas que la viste.

—Qué simpáticos —dije.

—¿La has visto? —me preguntó Lydia—. Si la has visto, no nos digas nada; tengo la sensación de que me va a gustar y, si a ti no te ha gustado, tampoco me gustará a mí. Y lo mismo, si te ha gustado. Bueno, que no nos digas tu opinión.

—No, no la he visto. ¿Dónde la ponen?

—En el Cameo-Poly. En Regent Street.

—¡Oh! No, ahí no voy. Ya no paso nunca por Regent Street.

—¿Y por qué no?

—Porque no. Eso es todo —dije. Y era verdad, además, y me consoló decírselo, mientras no supieran la razón o, de saberla, no les importara un comino.

—Un poco más de tu vida secreta —dijo Dick—. ¿No vas a venir, entonces?

—No, de verdad que no. Quería trabajar un poco esta noche.

—¿Has visto a Mike últimamente? —me preguntó Dick, que siempre temía, aunque no tuviera razón o precedente alguno para ello, que fuera a darle una clase sobre los sonetos isabelinos.

—No, hace semanas que no lo veo.

Alex, quien hasta ese momento había estado callado, arrancando trocitos de la barra de pan que traía y llevándoselos a la boca, soltó de pronto:

—¿Y por qué no nos vamos todos a tomar una copa?

Yo era una chica bien educada. Inmediatamente, sin pensármelo dos veces, dije:

—¡Oh, no! ¿Por qué no nos la tomamos aquí?

Y, como Dick, Lydia y Alex entraban en la categoría de quienes sobreestimaban mis medios económicos, todos aceptaron al instante. No bien había dicho esas palabras, me di cuenta de que los cuatro tenían la vista fija en la botella de ginebra: probablemente me habían seguido desde la tienda. Les serví un vaso a cada uno; entonces decidí que no tenía sentido que precisamente yo me abstuviera y serví otro para mí. Luego se dirigieron todos al salón y empezaron a charlar. Dick contó que aquel mismo día había intentado enviar un paquete y que en la estafeta de correos le dijeron, primero, que pesaba demasiado y, después, que el cordel no valía, para

terminar cerrando mientras él lo estaba reforzando. Le preguntamos qué había en el paquete, y nos dijo que una construcción de juguete que le enviaba a su sobrino por su cumpleaños. Luego Lydia nos contó que, cuando había enviado su primera novela a su primer editor, había puesto el paquete en el mostrador y había preguntado educadamente, con esa voz supuestamente modesta de chica de clase media: «¿Puedo certificarlo, por favor?», esperando que la respuesta fuera: «Sí, claro que puede, señorita». Pero el funcionario le había espetado: «No, no puede». Luego resultó que no era más que una cuestión de lacre y cordel, pero ella se lo había tomado como una estimación profética del valor del paquete, y esta inesperada negativa la había dejado de verdad tan afectada que se lo había llevado de vuelta a casa, lo había metido en un cajón y había tardado tres meses en volver a sacarlo.

—Entonces —continuó Lydia—, cuando por fin lo envié, la carta que iba dentro estaba fechada hacía tres meses y para cuando la leyeron tenía seis, de modo que, cuando al cabo de tres meses de enviarlo, llamé y les dije que hacía seis meses que tenían el manuscrito, me creyeron. Lo pescáis, ¿no?

No del todo, pero nos reímos igualmente, y nos servimos otro vasito de ginebra y contamos otras anécdotas, esta vez sobre las hazañas literarias de varios conocidos. Éste resultó ser un tema fructífero, pues todos los presentes éramos o pretendíamos ser escritores, de un tipo o de otro, aunque Lydia era la única que se habría considerado verdaderamente autora de pleno derecho. Yo misma carecía de toda creatividad y me pasaba la vida entregada a la esmerada y prolija recopilación de ciertos datos relativos a la poesía renacentista, una tarea que me encantaba, pero que en general se consideraba inútil. Sin embargo, se me reconocía un buen sentido crítico en otras esferas y de vez en cuando hacía alguna reseña literaria, además de leer un montón de las cosas que escribían los amigos, tanto obras de teatro como poesía, novelas o correspondencia. Dick, por ejemplo, me había confiado uno o dos de sus libros, todavía sin publicar y, en mi opinión, imposibles de publicar. Uno era una novela que mostraba un gran encanto y talento en los detalles menores, pero con una trama y, lo que es peor, una estructura temporal, completamente defectuosas: no es que a mí me preocupen mucho las tramas, pero sí que me gusta tener una secuencia de los acontecimientos. Sus personajes funcionaban al margen del tiempo: era imposible saber qué iba antes y qué después; a uno le resultaba sencillamente imposible decir si una escena en concreto duraba horas o días, o si sucedía horas, días o años más tarde de la anterior, o, en verdad, incluso antes de ésta. Se lo señalé a Dick, y él se alarmó y se asustó porque no veía qué quería decir yo, lo que significaba que el defecto debía de ser de concepto y no simplemente técnico. Dick se ganaba la vida escribiendo guiones de un tipo u otro en una cadena de televisión, pero ese trabajo no le entusiasmaba. Alex, por el contrario, estaba tan entregado a su trabajo como yo misma: era creativo en una compañía publicitaria, y su trabajo le entusiasmaba. En el fondo era un joven puritano serio, y creo que le deparaba un gran placer vivir en aquel ambiente tan cálidamente perverso, todo bromas y engaños,

prostituyendo su talento. Tenía además unas dotes extraordinarias para la publicidad, y siempre que sus ojos se topaban con una página de periódico o revista en la que hubiera un eslogan creado por él lo leía en voz alta. Escribía poesía a escondidas y, de hecho, publicaba uno o dos poemas cada dos años o así. Lydia era la única que había llegado de verdad: había publicado un par de novelas, pero últimamente se limitaba a deambular por Londres quejándose de que ya no tenía nada que contar. Nadie se compadecía de ella, lo que era bastante comprensible: sólo tenía veintiséis años, ¿por qué habría de preocuparse?

En vista de su situación, escuchaba con deleite cualquier anécdota o historia sobre lo atroz que era el último libro de éste o de aquél, y nosotros teníamos la bondad de ofrecerle unas cuantas.

—No está bien, en cualquier caso —opinaba Dick, después de haber despachado no sin cierta sorna la última novela de Joe Hurt—, no está bien sacarlas así como churros, una al año. Mecánicamente, eso es lo que es.

—Un poco más de mecánica no te vendría nada mal a ti —dije yo en tono alegre. Ya iba por mi segunda ginebra.

Lydia, que hasta ese momento había aceptado nuestro artero consuelo, se volvió de pronto contra nosotros con un lamento desesperado.

—Me importa poco lo que digáis, es mejor escribir libros malos que no escribir ningún libro, de veras lo es. No escribir nada es... nada, sólo nada. Es maravilloso sacar uno al año, creo que Joe Hurt es maravilloso; eso es lo que admiro, esas cosas.

—Tú no lo has leído —dijo Dick.

—¡Eso no tiene nada que ver! —exclamó Lydia—. Lo que cuenta es el esfuerzo.

—Pues entonces ¿por qué no escribes tú un libro malo? —le pregunté—. Me apuesto cualquier cosa a que podrías escribir un mal libro, si te pones a ello. ¿O no?

—No si supiera que era malo mientras lo estaba escribiendo. No podría hacerlo. No podría terminarlo.

—Qué visión más romántica de la creación literaria —dijo Dick.

—Habla por ti —dijo Lydia, en tono enojado—. Consigue que te publiquen los tuyos, y luego podrás llamarme todo lo romántica que quieras. Pásame la ginebra, Rosie, bonita.

—Sea lo que sea —intervino Alex, quien para entonces se había comido prácticamente toda la barra de pan—, si queréis saber mi opinión, Joe Hurt sabía de sobra lo malo que era el libro mientras lo estaba escribiendo. Todas y cada una de sus páginas apestan a una mala calidad consciente. ¿No crees, Rosie?

—No lo he leído —respondí—. Pero ya sabéis lo que dice siempre Joe. Nadie ha escrito nunca una obra maestra antes de cumplir los treinta y cinco, dice Joe, y añade: eso me da todavía otros seis años.

—¿Sigues saliendo con él, Rosie?

—Todavía nos vemos. Y deja de llamarme Rosie, ¿de dónde has sacado la idea de llamarme así?

—De Lydia. Te acaba de llamar Rosie hace un momento.

—Le gusta reducir a la gente. La hace sentirse mejor, ¿no es así, Lyd?

Esto nos hizo soltar a todos una carcajada, y yo alcancé la botella de ginebra y observé, horrorizada, que ya sólo quedaba la mitad, o menos. De pronto se apoderó de mí el recuerdo acuciante de lo que nunca había llegado a olvidar del todo, y miré el reloj y les dije si no era ya la hora de que se fueran a ver la película de Fellini. No era fácil desalojarlos, estando como estaban conversando locuaces y confortablemente acomodados en los viejos y mullidos sillones de mis padres, donde daban la sensación de estar recogidos como animales al calor de la calefacción central: agitaron los brazos y dijeron que preferían quedarse charlando, y casi esperé que así lo hicieran. Yo misma me habría vuelto a arrellanar en el sofá, tomando, como siempre, la visión a corto plazo de las cosas, el camino más fácil, más tranquilo, cuando de pronto a Alex se le pasó algo por la cabeza. Supe de qué se trataba en cuanto lo vi erguirse en el asiento con gesto molesto y preocupado: pensaba que me habían ofendido sus comentarios sobre Hurt, lo que bien podría haber sido el caso, pero no lo era. Sin embargo, no bien vi reflejarse esta posibilidad en su cara, supe que se marcharían: y se marcharon, siempre tan delicados en las relaciones personales como faltos de toda delicadeza con las botellas de ginebra de los demás. Los retuve charlando un rato más en la puerta, y mis ojos pasaron inquietos de uno a otro: Dick, con sus ricitos, tan guapo como siempre; Alex, de cara fina y hombros pronunciados, como de cigüeña; y la hermosa Lydia Reynolds, de cara pálida, malhumorada, comiéndose la uñas y con un parpadeo incesante, envuelta en su sucio impermeable Aquascutum. Me pregunté si podría pedirle a alguno de ellos que se quedara y pasara conmigo aquel tormento, y más tarde se me ocurrió que, en realidad, les habría regocijado enormemente semejante petición, a los tres juntos: se habrían abalanzado con presteza ante la perspectiva de una velada cuya sordidez sería estimulante y les proporcionaría material para escribir. Pero la necesidad nublaba mis ideas en ese momento; no lo veía así y dejé que se fueran sin mí a ver la película de Fellini.

Cuando se marcharon, volví despacio al salón, me senté en la alfombra delante de la chimenea y volví a comprobar el contenido de la botella de ginebra. No quedaba mucho. No lo suficiente, creía. No lo suficiente, esperaba. Ya me sentía bastante rara: la cabeza me daba vueltas y estaba alegre, lo que, por más que sólo fuera ligeramente alegre, ya era bastante extraño, dada la situación. El alcohol siempre me pone contenta. Casi me daban ganas de abandonar todo el plan e irme a la cama, o freírme un par de huevos con bacon o sentarme a escuchar la radio. Pero sabía que no podía echarme atrás y tenía que hacer lo que había decidido hacer, independientemente de que fuera o no efectivo. Iba a ser muy desagradable, pero no podía librarme. Cogí, pues, la botella y me la llevé al dormitorio, donde me desvestí y me puse el albornoz. De camino al baño, tropecé con el tubo de la aspiradora, que llevaba una semana en el pasillo, y no conseguí agarrar el picaporte a la primera. Recordé que no había probado bocado desde la comida. Pero fue cuando me puse a llenar la bañera cuando

me di cuenta cabal de mi estado. Toda el agua caliente de la casa procedía del calentador de gas que había en el cuarto de baño. Se podía conseguir que calentara fieramente, si te las apañabas para controlar el chorro: había una relación íntima entre el volumen de agua que salía del grifo y la fuerza de la llama del quemador de gas del calentador. Si salía demasiada agua, la temperatura del agua no pasaba de tibia; con demasiada poca, el gas se apagaba por completo, y entonces el agua salía gélida. Ya era bastante difícil de regular en condiciones normales, y aquella noche no conseguí que funcionara de ninguna manera. Me senté en la banqueta del baño y dejé correr el agua, comprobando de vez en cuando la temperatura con el dedo, rectificando y volviendo a dejarla correr, hasta que creí que había logrado la temperatura deseada; entonces puse el tapón a la bañera y mientras esperaba que se llenara me bebí el resto de la botella, tal cual, la ginebra pura. Estaba tan mala sin diluir que pensé que el acto de beberla era un castigo por mi conducta inmoral. El efecto fue instantáneo: de pronto estaba tan borracha que por poco me caigo en la bañera con el albornoz puesto. Conseguí levantarme, no obstante, y quitármelo y dejarlo tirado en el suelo: entonces me metí en el agua.

Salí al instante: estaba fría como un témpano. Me había pasado al reducir el volumen, y se había apagado todo, salvo el piloto. Me quedé mirando el grifo del agua caliente, temblando de frío, derrotada. Tal vez, pensé, esta impresión haría el mismo efecto en mi organismo que el que habría hecho el calor. Esa alegría inapropiada que me invadía fue en aumento al darme cuenta de lo absurdo de la situación: conseguí volver a ponerme el albornoz y me tambaleé por el pasillo hasta el dormitorio, donde me desplomé en la cama. Me dio tal mareo al tumbarme que tuve que ponerme en pie de nuevo, y decidí intentar echar la borrachera fuera caminando, así que me puse a ir y venir por el pasillo, a entrar y salir de las habitaciones, y vuelta a empezar, una y otra vez, dándome contra las paredes. Mientras iba y venía pensaba en tener un hijo y, en aquel estado de total embriaguez, me parecía que tener un niño tal vez no era mala cosa, aunque fuera poco práctica y estrambótica. Mi hermana tenía hijos, unos niños preciosos, y parecía que le gustaba tenerlos. Mis amigas tenían niños. Por qué no iba a tener yo uno también, lo tenía bien merecido, pensé, aunque sólo fuera por haber nacido mujer. No podía pretender que no era una mujer, ¿no?, por más que intentara un día tras otro eludir la cuestión. Si otra gente tenía que pagar, pues yo también, ¿o no? Intenté amargarme un poco con esto, como me sucedía normalmente cuando estaba sobria, y en los últimos días más que amargarme me daban ganas de suicidarme. Pero no lo conseguí. La ginebra me había puesto contenta y optimista, y pensé en llamar a George y contárselo todo. En ese momento me parecía posible hacerlo. De haber tenido su teléfono, lo habría llamado. Y de nuevo aquí me quedé atrapada en esa contención inicial, pues, habiendo superado la tentación de llamar a George, ya no había razón alguna para sucumbir en otra ocasión, no tenía por qué llegar un momento en el que no pudiera soportar mi silencio. De haberme conocido mejor a mí misma por entonces, habría



hecho en ese momento alguna llamada para averiguar su número de teléfono y se lo habría contado en el acto. Pero no lo hice. Y, tal vez, mejor no haberlo hecho. Mejor para él, quiero decir.

Nunca le dije a nadie que George era el padre de mi hijo. Se habrían quedado muy sorprendidos si lo hubiera hecho, pues George era una persona tan completamente circunstancial en mi vida que la mayoría de la gente ni siquiera sabía que lo conocía. Me habrían preguntado si estaba segura. Yo no podía estar más segura, teniendo como tenía una razón infalible a favor de la paternidad de George: era el único hombre con el que me había acostado en mi vida, y además una sola vez. Todo había sucedido por casualidad de principio a fin: de hecho, uno de los motivos más dolorosos de mi indignación en aquellos meses era que el asunto no podía ser más improbable. A fin de cuentas, no se podía decir que me lo hubiera buscado: me lo había buscado tan poco como la que menos. Una lee esas alentadoras historias de mujeres que se pasan años intentando concebir sin lograrlo, pero, claro, también están las otras historias, que siempre he querido obviar debido a los lúgubres tonos que destilan, a su asociación con la famosa letra escarlata<sup>[1]</sup>, a su puritana atención, ojo por ojo, a los detalles del delito. Hoy en día se tiende a clasificar esas historias bajo la categoría de fantasías de la imaginación reprimida, y es extraordinariamente difícil convencer a nadie de que hasta en el primer intento es posible concebir, aunque, cuando te paras a pensarlo, sería bastante raro si no lo fuera. Sea como fuere, yo sé que es posible porque a mí me sucedió, como en la mejor de las fábulas morales para jovencitas, y, desafortunadamente, una parte importante de mí misma estaba más que dispuesta a sospechar si no sería un castigo.

Pero lo más extraño es que nunca pensé que fuera un castigo por aquella velada con George, sino más bien por todas aquellas noches de abstinencia con Hamish y sus sucesores. Era culpable de un delito, de acuerdo, pero era un delito completamente nuevo, propio del siglo xx, que no tenía nada que ver ni con la lujuria ni con la avaricia, aquellos viejos delitos tradicionales. Mi delito era la suspicacia, el temor, la aprensión que despertaba en mí la sola idea del sexo. Me gustaban los hombres, y me había pasado años enamorándome y desenamorándome, pero la mera idea del sexo me aterraba, y cuanto más tiempo pasaba sin haber tenido relaciones sexuales y cuanto más leía sobre la necesidad de tenerlas, más me aterraba. Debía de ser la parte física de las relaciones lo que me asustaba, pues no tenía nada que oponer a sus implicaciones sociales, a que mi nombre apareciera en el libro de registro de los hoteles, a que estuviera de boca en boca en las fiestas, ni tampoco me preocupaba el desasosiego emocional que me imaginaba que las acompañaría: pero el acto propiamente no podía ni hacerlo ni tan siquiera considerar hacerlo. Hasta ahí llegaba, y ni un paso más. He pensado en todo tipo de causas que puedan explicar este rasgo de mi personalidad —la saludable seriedad de mi familia, mi aislamiento de niña (al

tener un intelecto superior a la media), mi aversión egoísta a todo asomo de mangoneo de mi persona, que era una especie de instinto de supervivencia—, pero ninguna de estas causas imaginarias consigue empezar a explicar la enorme persistencia del efecto. Como es natural, mi virtuosa renuencia me hacía muy infeliz, como les hace también a todas esas chicas que cuentan su vida en las páginas traseras de las revistas femeninas, pues, al igual que a ellas, me gustaba enamorarme y que me besaran en el portal y, al igual que ellas, detestaba estar sola. En mi caso había que añadir la desventaja de que por ningún concepto podía parecerme bien mi conducta; era hija de mi tiempo y sabía lo equivocada y desencaminada que estaba. Iba por ahí con una letra escarlata bordada en el pecho, al fin y a la postre visible, pero la A no representaba «Adulterio», sino «Abstinencia». Hasta terminé por creer que me había caído así aquello, mi castigo, por haber perdido tanto tiempo en dudas y vacilaciones. Si a los dieciocho años me hubiera lanzado sin más, rebosante de generosa pasión, me habría salido con la mía sin tener que pagar por ello. Pero en el fondo de mi corazón era una victoriana, y pagué el castigo victoriano.

Por fortuna, la parte que correspondía a los detalles más vergonzosos la pagué en secreto. Nadie supo nunca lo rara que era mi vida sexual, ni nadie, ni siquiera los hombres a los que tenía engañados, habría considerado siquiera la idea de que yo era virgen. A excepción de Hamish, claro está, que al haber sido el primero, lo sabía bien. No obstante, incluso Hamish debía de suponer que con el tiempo habría encontrado una solución, como él mismo. Hoy está casado y tiene dos hijos. No tardé mucho en darme cuenta, sin embargo, de que no podía tenerlo todo; si quería declinar, tendría que pagar por ello. Necesité algún tiempo para averiguar qué era lo que más necesitaba de los otros, y, tras ciertos experimentos bastante tristes, terminé decidiendo que la única cosa de la que no podía prescindir era de la compañía. Después de mucha prueba y error, logré construirme un sistema excelente, un sistema que combinaba, me parecía a mí, la honradez con los otros y el máximo beneficio posible para mí.

Mi sistema funcionó durante un año, más o menos, y mientras duró fue completamente satisfactorio. Ahora lo recuerdo como se recuerda un lejano idilio romántico. Esto fue lo que sucedió. Yo salía con dos chicos al mismo tiempo, uno era Joe Hurt, y el otro, Roger Anderson, y Joe creía que me acostaba con Roger, y Roger creía que me acostaba con Joe. De esta manera me las apañé para recibir de cada uno de ellos la atención justa que podía soportar, como algún que otro apretón de manos en el cine, sin tener que exponerme a la cruzada del caballeroso celo sexual de ninguno de los dos, que, de haber sabido cómo eran de verdad las cosas, se habrían sentido obligados, por honor, a seducirme y a revelarme los verdaderos placeres de la vida. Claramente, a ninguno de los dos les interesaba yo mucho, o, de lo contrario, no se hubieran contentado con ese arreglo. Lo único que tenía que sacrificar era el interés verdadero y el amor. Y podía pasar sin esas dos cosas. Tanto Joe como Roger se acostaban con otras chicas, o eso suponía yo. Se decía que Joe tenía una mujer en

algún lado, pero lo más probable, ahora que lo pienso, es que Roger separara sus intereses sociales de sus intereses sexuales. En muchos sentidos, Roger no era precisamente un joven decente, representaba todo aquello que mis padres me habían enseñado a despreciar y condenar: era un contable rico, de buena familia y políticamente conservador, que claramente se había decidido por un tipo de carrera en el que la personalidad le sería de más ayuda que la capacidad. Tenía muchos de aquellos hábitos que mis padres calificaban de vulgares, pero que no lo eran, a no ser que se falsificara totalmente el significado de la palabra; por ejemplo, hablaba muy alto en los lugares públicos y se mostraba muy descortés con los camareros que le hacían esperar y con la gente que intentaba decirle cómo tenía que aparcar el coche. No era tonto, y tenía una gran facilidad, relacionada sin duda con su profesión, para reconocer los principales puntos de un libro o de una obra de teatro sin leérselo entero o escucharla atentamente; la tosquedad de sus opiniones me atraía: no demostraban ignorancia, sino simplemente que era impaciente y nada le impresionaba. Yo le gustaba, creo, en parte, porque era educada y habladora, y le resultaba fácil llevarme a un sitio y al otro, pero sobre todo porque representaba para él un ambiente literario pomposo y un poco cutre que apelaba a su deseo de conocer mundo. Por supuesto, él me atraía a mí por esa misma razón, el deseo de conocer mundo: me fascinaba que pudiera existir gente así. Le gustaba la idea de que yo me acostara con Joe Hurt; me daba a sus ojos un estatus un poco sórdido. Roger era barbilampiño y llevaba unos trajes bien cortados; tenía la piel limpia y bien nutrida de un niño, y era cálida, con una sosegada calidez interior.

No dejaba de ser extraño que a Joe también le gustara la idea de que yo me acostara con Roger, aunque lo odiaba y muchas veces lo vituperaba violentamente delante de mí, insultándolo con una elocuencia torrencial. Joe era lo opuesto a Roger, en la textura de su cutis, al menos: donde Roger era toda suavidad, Joe estaba horriblemente marcado, picado y deteriorado, como si hubiera tenido la viruela. Joe era feísimo; medía más de un metro ochenta y era cargado de hombros y desgarbado, lo que podría deberse originariamente a la timidez, pero que para entonces era una manifestación de insolente inquina. Y, al mismo tiempo, resultaba terriblemente atractivo: a primera vista, creías que era el hombre más feo que habías visto en tu vida, pero enseguida te veías considerando con dolorosa admiración todos los ángulos de su belleza. Sin duda, de niño tuvo que haber sido feo, de una fealdad opresiva y absoluta, y retenía muchos síntomas defensivos, agresivos, de esa época; para cuando yo lo conocí, sin embargo, debía de hacer años que era consciente del magnetismo de sus encantos. Mostraba, por tanto, una actitud de desafiante placer por su propio éxito: no aceptado durante años, el verse aceptado no era para él, como en el caso de Roger, un derecho que le venía de cuna, un punto de partida dado, sino un reto que vencer. Su mujer era una americana que se decía que había conocido durante los dos años que había pasado en una universidad estadounidense, pero nadie la había visto nunca. Joe escribía novelas; desde su regreso a Inglaterra había abandonado

toda aspiración de hacer carrera académica y, además de sacar puntualmente una novela al año, tenía sus escauceos como guionista y adaptador para el cine. Sus libros se leían compulsivamente, pero a mí me parecía que se iba a quedar para siempre al borde de algo verdaderamente artístico: tenía talento para escribir bien, y mantenía que algún día se pondría a ello, pero cuanto más legible y productivo se volvía, más burla hacían de él sus amigos y mayor era la ruina que le profetizaban. Yo misma no sabía qué pensar, porque sus puntos fuertes y sus puntos flacos parecían estar estrechamente combinados: era prolífico por naturaleza, de la misma manera que yo era casta por naturaleza. ¿Por naturaleza? ¿Seguro? En cualquier caso, me tomaba en serio cuando yo hacía comentarios (que no pretendían ser serios) como: «Bueno, Henry James fue muy creativo» o «Shakespeare escribió más obras que ninguno de sus contemporáneos», lo que significaba que no les faltaba grandiosidad a sus deseos. Era conmovedor ver cómo había que animarlo por todos y cada uno de sus éxitos. Él y Roger no se conocían en absoluto; tenían algunos amigos y conocidos comunes, como yo misma, y coincidían alguna vez en ciertas reuniones sociales en las que se mezclaba todo tipo de gente. Cada uno de ellos consideraba que el otro tenía el tipo de mundo del que él mismo carecía, y lo despreciaba y lo respetaba en consonancia. Y, además, los dos tenían razón. Supongo que Joe encajaba más que Roger en el tipo de persona que se suponía que me podría gustar a mí, ya que teníamos muchos intereses comunes y lo pasábamos muy bien discutiendo de libros y de películas, de la gente y de sus maneras de ser. Al igual que a Roger, a Joe le venía muy bien tener una chica de repuesto, y a mí me venía bien serlo. Era un sistema excelente.

Fue por George por lo que todo ese montaje, tan frágil y poco natural, se vino abajo. Mi querido George, el amable, el modesto, el amanerado George. Al pensar en George ahora, incluso me permito dar rienda suelta a cierta ternura, ahora, cuando ya es demasiado tarde. Conocí a George en compañía de Joe. Era locutor de radio, y lo conocí de una forma bastante indirecta en la cantina de la BBC, en donde iban a entrevistar a Joe con motivo de la aparición de su último libro. Yo había ido a acompañarlo. Joe no conocía a George, pero un amigo suyo que estaba sentado con nosotros sí lo conocía, y nos lo presentó. A primera vista, George pasaba bastante desapercibido, ya que tenía un porte suave, tranquilo, en verdad timorato, unas cualidades que no abundaban entre mis amistades, pero al mismo tiempo mostraba una atención discreta y amable que se hacía notar a su debido tiempo. Tenía una carita fina y decorativa y una voz agradable, con el tono neutro típico de los locutores de la BBC, era un tanto afeminado en el vestir y, de vez en cuando, amaneraba la voz para contar chistes de mariquitas. No era, se diría, un personaje que entrañara peligro o amenaza alguna, ni tampoco era probable que inspirara grandes pasiones. No tenía nada en contra de Joe Hurt, por ejemplo, que se mordisqueaba los dedos amarillos, de grandes uñas curvas, agrietadas y aún más amarillas, y movía las piernas furiosamente alrededor de las patas de acero tubular de la mesa, mientras sermoneaba en voz alta, pero no por ello más clara, sobre lo aburrida que es la novela

experimental. Los ojos de todas las chicas presentes en la cantina no dejaban de volverse, aduladores y vergonzosos, hacia Joe. Siempre producía un efecto similar en cualquier reunión. George lo escuchaba, y también parecía impresionado, aunque de vez en cuando hacía algún comentario sesgado o contaba algún chascarrillo, como ya he dicho. Yo creía sin la menor duda que le gustaba Joe. Joe atraía a todo el mundo, hasta a aquellos que ocultaban la atracción dirigiéndole violentos improperios.

Después de que nos presentaran, me lo encontraba de vez en cuando, más o menos una vez a la semana. A veces en la calle; viviendo donde yo vivía, tan cerca de los estudios de la BBC, nuestros caminos se cruzaban continuamente en Upper Regent Street o a lo largo de Wigmore Street. A veces nos encontrábamos en un *pub* al que él iba mucho y que Joe y yo frecuentamos durante algún tiempo. Era un *pub* muy agradable, así que una noche llevé a Roger. Una vez coincidimos, para nuestra sorpresa, en una fiesta. Me gustaba encontrarme con él, porque siempre parecía muy contento de verme y hacía algún comentario. «Estás muy guapa esta noche, Rosamunda», me decía, por ejemplo, cuando entraba en el Bear and Baculus, el *pub* del que era cliente asiduo, o «¿Cómo te fue hoy con Astrophel y Stella?<sup>[2]</sup>» Extrañamente, parecía muy versado en poesía; no me resultaba fácil situarlo, imaginar su procedencia o qué estudios había hecho, lo que, como es natural, me intrigaba. No tenía acento de ningún sitio concreto, pues, cuando dejaba el tono de la BBC, no era para retomar un acento originario, sino un tipo de habla amanerada que es bastante universal. Había algo en su cabello, sin embargo, que le hacía pensar a una que tal vez no era tan refinado como parecía. No se le quedaba pegado a la cabeza, como suele suceder: le salía formando un ángulo oblicuo, lo que a cierta luz casi le daba un aspecto de truhán, de listillo. Eso me encantaba. Me encantaba él, todo él, y, pasadas unas semanas, empecé a convencer a Joe o a Roger para ir a su *pub*, sólo para hablar con él unos minutos.

Le parecía muy divertida la alternancia Joe-Roger, y claramente pensaba lo peor, una conclusión gratificante para mi orgullo. Hacía unos ruiditos como de gallina clueca para reprobar mi conducta, lo que me divertía en gran manera. Me deleitaba la imagen de mi propia perversión imaginaria reflejada en sus ojos, pues George veía lo que se creía que veía con una divertida indulgencia, exactamente el tipo de reacción que habría querido provocar de haber sido verdad lo que él creía ver. Una tensa noche de verano, convencí a Joe para que me llevara al *pub*: estábamos muy enfadados después de habernos enzarzado en una inútil discusión sobre si le habíamos prestado o no la semana anterior un billete de una libra a un amigo pesado y poco de fiar. Yo estaba verdaderamente molesta con Joe, pues tengo buena memoria, y recordaba perfectamente la ocasión; y mi mal humor no mejoró al llegar al *pub* y ver que George no aparecía. Conforme se alejaba la hora en la que él solía llegar, mi irritación iba en aumento, hasta que Joe montó en cólera y se fue, dejándome sola. Seguí sentada unos cinco minutos, fingiendo forzosamente que me terminaba la bebida, y pasado ese tiempo me levanté para irme. No soporto estar sola en un *pub*. En la

puerta me encontré con George.

—¡Santo cielo! ¡Tú sola esta noche! ¿Es así o me equivoco?

—Se acaba de largar —dije—. Joe se acaba de largar.

—Ya lo sé, me lo acabo de encontrar en Portland Place. Tómate algo.

—Me estaba yendo —dije.

—Ya, pero por ¿qué no te quedas un rato más?

—Vale, me quedo.

Así que George fue a por las bebidas; volvió de la barra con una sonrisa suavemente maliciosa en los labios y me dijo:

—Bueno, lo único que tienes que hacer es llamar a Roger. Qué lista, lo bien que te has organizado la vida.

—No me gusta mucho Roger —dije, y me eché a reír—. Ni a ti tampoco, ¿a que no?

—Pues no. He de confesar que prefiero a Joe. Personalmente —añadió George, y también se echó a reír.

—Igual da, además, porque Roger está de vacaciones.

—¿Ah, sí? Es sorprendente que la gente siga yéndose de vacaciones, ¿no crees? Yo dejé de ir a los diecisiete años.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve.

—Igual que Joe.

—Entonces Joe se ha ido y te ha dejado aquí sola, ¿es así? ¿Con qué le pinchaste?

—Bah, esto y aquello —respondí, y le conté lo de la libra. Estuvimos charlando como media hora más, y entonces se me empezó a ocurrir que George tendría mejores cosas que hacer que hablar conmigo. No había venido al *pub* a hablar conmigo y bien podría tener otras cosas en mente: probablemente estaba dedicándome tanto tiempo sólo porque le daba pena ver que me había quedado sola. Era un hombre muy susceptible a la compasión y la pena, sospechaba yo. En cuanto se me pasó por la cabeza esta sospecha, inmediatamente se transformó en la verdad pura y llana, así que miré la hora y dije:

—¡Dios mío! ¡Mira qué horas son! De verdad tengo que irme.

—No, no te vayas todavía —dijo él—. Déjame que te invite a otra.

—No, de verdad que no. He de irme ya, tengo que terminar una cosa de trabajo para mañana.

Cogiendo el bolso y el chal, empecé a rescatar mis zapatos, que habían desaparecido debajo del banco.

—Te acompaño a casa —dijo George.

—No seas ridículo —le dije con cierta aspereza—. Si vivo aquí al lado.

—Venga, venga —me dijo, en tono apaciguador—. Sé perfectamente dónde vives. No era mi intención ofenderte. Ya sé que puedes ir sola ese trozo calle. Pero permíteme acompañarte.



—¿Por qué? —dije, calzándome las sandalias—. ¿No te apetece quedarte a charlar con tus amigos? —Alcé la mano desdeñosamente y señalé en redondo todo el local.

Todavía no estaba del todo convencida de que quisiera de verdad acompañarme, pero, como me apetecía que me acompañara, no me costó aceptar su oferta aun sin la tranquilidad de estar completamente segura. Nos encaminamos por aquella calle ancha y polvorienta. Yo llevaba unas endebles sandalias de tacón con el talón descubierto y sujetas por una estrecha tira que no paraba de salirseme: mi paso tambaleante no había contribuido a mejorar la irritabilidad de Joe unas horas antes. Cuando se me salieron y a punto estuve de caerme por quinta vez, George sonrió, con un leve gesto de reprobación, y me ofreció su brazo. Yo se lo cogí y me quedé sorprendida al prenderme de él y descubrir la solidez que tenía. Nunca había tocado a George y siempre había supuesto que era tan frágil como la hierba, o como un animal flaco, pero era consistente, había donde agarrarse. Y me chocó comprobarlo. Él también pareció sorprenderse, porque se quedó callado, y seguimos caminando sin decir palabra. Cuando llegamos al portal de mi edificio, nos detuvimos, y yo me desprendí casi a regañadientes de su brazo; entonces dije lo que había decidido no decir, aunque, también es verdad, sin mucha firmeza.

—¿Por qué no subes a tomar una copa? ¿O un café o algo?

Me miró, y de pronto pareció muy flaco, soñador y esquivo; y unos instantes después me dijo en un tono de disculpa:

—Bueno, no me importaría. Estaría bien, ¿no crees?

—Claro que sí —dije yo, y entramos.

Abrí la puerta del ascensor, le dejé pasar primero y allá fuimos. De pronto me sentí irracionalmente exaltada, y los detalles familiares del edificio adquirieron un súbito encanto. George me siguió hasta la cocina; parecía un poco intimidado por el ambiente, que nunca había dejado de ser el de una «casa de familia», y tuve un momento de pánico espantoso: ¿y si esto no era lo suyo? ¿Y si no le gustaban las mismas cosas que a mí? Tal vez no debería haber intentado hablar con él más de cinco minutos, tal vez estábamos a punto de vernos el uno al otro bajo una luz social desagradablemente reveladora, que acabaría para siempre con nuestras bromas distantes. A fin de librarme un poco de este desasosiego, y mientras hervía el agua, empecé a hablarle de mis padres, de por qué me habían permitido quedarme en su piso y de que en esas circunstancias me daba vergüenza sacarle dinero alquilando una o dos habitaciones, pero tampoco encontraba a nadie que me gustara lo suficiente para dejárselas gratis.

—Así que estoy viviendo aquí sola —dije, mientras ponía el café en el molinillo, pensando lo espantoso que era ese tono de cotorra nerviosa que me salía.

—¿Entonces no te gusta vivir sola? —dijo George.

—¿A quién le gusta? —le respondí con una risita tensa.

—Eso es, eso es. Todos somos seres humanos, supongo —dijo.

Y yo lo miré y vi que, después de todo, la cosa no era para angustiarse tanto.

—Parece que sabes cuidar de ti misma —dijo, mientras yo echaba el agua en la cafetera—. Parece que siempre tienes mucho que hacer.

—Hago todo lo que puedo —dije, y cogimos la bandeja y nos dirigimos al salón—. ¿Y tú? —continué mientras nos sentábamos, yo en uno de los sillones, y él en el sofá.

—¿Qué quieres decir? ¿Y yo qué?

—Que me hables de ti.

—¿De mí? ¿Qué quieres saber de mí? —dijo, con una sonrisa apocada y encogiendo exageradamente los hombros, en un gesto enfático, muy femenino, de inseguridad.

—Que me lo cuentes todo —dije con auténtica avidez, pues en ese momento deseaba tanto saber de él, quería saberlo todo de él, estaba decidida a saber, interesada, atrapada, pero él seguía sonriendo, y volvió a responder evasivamente:

—¿Qué es eso de todo? ¿Todo qué?

—Bueno, pues ¿de dónde eres?

—De Ipswich.

—No sé nada de Ipswich.

—Estoy seguro de que ni siquiera sabes dónde está.

—Claro que lo sé. Está más o menos por aquí —respondí y señalé absurdamente un imaginario mapa de Inglaterra dibujado en el aire del cuarto de estar.

Él siguió en la misma vena, sin contarme nada sustancial, pero contándolo con tal aire de confianza que no me lo tomé a mal: no me atreví a preguntarle a qué se dedicaba su padre o a hacerle cualquier otra de esas preguntas pertinentes, aunque ahora desearía haber tenido más valor y haber insistido hasta saberlo todo. Él aguantó la presión de mi interés con gran pericia, y ya de por sí esto me sorprendió: estaba acostumbrada a que gente que no me interesaba lo más mínimo me largara confidencias que yo no le había invitado a hacerme. Se me ocurrió que tal vez era la única persona entre mis amistades y conocidos que no estaba obsesionada por la grandeza de su alma o por su carrera profesional. Era un hombre muy cohibido. Su misma trayectoria profesional, que fue lo único que salió a relucir con cierta claridad, parecía demostrarlo: le habían enviado a Hong Kong a hacer el servicio militar, y allí se había hecho un hueco en el servicio de radiodifusión en el exterior; cuando lo licenciaron, se quedó en la BBC y durante dos años anduvo por diversos países de Oriente Medio hasta que regresó a Londres. Cuando le pregunté si no le resultaba aburrido pasarse un día sí y otro también anunciando cosas aburridas, me dijo que sí, pero que le gustaba aburrirse. Así que le dije que entonces tenía que haber algo que le interesara, si el trabajo no lo hacía, y me dijo que sí, que le interesaba yo, de modo que por qué no hablábamos de mí.

Intenté igualarme a él en retraimiento, pero, claro está, no lo conseguí. Me preguntó por mi familia, un tema en el que me resultaba fácil ser sincera: le conté con

bastante detalle su extraordinaria mezcla de principios socialistas y escrúpulos pequeño-burgueses; le hablé de cómo habían transferido las características más dolorosas de su herencia anticonformista a sus opiniones políticas y sus actitudes morales.

—Tienen que castigarse a sí mismos, ¿sabes? —dije—. Sencillamente son incapaces de sentirse a gusto. El que se hayan ido a África y todo eso... Otra gente no lo hace, otra gente se limita a decir que debería hacerlo, pero mis padres se van de verdad. Y lo mismo con la manera en la que nos educaron: eran absurdos, era absurdo cómo se mantenían firmes en sus principios y nunca nos preguntaban dónde habíamos estado cuando volvíamos a las tres de la madrugada, nos enviaban a la escuela pública o nos llevaban a la seguridad social si necesitábamos que nos viera un médico; cómo les daba igual que habláramos con acento barriobajero, o cómo obligaban a la asistenta a sentarse a comer con nosotros y se la presentaban a sus invitados, toda esa sarta de tonterías. ¡Dios mío! ¡Qué sufrimientos se imponían! Y, sin embargo, al mismo tiempo, eran muy buena gente, eran muy amables y delicados, y la gente no es buena ni amable ni delicada, sencillamente no lo es. La asistenta acabó llevándose toda la cubertería, los despreciaba, yo me daba cuenta de que los despreciaba, y la mujer sabía que ellos no tomarían ninguna medida. Y lo más espantoso es que ni siquiera se asombraron cuando lo hizo, lo veían venir, dijeron. Y mi hermano fue y se casó con una chica horrible, hija de un coronel, y ahora viven en Dorkington y se pasan la vida invitando a cenar a una gente completamente despreciable y jugando al *bridge*. Mi hermana todavía lo intenta, pero se casó con un científico y viven en una urbanización perdida en lo alto de una colina, cerca de una central de energía nuclear, y la última vez que fui no dejaba que sus hijos jugaran con los niños de la casa de al lado porque les habían enseñado a decir «gilipollas». El experimento educativo de mis padres fue desastroso; es lo único que puedo decir.

—Tú eres la excepción.

—¿Qué quieres decir con que yo soy la excepción? No me considero un buen ejemplo de nada.

—¿No están tus padres muy contentos de que estés haciendo el doctorado?

—Pues no, no creo. Bueno, supongo que de alguna manera les agrada que me haya ido bien en la universidad, pero creen que soy una diletante, o sea, que dedicarme al soneto isabelino no es lo mismo que si estuviera entregada a la novela del XIX, o a algo que mereciera la pena. Les habría gustado que hubiera hecho Económicas en Cambridge, o, al menos, Historia. Nunca dijeron nada, pero yo me daba cuenta. En los sonetos isabelinos no hay valor moral, ya sabes.

—Pero les parecerá bien, sin embargo, que seas tan independiente.

Lo miré, incómoda, insegura de si lo decía en serio o de si me estaba tomando el pelo.

—¿No te apetece beber algo? —dije—. ¿Un *whisky*?

—Les parecerá bien, ¿no?

—No estoy segura de ser tan independiente —dije, poniéndome en pie para encender la radio—. Pero me gustaría serlo, eso es verdad. Porque nunca se sabe si una va a tener que serlo a la fuerza. —En BBC Tres estaba sonando algo de Mozart, y lo dejé—. ¿No trabajas esta noche? —continué—. ¿No tendrías que estar allí, ocupándote de la publicidad?

—No, hoy no. ¿Es viernes, no? ¡Hombre! ¿Quieres que me vaya?

—No, no, para nada. Quiero que te quedes, si te apetece quedarte.

Me quedé de pie al lado de la radio, mirándolo, y él me devolvió la mirada, y su mirada parecía indicar, aunque no exactamente, que fuera a sentarme a su lado en el sofá. Así que eso hice, y él me cogió la mano y empezó a besarme los dedos, uno a uno. Pasado un rato, recordé algo que me rondaba vagamente por la cabeza y dije:

—Mi madre era una feminista de tomo y lomo, ¿sabes? Me dio una educación igualitaria. Se comportaba como si estuviera claro que no existieran las diferencias. Yo no era menos. Yo no soy menos. ¿Sabes cuál era el credo de mi madre? Pues aquello que decía la reina Isabel de que le daba gracias a Dios porque tenía tales cualidades que, si la dejaran en enaguas en cualquier parte de la cristiandad, seguiría haciendo lo mismo que iba a hacer. Solía repetirnos esta cita cuando nos asustaban los exámenes o nos entraba pánico antes de un baile. Y tengo que estar a su altura, ya sabes.

Alcé, a mi vez, su mano hasta mis labios: era una mano tan bella, tan fresca, tan esbelta, y la besé no sin cierta tristeza. Al roce de mi boca, me rodeó con sus brazos y me besó profusamente en la cara, hasta que los dos nos dejamos caer juntos en el sofá y nos quedamos tumbados en silencio. Sabiendo que era homosexual, no me daba ningún miedo, porque pensaba que no esperaría más de mí y, sin embargo, me emocionaba y me complacía la idea de que a lo mejor yo era una persona de su agrado, la idea de que me encontrara interesante. Aquella hora que pasamos allí tumbados fui muy feliz porque en verdad parecía que lo estuviera viendo con los ojos del amor, tan irracionalmente valioso parecía. Hoy, con la perspectiva del tiempo, recuerdo con angustia cada caricia y cada mirada, cada breve unión de nuestros miembros, de nuestras cabezas, de nuestras manos. He vuelto a revivirlo tantas veces desde entonces que corro el peligro de olvidar cómo fue de verdad, su forma real, pues cada vez que vuelvo a recordarlo deseo haber dado un poquito más aquí o allá, o, al menos, haber abierto mi corazón, para que él hubiera podido saber cuánto significaba aquello para mí. Pero era incapaz, ni siquiera estando así de contenta, de ponerme en evidencia.

Pasado un rato, la radió cerró la emisión y, aparte del zumbido del aparato, nos quedamos en completo silencio. Hice un amago de incorporarme y dije:

—Tengo que ir a apagar ese chisme. No soporto ese ruido.

Pero él me agarró con firmeza y me dijo:

—No, no vayas.

Me desprendí de él e insistí en que tenía que levantarme, pero, antes de saber

dónde estaba, me encontré pensando que no podría detenerlo, si de verdad quería, porque me gustaba un montón y, si lo detenía, creería que no me gustaba. Y también que, si tenía que suceder alguna vez, que fuera entonces; y, también, hacerlo sería bueno para mí. Así que cerré los ojos con fuerza y esperé. Fue muy sencillo, pues era verano y llevaba poca ropa, y él parecía saber lo que estaba haciendo; claro está que también yo parecía saberlo, y no lo sabía. No obstante, pese a que el dolor pasaba de respetable, me las apañé para sonreír valerosamente, para no ofenderlo, y esperaba que la verdadera situación no se hiciera evidente. Recuerdo que, justo antes, me acarició el cabello y me preguntó de aquella manera suya, ¡ay!, tan maravillosamente cortés y caballerosa:

—¿Vale? ¿Estás bien? ¿Te quedarás bien?

Sabía lo que me quería decir y, sin abrir los ojos, sonreí, asentí con la cabeza, y un instante después, hala, ya estaba. ¡Asunto concluido! Lo que demuestra que la impostura es una enmarañada red. Y no podía culpar a nadie, sólo a mí misma. Pero cuando volví a abrir los ojos, qué maravilla, George fue lo único que vi: cogiéndole la cabeza entre las manos, me la llevé al pecho y exclamé, en tono lloroso:

—¡Oh, George, háblame de ti, háblame de ti!

Pero ahora le tocaba a él cerrar los ojos y, gimiendo suavemente, hundió la cara contra mí mientras yo le hacía caricias en el pelo y en la fina mejilla morena. Pasado un rato, sí dijo algo y, aunque sus palabras fueron apenas comprensibles, me pareció entender algo así como; «¡Dios mío!, esto no tiene sentido». Esta afirmación me perturbó un poco, aunque no tanto como lo haría más tarde, y al cabo de un par de minutos, me levanté, apagué la radio y me dirigí al cuarto de baño, dejándole tiempo suficiente para componerse e incluso para desaparecer, si así lo deseaba. Volví, un rato después, en bata, y todavía seguía donde lo había dejado, pero ahora erguido en el sofá y con los ojos abiertos.

—Hola —dije, parándome en el umbral con una sonrisa radiante, con ganas de expresar cualquier cosa antes que el confuso montón de incertidumbres que me desbordaba—. Hola, George. ¿Te apetece un trago?

—Me encantaría —dijo él.

Así que me fui a la cocina y volví con una botella de *whisky*, o lo que quedaba de ella, y nos servimos dos vasos largos. Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en sus rodillas, lo que me daba una sensación de caricia, pero estática, que me resultaba de lo más agradable. Él posó firmemente una mano sobre mi cabeza, lo que también era muy agradable. Me bebí el *whisky* rápidamente, y me sentí un poco mejor. Al fin y al cabo, me decía, nadie le hace esto a otra persona porque piense que debe hacerlo. Por pura cortesía, porque piense que lo has invitado sólo para eso. La gente no obra así, me decía. A George debía de apetecerle, aunque sólo fuera un poco, me decía, o no se hubiera tomado la molestia. Por amable que parezca, no puede serlo tanto. Será bisexual, pensé, o, tal vez, él no es más marica de lo que yo soy promiscua, o comoquiera que se diga lo que finjo ser. Puede que nos atraigamos porque

rivalizamos en ver cuál es más hipócrita.

Pasado un rato, George dijo:

—Me tengo que ir, Rosamund.

—¿Tienes que irte? —dije yo.

—Eso creo.

Pensando que lo más probable era que quisiera irse, no fui capaz de decidir si debía sugerirle que se quedara, pues, no bien lo hubiera sugerido, su amabilidad y su caballerosidad le habrían obligado a quedarse en contra de su voluntad. No dije nada, pues, y seguí sentada unos instantes más, sintiendo en la cabeza el peso de su mano, cálida y protectora, como si contuviera todo mi cuerpo, y percatándome de que no había manera de continuar así, en esa momentánea seguridad aparente. Entonces me puse en pie y dije que se había hecho tarde, que esperaba que no fuera demasiado tarde y pudiera regresar a donde quiera que fuera. Y ni siquiera entonces, ni siquiera en ese momento, tuve el valor de preguntarle dónde vivía, o de pedirle su número de teléfono, pues eso habría parecido una intromisión, habría parecido que suponía que tenía derecho a saber, que había un futuro en el que esos datos serían útiles. Entiendo, claro que lo entiendo, que mi retraimiento, mi deseo de no ofender, se parece bastante a la frialdad, se parece bastante a la indiferencia, y puede que haya un poco de eso, pero no es así como lo siento en mi cabeza. Sin embargo, no puedo ir y decir: «¿Dónde vives? Dame tu número de teléfono, llámame, ¿te puedo llamar?». Por si no me quieren ver. Por miedo a ser una pesada. Así que le dejé marchar, sin decir una palabra sobre la posibilidad de quedar otro día, pese a que él era lo único que me habría gustado retener: quería tenerlo en mi cama toda la noche, dormido en mi almohada, y podría haberlo tenido, pero no dije nada. Y él tampoco dijo nada. Podría haberlo hecho. Podría haber dicho: «¿Cuándo puedo volver a verte?». Pero no lo dijo. Podría ser que yo me hubiera mostrado demasiado indiferente y distante y que eso se lo impidiera. Podría ser, también, que no le apeteciera, y esta conclusión, la más desagradable de todas, fue la que me apresté a creer. O también podría haber sucedido que, al igual que yo, él tampoco quisiera hacer suposiciones.

Cuando se hubo ido, me metí en la cama y me puse a pensar en todo lo que habíamos dicho y hecho. No podía dormir. La primera hora la pasé contenta, pero a medida que avanzaba la noche y no era capaz de conciliar el sueño, las sospechas y las dudas empezaron a hacer mella en mis pensamientos. No es que me sintiera culpable o que lamentara la irreversibilidad de lo que había sucedido: a ese respecto seguía sintiendo más alivio que otra cosa. Pero esas cosas no suceden en abstracto, y las circunstancias me preocupaban. Repasé todas y cada una de las palabras que había dicho George y, cuanto más las recordaba, más claro me parecía que no había expresado afecto alguno por mí, que no había dicho nada que indicara que yo le gustaba. Había dicho que yo le interesaba, pero lo había dicho sólo por razones tácticas, como una estratagema. Y además, ¿podría ser el interés la razón de lo que acababa de ocurrir? Me rebullía en la cama, daba vueltas y más vueltas e intentaba



encontrar un espacio en la almohada sin recalentar para posar mi mejilla, al tiempo que veía cada vez con mayor claridad que él no se me había insinuado en ningún momento: había sido yo quien había hecho el acercamiento decisivo al ir a sentarme a su lado en el sofá después de encender la radio y que lo que había tomado por una mirada invitadora probablemente no lo era, ni nada parecido. Yo me había entregado, y él, pensando lo que pensaba de mí, había aceptado, ya fuera por amabilidad, por curiosidad o porque le daba vergüenza rechazarme; en cualquier caso, no había sido por algo que se pareciera a las tiernas emociones que me habían inducido a mí. Cuanto más lo pensaba, menos esperanzas tenía: de haberle gustado, ¿no me habría sugerido que tal vez volveríamos a vernos?

Casi terminé convenciéndome de que iba a suceder lo peor, aunque al mismo tiempo sabía que no sucedería, sabía que me llamaría y que yo le había gustado y le alegraría que le siguiera gustando. Pero me tenía que preparar para lo peor. No quería engañarme, no quería que me pillara desprevenida.

George no llamó. Al cabo de una semana sabía que no me llamaría y abandoné la idea. Podría haberlo visto, con bastante facilidad, apareciendo por el *pub* que él frecuentaba o incluso pasando por Portland Place y Upper Regent Street a una hora propicia, por si acaso, pero el orgullo me lo impedía. Si no quiere verme, pensaba, yo tampoco quiero verlo a él. Así que decidí no poner el pie en ningún lugar donde existiera la posibilidad, por remota que fuera, de encontrarme con él: incluso cada mañana iba a la Biblioteca Británica por un camino distinto, y en una ocasión en la que me vi obligada a acompañar a una amiga por Wigmore Street me sorprendí temblando con una especie de temerosa expectación. Pero es muy fácil evitar a la gente en Londres, y lo conseguí sin grandes dificultades. La geografía de la ciudad cobró, sin embargo, un espantoso significado moral: se convirtió en un mapa de mis flaquezas y de mi entereza, un paisaje lleno de absurdos peligros y escollos, como aquel por el que viajaba el peregrino de Bunyan<sup>[3]</sup>. Evitaba todos los lugares en los que habíamos coincidido alguna vez e incluso aquellos lugares que le había oído mencionar: un día me sorprendí intentando convencerme de que no tenía más remedio que ir a los almacenes Peter Robinson's de Oxford Circus a comprar una cosa; menos mal que me di cuenta a tiempo. Me mantuve firme y, claro, cuando la semana se prolongó en una quincena, y la quincena en un mes, cada vez me resultaba menos posible cambiar esa pauta de retirada.

Tardé algún tiempo en darme cuenta de que estaba embarazada: la posibilidad se me había pasado por la cabeza al principio, pero la había descartado considerándola un síntoma de mi obsesión con la fatalidad, un síntoma demasiado ridículo e improbable para prestarle seriamente atención. Cuando por fin no tuve más remedio que reconocer mi situación, me quedé, por primera vez en mi vida, completamente perpleja. Recuerdo ese momento bastante bien: estaba en mi pupitre de costumbre en

la Biblioteca Británica buscando algo sobre *sir* Walter Raleigh, cuando me asaltó una súbita sospecha, que no tardó en fraguar en mi cabeza y convertirse rápidamente en una certeza. Saqué la agenda y me puse febrilmente a comprobar las fechas, lo que no era un tarea sencilla, pues nunca anoto nada, y mucho menos cosas tan triviales como el funcionamiento de mis entrañas. No obstante, tras un gran esfuerzo de memoria, conseguí aclararme y me convencí de que no podía ser de otro modo. Observé sin moverme del asiento cómo me temblaba el pulso. Y, por primera vez, el panorama que se extendía ante mí parecía tan atroz que ni siquiera yo, que siempre he sido de las que se malician la fatalidad y la provocan, podía contemplarlo. Era una sensación completamente desconocida para mí, la vacuidad que ocupó mi pensamiento, en lugar de la habitual profusión de imágenes del desastre. Este estado me duró unos cinco minutos más, hasta que, remolonamente, puse mi imaginación a trabajar. Lo que produjo me resultó francamente repugnante. Ginecólogos, psiquiatras, hospitales, accidentes, doncellas pueblerinas ahogadas en el estanque de los patos, lágrimas, dolor, humillaciones. Nada ni lejanamente parecido a un niño me vino a la imaginación en esa fase. Estos estremecedores presagios me ocuparon media hora más, y entonces empecé a pensar que tendría que levantarme e irme o salir a tomar un café o algo. Pero, como faltaba todavía una hora para mi hora de salida habitual, no podía irme. Tantas veces hubiera querido no hacer mis tres horas completas y tantas veces me había resistido a la tentación de compañía o de distracción a fin de completarlas que me sentí obligada a seguir en mi sitio, mirando, con una especie de simulacro de la atención, los poemas de *sir* Walter Raleigh. Si no fuera porque, pasado un ratito, me encontré prestando verdadera atención a lo que estaba leyendo: mi cabeza, obligada a apartarse de su verdadera obsesión con lo que al principio parecía una tensión insoportable, empezó a volver por voluntad propia a sus preocupaciones acostumbradas, y para el final de la mañana había completado las páginas que había planeado leer. Este hecho me produjo una gran satisfacción. Mucha satisfacción personal. Y, cuando iba por la calle a buscar a Lydia para comer, descubrí otra fuente de satisfacción: ahora, al menos, estaba obligada a ver a George. Ahora tenía una excusa para verlo.

Esa misma tarde me di cuenta de que en realidad iba a ver a George menos que nunca. Tardé un rato en comprender la situación en toda su complejidad. Cuando me percaté de las implicaciones de mis patrañas, se hizo obvio que iba a tener que guardarme para mí todo el asunto. No me sentía capaz de soportar la perspectiva de las especulaciones, las especulaciones de nadie. Decidí, pues, continuar yo sola con el asunto, lo mejor que pudiera. Ya he relatado mis ridículos intentos con la ginebra; después, me puse en contacto con una amiga de Cambridge que había abortado y le pedí que me informara; me dio toda la información necesaria. Llamé una vez al número de teléfono que me dio, pero estaba comunicando. Y no volví a intentarlo. No me gusta evocar aquellos primeros meses, antes de que nadie, sólo yo, supiera lo que estaba sucediendo: se parecieron mucho a una pesadilla, a una alucinación, y todas

las mañana me despertaba pensando irremisiblemente que debía de tratarse de un sueño, el tipo de sueño que se podría esperar que proyectara mi anticonformista complejo de culpa: incluso llegué a preguntarme si todos los síntomas que tenía no serían puramente psicológicos. Finalmente fue el temor a que mi subconsciente me dejara en ridículo lo que terminó llevándome a ver un médico.

Ver un médico no fue una operación tan sencilla como uno podría suponerse. Para empezar, no sabía a qué médico ir. Hacía tantos años que no había estado mala que no sabía qué había que hacer: en realidad, no estaba mala desde que me había hecho adulta. Nunca había tenido que hacerlo por mí misma. El único médico que conocía era nuestro viejo médico de cabecera, que vivía cerca de nuestra antigua residencia familiar en Putney, hoy abandonada, y claramente no era el más adecuado al que acudir. Imaginaba que debía ir al médico de la Seguridad Social que me correspondiera, pero ¿cómo saber cuál era y dónde tenía la consulta? Viviendo como vivía a dos minutos andando de Harley Street<sup>[4]</sup>, me daba miedo meterme sin querer en la sala de espera de una consulta privada y que me cobraran cincuenta guineas por lo que podría y debería conseguir gratis. No en vano era hija de mis padres, y esa idea me contrariaba tanto moralmente como económicamente. Por otro lado, tampoco parecía un buen plan elegir una consulta tan claramente cutre que sólo pudiera existir en la red sanitaria estatal. Pero eso fue precisamente lo que hice. Un día, de vuelta de ver una exposición de un conocido, al pasar por una pequeña bocacalle de George Street, me fijé en una puerta que tenía un placa metálica que decía «Doctor E. Moffat». Encima de la puerta había un globo luminoso que tenía impresa en negro la palabra «Consulta». Detrás de una puerta así no te cobran cincuenta guineas; anoté las horas de consulta y decidí volver al día siguiente a las cinco y media.

Al día siguiente fui al médico. La visita fue una auténtica revelación: supuso la iniciación a un nuevo modo de vida, un modo de vida que desde entonces sería para siempre el mío. Una iniciación a la realidad, si se prefiere decir así. La consulta empezaba a las cinco y media, y decidí llegar muy puntual: a las seis menos veintiocho minutos estaba en la puerta, pensando que había llegado sobrada de tiempo y que apenas tendría que esperar. Pero cuando abrí la puerta, cuyo barniz estaba deteriorado, me encontré una sala de espera llena a rebosar de pacientes que esperaban pacientemente. Había unos veinte, y vacilé en el umbral, pensando en dar marcha atrás, cuando una mujer con una bata de nylon blanca se acercó y me dijo en tono irritado:

—Venga, pase ya y no deje la puerta entreabierto, que el timbre se queda activado y hace un ruido espantoso al fondo.

Entré dócilmente y cerré la puerta. No tenía ni idea de qué tenía que hacer a continuación: si debía sentarme o si tenía que ir a dar mi nombre a alguien, o qué. Me sentí desvalida frente a aquella hilera de ojos clavados en mí. Me quedé parada un instante, y entonces la mujer de la bata blanca, que se había puesto a hablar con un anciano que estaba sentado casi encima de la ruidosa estufa de gas, se acercó a mí y

me dijo en un tono forzado de deliberada ecuanimidad:

—Viene a ver al doctor Moffat, ¿no? Es usted una paciente nueva, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha traído su cartilla de la Seguridad Social?

—¡Oh, no! Me olvidé, lo siento mucho —dije, avergonzada; sabía que iba a cometer algún error de procedimiento. Desconocía por completo el funcionamiento.

—¡Vaya por Dios! —dijo ella y soltó un profundo suspiro—. No se olvide de traerla la próxima vez, ¿vale? ¿Cómo se llama?

—Stacey —dije—. Rosamund Stacey.

—¿Señora o señorita?

—Señorita.

—Está bien. Tome asiento.

—Bueno, a decir verdad —dije—, me sé el número de mi cartilla de la Seguridad Social, si eso le sirve de algo.

—¡Oh! ¿De verdad se lo sabe?

Se animó un poco al ser informada de esta extraordinaria proeza memorística, y yo lo recité de un tirón, encantada de ayudar, pero un tanto confusa por mi excentricidad. Una vez me había obligado a aprenderme el número de memoria la fiera enfermera del internado después de que se me olvidara llevar la cartilla a uno de esos reconocimientos médicos a los que eran sometidos periódicamente todos los escolares, unos reconocimientos en los que mayormente te examinaban los reflejos golpeándote con un martillito en la rodilla. Y nunca había tenido la ocasión de aprovechar ese conocimiento. A todo le llega su hora, supongo. Lo anotó y me repitió que «tomara asiento», y luego desapareció detrás de un pequeño tabique de madera que había en una esquina de la sala. Intenté seguir su consejo, pero no quedaban asientos libres: me disponía a apoyarme contra la pared, al lado de la puerta, cuando dos mujeres sentadas en uno de los bancos se movieron como a regañadientes y me hicieron un sitio. Me senté y me preparé para la larga espera.

Tuve que esperar una hora y catorce minutos, exactamente: lo cronometré. Tiempo suficiente para observar a mis compañeros de fatigas. La gente que estaba acostumbrada a ver en mi terreno componía un grupo de lo más heterogéneo, pero era un variado grupo de gente elegante, dispendiosa, a excepción de algún que otro espécimen fuera de lo normal, un *clochard* o un peón caminero: pero allí, reunidos en aquella sala, había representantes de una población en cuya existencia apenas había reparado. Había algunos extranjeros: un caribeño, un paquistaní, dos griegos. Había varios ancianos, la mayoría respetablemente andrajosos, aunque una de las ancianas iba peor que andrajosa. Era una mujer muy gruesa, de aspecto zafio, y llevaba la ropa sujeta con imperdibles: un abrigo de piel grotescamente viejo y sarnoso dejaba ver varias capas de deshilachadas chaquetas tejidas con un punto muy suelto en diversos tonos de marrón, azul oscuro y caqui. Sus piernas, cubiertas con tupidas medias de hilo de Escocia, estaban dolorosamente hinchadas, y los tobillos le sobresalían de los

zapatos planos de cuarteado cuero negro. No paraba de hablar sola, apenas sin alzar la voz, un lastimoso monólogo de nimias obsesiones persecutorias. Nadie la escuchaba. Luego había una pareja de jóvenes secretarias o camareras que estaban sentadas juntas y miraban una revista, muertas de risa: mis ojos se volvían continuamente hacia ellas, pues eran las únicas personas en toda la sala que no parecían ni deprimidas ni apesadumbradas. Las que tenían peor aspecto de todas eran las madres, lo que no dejaba de ser un mal presagio: había cuatro, con sus hijos pequeños, y las cuatro parecían exhaustas por igual. Una tenía un crío en el regazo, al que sonreía de vez en cuando con desganado afecto y angustia. Los hijos de las otras eran mayores, dos de ellos retozaban por la sala; no hacían nada malo, a excepción de revolver las revistas, y nadie les hacía caso, sólo sus madres, que no dejaban de agarrarlos y de darles cachetes y gritarles en un intento vano y en verdad irritante de que se sentaran y se quedaran quietos. Verlas la entristecía a una. Me preguntaba adónde habrían ido todos los demás: las deslumbrantes jóvenes vestidas con abrigos color verde esmeralda y cuello de piel, los jóvenes de chaquetas de cuero, las esbeltas mujeres de mediana edad que pasean un perrito faldero, las alegres madres de unos niños que parecen salidos de los cuentos del oso Winnie, los hombres con caros paraguas bajo la lluvia. Sin duda, estarían todos en las salas de espera de Harley Street, unas calles más allá.

Para cuando llegó mi turno, mi dolencia me parecía tan banal en comparación con los efectos de la edad, las preocupaciones y la penuria que empecé a dudar de si debía exponerla. La razón me indicaba, sin embargo, que debía hacerlo, y así lo hice. La mujer de la bata blanca me hizo pasar a la consulta: el doctor Moffat era un joven de aspecto entusiasta, que empezaba a tener unas entradas importantes en su cabello pelirrojo. Me dio pena: su última hora y cuarto había sido sin duda peor que la mía. Me dijo que me sentara y me preguntó en qué podía ayudarme, y yo le respondí que creía que estaba embarazada, y él me dijo que cuánto tiempo llevaba casada, y yo le respondí que no estaba casada. Fue bastante sencillo. Movi6 la cabeza, más apenado que enfadado, y me preguntó si lo sabían mis padres. Yo le dije que sí, pensando que sería más fácil decir sí y no tener que ponerme a explicarle que estaban en África. Me preguntó si se habían mostrado comprensivos, y yo esbocé mi deslumbrante y hueca sonrisa y dije que bastante. Entonces nos pusimos a hacer cálculos de fechas y me dijo que saldría de cuentas en marzo. Luego siguió diciéndome que trataría de conseguirme una cama hospitalaria, aunque debía comprender que eran escasas, y esto y lo otro y si le había dado mi dirección. Se la di, y me preguntó si vivía con mi familia y le dije que no, que sola. Me preguntó si había oído hablar del grupo de Madres Solteras que había en Kentish Town, y yo le dije que sí. Él dijo que eran muy simpáticas y te ayudaban mucho con todo, los asuntos de adopción y otras cosas. Después me dijo que ya me comunicaría lo que pasara con la cama hospitalaria y que volviera pasados quince días. Y eso fue todo.

Salí al frío aire de la tarde y caminé sin rumbo fijo más o menos en la dirección

de Marylebone Road, preocupada, pero no porque, al parecer, iba a tener de verdad un niño, sino porque me había sorprendido y molestado tanto tener que esperar ese rato en la consulta. Todos los demás parecían resignados; sabían que tendrían que esperar y no esperaban otra cosa. Me preguntaba cuántas situaciones importantes más de las que era completamente ignorante me quedarían por descubrir. Había cosas que no había necesitado saber, pero que en ese momento me era necesario conocer. Salí a Marylebone Road y me encaminé hacia la brillante y colorida torre de la hermosa Castrol House. Me sentía amenazada. Sentía mi independencia amenazada: no sabía cómo iba a salir adelante sola.

Una vez que decidí tener el niño —o más bien que no conseguí decidir no tenerlo— tenía que enfrentarme al problema de hacerlo público. No era un acontecimiento que se pueda ocultar para siempre, y ya estaba de más de tres meses. Desde ese punto de vista, la ausencia de mis padres me resultaba sin duda alguna de lo más conveniente, pues no veía con regularidad a ningún otro miembro de mi familia. Con mi hermano, el que vivía en Dorking, cumplía yéndolo a visitar cada cuatro meses más o menos, y no sería difícil esquivarlo una temporada. A mi hermana, por otro lado, pensaba contárselo en algún momento, ya que ella tenía tres hijos y suponía que sería comprensiva. Nos llevábamos bastante bien, como suele ser el caso entre hermanas. Sin embargo, fui retrasando escribirle: no soportaba la idea de armar un escándalo. Detestaba crear problemas.

Mis propios amigos eran otro asunto. Sencillamente no podía decidir qué hacer con Joe y Roger: no me apetecía salir con ellos mientras esperaba un hijo de otro, y creía que a ellos tampoco les apetecería, aunque nunca se sabe. Por otro lado, no me hacía ninguna gracia pensar en todas las veladas que iba a pasar sola si decidía deshacerme de ambos. Ya me estaba resultando difícil no deprimirme tal como estaban las cosas, como para cargar todavía con más tiempo en soledad. Además tampoco sabía cómo sacar el tema y darles la noticia: ¿debía dejarlo pasar hasta que se hiciera evidente a simple vista? Desde luego, no. Por consiguiente, tendría que decírselo antes de que se me notara, lo que no me dejaba mucho margen de tiempo. Ya no me podía abrochar las faldas y no me cabían los sujetadores. Ensayé cada escena cientos de veces en mi cabeza, pero ni siquiera en mi imaginación pude nunca manipular los datos con algo de gracia, de tacto, de buena mano, o de tal forma que saliera un poco airosa del trance. Pensaba que Joe sería un asunto más sencillo, al serme más familiar, y una noche, caminando por Park Lane, me metí de cabeza en el asunto casi sin darme cuenta, animada por un comentario suyo completamente casual.

—¿Has visto esa película de Bergman que transcurre en una sala de maternidad? —dijo—. Esa en la que perdían el niño todas las que no debían perderlo.

—No me hables de maternidades —dije casi sin pensarlo.

—¿Por qué no? —dijo él—. ¿Te molesta? No te gustan esas cosas, ¿verdad? Eres



una mujer muy poco femenina, eso es lo que eres.

—Eso son tonterías —dije yo—. Simplemente no me hables de salas de maternidad. Dentro de nada voy a estar yo misma en una.

—¿Cómo?

—Estoy embarazada —dije, bastante enojada.

—¡Oh! —exclamó Joe sin detener el paso. Y unos metros más adelante dijo—: Pero no lo vas a tener, ¿no?

—Sí, sí que lo voy a tener —respondí yo.

—¿Para qué?

—¿Por qué no? No veo por qué no voy a tenerlo. ¿Tú sí?

—Pues te puedo dar cien razones para que no lo tengas. Creo que es un disparate, una estúpida idea romántica completamente ridícula. Creo que te has vuelto loca.

—No veo por qué —porfié.

—Y él ¿qué dice, en cualquier caso? —continuó Joe—. Es culpa suya; es él quien tiene que sacarte de esto. No será por dinero, ¿verdad? ¿Por qué no le dices que pague y vas a que te lo hagan cómodamente?

—Te refieres a Roger —dije sin apenas alzar la voz.

—Sí, claro, a quién va a ser. ¿Por qué no os casáis? No, por Dios, no hace falta que me lo digas. Ni siquiera me puedo imaginar a alguien que quiera casarse con ese egoísta, con ese pedazo de mediocridad perfectamente vestido. De todos modos, que no te vayas a casar con él no quiere decir que no hagas algo.

—No quiero hacer nada.

—No me digas que *quieres* tenerlo.

—Me da igual.

—Pero ¿qué piensa él? Claro, si es que es capaz de pensar algo.

—Todavía no se lo he dicho —dije, sin faltar a la verdad.

—¿Que no se lo has dicho? De verdad, debes de haberte vuelto loca. ¿Y por qué no?

—No he encontrado la ocasión.

—¡Cristo bendito! ¡Desisto! ¿Y qué has hecho mientras tanto?

—Fui al médico —dije no sin cierto orgullo—, y me va a conseguir una cama en un hospital.

—¡Dios! —exclamó para sí, mirando al oscuro cielo que se vislumbraba entre los árboles iluminados por los neones—. Lo dice en serio, lo va a tener. —El pobre Joe estaba aturdido; me daba cuenta de lo aturdido que estaba. No le gustaba ni un ápice que estuviera embarazada, y unos metros de silencio más tarde continuó—: No puedes. Sencillamente no puedes. Te lo prohíbo. Te vas a destrozar la vida. Si quieres te puedo prestar dinero. ¿Cuánto quieres? ¿Cien libras? ¿Doscientas? ¿Cuánto necesitas?

—Muchas gracias, Joe —dije, emocionada—, pero no necesito nada. De todas formas, es demasiado tarde.

Dije esto último como si lo supiera a ciencia cierta, aunque no tenía ni la menor idea, de la misma manera que no sabía nada sobre los efectos de la ginebra ni sobre las salas de espera de los médicos de la Seguridad Social, pero él tampoco tenía ni idea y me creyó.

—Bueno —dijo—, si quieres hacer el tonto... Pero no me vengas diciendo que a lo mejor llevabas toda la vida deseando ser madre, pero no lo sabías. No podrás mantener a tu hijo, sin embargo. Te lo quitarán. Así que vas a pasarlo mal para nada, todo será una completa pérdida de tiempo y de energía emocional.

No fui capaz de formular una respuesta inmediata, pues ambas insinuaciones me habían ofendido profundamente: en primer lugar, que yo pertenecía a ese grupo de mujeres que siempre habían tenido un anhelo maternal que deseaban ver satisfecho, y, en segundo lugar, que una autoridad desconocida fuera a inmiscuirse en mis decisiones y empezara por quitarme a la criatura. Decidí empezar por la primera.

—Como te puedes imaginar, nunca había deseado tener un hijo —dije—. Creo que es lo último que podría pasármeme por la cabeza. Los niños me dejan completamente fría.

—¡Tonterías! —dijo Joe—. Todas las mujeres quieren tener hijos. Para tener una meta en la vida.

—¡Menuda estupidez! —dije con incipiente furia—. ¡Qué estupidez reaccionaria e infantil! No me digas que puede haber un ser humano que soporte todas las incomodidades físicas de tener hijos por algo tan vago como que le dan la sensación de tener una meta en la vida.

—¿Qué se siente? —preguntó Joe, momentáneamente distraído.

—No mucho. No notas una gran diferencia —mentí—. Por el momento.

—Bueno, te creo, creo que nunca has dedicado mucho tiempo a pensar en tener hijos, pero igual da, estoy seguro de que te fastidiaría un montón si alguien te dijera que no podías tenerlos, ¿o no?

—En absoluto —respondí sin dar mi brazo a torcer—. Me sentiría profundamente aliviada. Nada me gustaría más. —Aunque, a decir verdad, Joe no dejaba de tener razón, y de algún modo perverso y doloroso estaba muy orgullosa de mi evidente fertilidad.

—En ese caso, no entiendo por qué no hiciste algo cuando estabas a tiempo.

Me quedé callada porque yo tampoco lo entendía. Para entonces habíamos llegado a Marble Arch: un rato antes, en el transcurso de la velada, se había mencionado que Joe debía tomar el metro allí, y nos paramos junto a la entrada de la estación, y yo dije:

—Bueno, creo que tendríamos que dejar de salir juntos, o como se llame lo que quiera que hacemos.

—¿Por qué? —dijo Joe.

Se produjo un completo silencio, y de pronto me sentí desfallecer, sentí que me vencía la desdicha. En ese momento no podía prever futuro alguno, y la total falta de

control, de unas directrices mínimas, me asustaba y me alarmaba. Lo único que sabía era que tenía que deshacerme de Joe rápidamente, antes de que se diera cuenta de mi desdicha, porque incluso Joe era capaz de ser compasivo y amable.

—No sé exactamente por qué —dije con viveza—. Sencillamente como que últimamente no me apetece salir mucho. Además, ponte en situación, lo raro que te resultaría salir con una mujer embarazada. Todos creerían que era tuyo, ¿no?, y empezarían a reconvenirte. Ya sabes lo incrédula que es la gente con los detalles más minúsculos de cualquier relación.

—Mejor se lo dices a Roger —dijo Joe, mirando al suelo con cara de enfado.

—A decir verdad —le respondí, pensando que, por conveniente que fuera, no podía dejar que cuajara ese malentendido—, no es de Roger.

—¿Que no es de Roger?

—No, no es de Roger.

—¡Ah!

—Ya ves, las cosas no son exactamente lo que podrían ser. —Hice este comentario, dándole una profusión de implicaciones falsas, las cuales debieron de convencerlo completamente, porque lo único que dijo fue:

—Vale, comprendo. —Lo cual era completamente imposible, conociéndolo como lo conocía. Sin embargo, en razón de esa comprensión totalmente absurda, me cogió una mano y me la estrechó paternalmente, diciendo—: Cuídate, Rosamund.

—¡Oh, claro!

—Supongo que nos veremos aquí o allá.

—Sí, eso supongo yo también.

Y así nos separamos. Volviendo a casa, me preguntaba cómo se habría imaginado que sería la situación real, pues la verdad no sólo era demasiado improbable, sino que además, para que fuera aún más difícil dar con ella, estaba oculta tras un velo de impostura. Llegué a la conclusión de que habría pensando que tenía otro acompañante permanente, con el que me negaba a casarme y del que, por algún principio caprichoso, completamente característico en mí, no quería hablar. Esperaba que hubiera pensado algo así. Era la conclusión más amable para mi vanidad, y también para la suya.

Habiendo así pasado con éxito la prueba de deshacerme de Joe, supe que acto seguido me tocaba deshacerme de Roger. Era una tarea que me apetecía aún menos que la anterior, pues mientras que con Joe compartía, al menos, cierta formación moral, con Roger no compartía nada. Sin embargo, cuando quedé con él y le comuniqué la noticia, todo resultó mucho más agradable que la tarde que se lo dije a Joe, marcada por una gran caminata y un tiempo gélido. A Roger no le iba lo de andar: podía conducir varios kilómetros buscando dónde aparcar antes que tener que andar cinco minutos para llegar a su destino. A mí no me parecía bien, pues estaba hecha de un material más duro, pero me divertía.

La noche en cuestión, habíamos ido a Earls Court, a una recepción que daba un

hombre de negocios amigo de Roger: los cócteles eran muy fuertes y después de dos copas me pareció que me iba a desmayar. Roger, que era un caballero de nacimiento, enseguida se dio cuenta de mi palidez y de la mirada vidriosa con la que intentaba llevarle la contraria al joven contable que me relataba con todo lujo de detalles las delicias de la contabilidad, y vino a rescatarme y me acompañó al coche, que tenía aparcado justo delante de la puerta de la casa. Me senté en el coche unos minutos y enseguida me encontré mejor: la bebida me había puesto bastante alegre, en primer lugar, y en cuanto dejaron de zumbarme los oídos me sentí espléndidamente bien.

—¿Mejor ahora, no? —me dijo Roger al ver que me reanimaba.

—Mucho mejor —contesté.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada —dije—. Sencillamente es sólo un poco de hambre. No comí mucho a mediodía.

—Pues vamos a cenar algo —dijo Roger.

—De acuerdo —dije, aunque a decir verdad sólo de pensarlo volví a marearme, pues a Roger le encantaba la comida muy elaborada, la más difícil de digerir. Por lo general, lograba salir indemne físicamente, aunque esa noche no estaba tan segura, pero siempre me daba cierto reparo moral. Mis recelos se acentuaron cuando dijo:

—Han abierto un sitio nuevo en Frith Street del que me hablaron el otro día. Pensaba que podríamos probarlo.

Asentí e intenté dar la impresión de que me agradaba la idea, y, cuando dejamos atrás los escaparates iluminados de Harrods, me armé de valor y le pregunté:

—¿De qué nacionalidad es?

—¿De qué nacionalidad qué? —dijo Roger, mientras trataba de llegar al semáforo antes que otro coche de la misma marca que el suyo, y consiguiéndolo, a Dios gracias.

—Que de dónde es la comida.

—No estoy seguro —respondió—. Pero dijeron que era un sitio limpio. Para ser de extranjeros.

Hizo este comentario con una cara impasible: yo era incapaz de distinguir si esos comentarios iban en serio o querían ser bromas; o incluso ataques a mis ridículas ideas liberales de igualdad. Siempre estaba haciendo este tipo de afirmaciones ambiguas sobre temas como la gente de color, el dinero, el arte moderno y demás: en general, creo que las hacía para provocar, pero yo nunca entraba al trapo, pues siempre me quedaba tan perpleja que no era ni capaz de reaccionar. Nunca había oído este tipo de comentarios a nadie que conociera o hubiera conocido: no dejaba de sorprenderme que los hiciera y que al mismo tiempo yo le gustara lo bastante para invitarme a cenar con tanta frecuencia.

El restaurante resultó ser francés, y un tanto ostentoso. Las mesas estaban demasiado pegadas unas a otras. Roger pidió mejillones y una carne con demasiadas cosas por encima. Yo tomé una sopa de verduras y lenguado a la plancha con puré de

patata, e incluso así no me sentí del todo bien al terminar. Entonces Roger empezó a considerar la idea de tomarse unas crêpes Suzette, e intentó convencerme de que yo también las pidiera, pues las servían para dos, pero yo creía que me moriría si tomaba algo más. Era casi una novedad para mí verme así de vacilante, pues hasta entonces siempre había tenido una constitución de hierro, y en las escasas ocasiones en las que había sufrido por algo, había sufrido con docilidad. Roger no dejó el tema de las crêpes Suzette, sino que siguió insistiendo de una forma casi despiadada, y de pronto comprendí retrospectivamente los apuros de todos aquellos a los que alguna vez había mirado desdeñosamente por tener una salud o un apetito delicados. Así que terminé diciendo:

—Déjalo, Roger. No me encuentro bien.

Y entonces se entregó a la tarea de pedir las para él solo. Cuando terminó de lidiar con el camarero, se volvió hacia mí y me preguntó:

—Pero a ti te pasa algo, ¿no?

—Estoy embarazada —dije, esperando que la señora americana sentada en la mesa de al lado no estuviera escuchándonos en ese momento, como llevaba haciéndolo toda la cena.

—Eso pensé, que tal vez era eso lo que te pasaba —dijo Roger, y se sirvió un poco más de tinto.

—¿Eso pensaste? —dije, atónita de verdad.

—Bueno, o sea, no te lo tomes como una grosería, bonita, pero empiezas a tener pinta de estar en estado... ese vestido, por ejemplo.

—Eso me pareció al ponérmelo —dije—. Pero es el único que tengo que vale para tus espantosos amigos.

—No insultes a mis amigos —dijo Roger, en tono ecuánime—, y mira lo que han hecho tus espantosos amigos, y a una chica tan mona como tú. Eso es lo que pasa por mezclarse con todos esos sucios artistas.

—Pero no se me nota mucho, ¿verdad? —pregunté, inquieta.

—Oh, no. Yo sólo te lo he notado hoy. Y porque estás muy pálida. Bebe algo, yo diría que lo necesitas.

—No —dije—. Sí, claro que lo necesito, pero me sienta fatal.

—¡Oh, mira! Aquí vienen con mis crêpes ardiendo. Callémonos ahora y contemplemos las llamas.

Y eso hicimos, contemplar las llamas, y cuando Roger terminó de comerse las crêpes con gran satisfacción, volvió a prestarme atención y dijo:

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?, si no te molesta la pregunta.

—Nada —dije.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—¿Vas a dejar que la naturaleza siga su curso?

—Eso es.

—Bueno, bueno. Sí que eres una chica muy valiente.

—Puede ser bonito tener un niño —dije yo, pensando que si le decía esto mismo a todo el mundo los próximos seis meses, tal vez terminaría convenciéndome a mí misma y convenciéndolos a ellos.

—Mi querida muchacha —dijo Roger—. No es tan fácil como lo pintas, ya sabes. Es todo un trabajo tenerlos. ¿Y qué vas a hacer cuando llegue el momento?

—Quedarme con él —dije.

—¿Y con qué le vas a dar de comer? ¿Te va a mantener la criatura? Supongo que no, y es imposible que puedas mantener a un niño con lo que ganas.

—La gente saca adelante a familias de cuatro miembros con salarios de diez libras a la semana.

—Tonterías —dijo Roger. Aunque no era ninguna tontería.

Cuando llegó el café, hicimos una pausa y nos lo servimos. Mientras se ponía azúcar en el suyo, Roger dijo:

—Y no te apetece casarte, ¿no?

—No especialmente —respondí—. Bueno, en realidad no me apetece nada.

—Qué pena —dijo Roger—, porque pensé que a lo mejor querrías casarte conmigo.

—¡Santo cielo, Roger! —exclamé, conmovida y emocionada—. ¡Qué noble eres! Y has tenido suerte de que haya rechazado la idea antes de que hicieras la propuesta.

—Siempre podríamos divorciarnos, más o menos al instante —dijo él.

—No veo de qué podría servir —dije—. Piensa en tu prestigio profesional.

—Eso es verdad —contestó él—. Pero, con todo, tendría sus compensaciones.

—No se me ocurre ninguna. Creo que es una idea ridícula. Aunque igualmente encantadora.

—Bien. Me alegra que te encante.

Y, llegados a ese punto, la conversación pareció quedarse en suspenso, pues a mí no se me ocurría cómo continuar: la idea de casarme con Roger era agradablemente excitante y, al mismo tiempo, no me atraía lo más mínimo, y contemplé sus manos suaves con algo parecido al horror. Sus mejillas siempre eran firmes y tensas al tacto, como las de un niño, y tenía una dentadura muy limpia y regular. Nos tomamos el café en silencio, y yo observé a la gente de las otras mesas: estando como estaba completamente sobria y un poco indispuesta, me parecieron todos bastante repulsivos, así arrellanados en sus asientos con unos platos de comida delante de ellos con los que se podría alimentar a varios niños una semana entera. No era de extrañar que a los camareros siempre les parecieran horrorosos los clientes de los restaurantes: los veían en esos momentos tan sórdidos. Yo misma le había tomado una aversión particular a la pareja de la mesa de al lado, unos americanos gordos, cuyas carnes parecían desbordarse de unas ropas mal elegidas; ella no había dejado de darle la lata al camarero en toda la cena, devolviendo los platos a la cocina, cambiando de opinión sobre lo que quería, o pidiendo platos que no estaban en el menú. Había empezado

con melón y se había atragantado con el jengibre, que había untado con una generosidad ridícula. De su conversación, mayormente intermitente, saqué en limpio que se pasaban la vida comiendo por toda Europa. Pensé en la mujer que estaba en la sala de espera del médico, que tenía una complexión parecida, pero por razones muy distintas.

Empezaron a tomar el café cuando nosotros estábamos terminando el nuestro. La observé servirlo, con sus dedos regordetes y llenos de anillos, y luego extender la mano hacia el azúcar, pero no fue el azúcar lo que cogió, sino el jengibre, que estaba en un pequeño cuenco de cristal que no habían llegado a retirar de la mesa. Yo sabía que era el jengibre porque me había fijado cuando la señora se había atragantado. Además, era demasiado fino para ser azúcar moreno y también demasiado pálido. Fascinada, la observé levantar una cucharadita y echarla en la taza. No se diluyó enseguida en el líquido, y pensé que se iba a dar cuenta, pero no fue así. Tardó unos instantes en llevarse la taza a los labios, pero cuando lo hizo, se la bebió de un trago. Examiné atentamente su cara: su expresión cambió, sus ojos se arrugaron, y dejó la taza en la mesa rápidamente. Pero no dijo nada. De hecho, se lo bebió todo. No fui capaz de decidir si estaba demasiado borracha para darse cuenta de lo que había hecho —o puede que sencillamente no tuviera buen paladar—, o, dándose perfectamente cuenta, no iba a reconocer su error. Sólo los camareros se equivocan.

Roger me acompañó a casa, como siempre. Nos despedimos en el coche, delante del portal: no era necesario hacer ninguna referencia formal a la suspensión de nuestro contrato porque sabía bien que Roger no me llamaría ni intentaría volver a verme. Me dijo que si quería ayuda, la que fuera, me pusiera en contacto con él, pero que seguramente no querría ayuda, ¿a que no? Y yo asentí y le dije que no. Me preguntó si lo anunciaría en *The Times*, y yo dije que claro, que por qué no, aunque pensaba que esos anuncios eran un gasto absurdo de dinero.

Esto es lo que pasó con Joe y Roger. Tenía otras amistades, claro, pero la mayoría me traían sin cuidado. Los únicos que de verdad me preocupaban eran mis alumnos. Nunca veía a ninguno de mis superiores en el mundo académico, y, que yo supiera, en ninguna de mis becas o ayudas para la investigación se decía nada de los hijos ilegítimos: en una de ellas era un requisito no estar casada, pero consideraba que lo cumplía. No veía ninguna razón para tener que interrumpir la carrera académica que me había propuesto —tesis doctoral, profesora ayudante, profesora numeraria y todo lo demás—: veía ciertas pegas, he de admitir, pero en mis momentos de mayor sensatez sabía que no iban a perjudicar mis talentos. Sin embargo, me preocupaba la gente a la que daba clase. Cada cual era de su padre y de su madre, y los había aceptado por diferentes razones, a cual más peregrina. La mayoría de la gente que conocía que estaba haciendo la tesis y no tenía todavía una docencia regular daba algunas clases particulares, mayormente por dinero y, en parte, para coger práctica.

Por entonces yo daba clase a cuatro personas, una hora a la semana a cada una, lo que ocupaba más o menos todas las horas de preparación que podía permitirme dedicarle; había hecho la locura de aceptar impartir una amplia y abstrusa variedad de asignaturas, en lugar de ceñirme a mi campo. Mis razones para comprometerme con este trabajo no podían ser económicas, pues, como desconfiaba seriamente del valor de la mercancía que les ofrecía, les cobraba a todos ellos menos de lo estipulado: alguien me indicó que, como buena socialista, cometía un error grave bajando el precio de mi profesión, el cual, bien lo sabía Dios, ya estaba bastante bajo, y la amiga en cuestión tenía razón, pero para entonces ya era demasiado tarde, y yo era humanamente incapaz de subir mis honorarios una vez establecidos.

De hecho, aunque desconfiaba del valor de mis enseñanzas, al mismo tiempo me sentía orgullosa y estaba segura de lo que hacía porque sabía que le ofrecía a aquel extraño cuarteto un nivel mucho más alto de conocimientos e inteligencia del que probablemente hubieran encontrado en cualquier otra parte, en particular a través de la agencia que me los había remitido. Y, sin embargo, aunque les exponía largo y tendido mis teorías, siempre me asaltaba una sensación de insuficiencia, por la cual me pagaban una tarifa de siete libras y seis peniques por hora.

Supongo que era mi conciencia social lo que me llevaba a dar clases. Nunca dejaba de ser consciente de que mi vida era demasiado agradable; me la pasaba, como si dijéramos, en una gratificación perpetua de mi curiosidad y de mi peculiar apetito estético. No tengo nada en contra de quienes dedican su tiempo a la investigación de autores menores, pero soy hija de mis padres, por más que luchara en contra, y nací con la noción de que uno tiene que hacer algo por los demás, preferiblemente algo ingrato. Y yo daba clases. La identidad de mis pupilos vendría a corroborar sin duda esta interpretación; como ya he dicho, eran cada cual de su padre y de su madre, y mis amigos más serios no habrían aceptado dar clase al menos a tres de ellos, por considerarlo una pérdida de tiempo. El cuarto era un caso convencional: una chica de diecisiete años que había dejado el internado en circunstancias poco claras y necesitaba a alguien que la preparara para el examen de ingreso en la universidad. Era muy lista y resultaba muy fácil darle clase; de hecho, me había llegado a través de un famoso profesor de Cambridge: no procedía de la misma dudosa fuente de la que procedían los otros.

Estos tres eran un poco difíciles. Uno era indio, otro griego, y el tercero un pastor de la Iglesia metodista. Los dos primeros esperaban, vanamente en mi opinión, entrar en la universidad, y el pastor metodista sólo quería pulir sus conocimientos literarios, llegar a un nivel más avanzado. El indio, siento decirlo, era un caso perdido, como pude darme cuenta nada más verlo: pasaba de los treinta, sin la menor duda, tenía los dientes de oro y siempre llevaba un traje color marrón oscuro. Fue mi desesperación inicial al verlo, unida a su insistencia, lo que me hizo aceptarlo en clase, porque no podía soportar la idea de que podría estar equivocándome. Apareció una mañana para hablar de la posibilidad de recibir clases, y yo intenté hacerle preguntas sensatas



como cuándo pensaba presentarse al examen de acceso a la universidad, en qué *college* quería solicitar la entrada y si ya había estudiado algo de literatura inglesa. Me respondió con un relato lastimeramente confuso e incomprensible de sus estudios, plagado de referencias a la Universidad de Bombay, lo que para mí significaba menos que nada, y luego continuó diciendo que esperaba ir al *Jesus Christ College*, de Cambridge, porque allí había estudiado el famoso poeta Wordsworth. Resulta que yo sabía que Wordsworth había estado en el *John's*. En ese momento deseé no haberlo sabido, pues me puso nerviosa. Entonces le pregunté qué había estudiado de literatura inglesa, y él respondió que al famoso poeta Harrison, o eso creí entender, hasta que me di cuenta de que debía de haber dicho Henryson. Me apresuré a dejar claro que yo no sabía nada de Henryson y que mejor se buscaba a alguien que supiera más que yo de ese período, a lo cual él respondió lúgubrementemente que ya lo había intentado, y yo pensé, efectivamente, no me cabe la menor duda de que lo has intentado. Aun así, casi por primera vez en mi vida conseguí decir «no», pero él siguió llamándome, y terminé pensando que debía otorgarle el beneficio de la duda. Después de todo, sabía de Henryson, lo que ya demostraba cierta sagacidad, y si en verdad sabía algo de Henryson, ya sabía más que yo. Y, quién sabe, todo ese galimatías sobre la Universidad de Bombay podría ser cierto; además, muchos dientes de oro brillan sobre un corazón de oro, y todo eso. En definitiva: lo admití. Fue un error. Todo lo que hiciera era una tarea inútil: recorrimos todo el temario del examen de acceso y, de hecho, llegué a tenerlo lo bastante organizado para que se apresurara a escribir al rectorado solicitando los impresos de inscripción en el examen, pero tenía menos posibilidades de entrar que un niño de diez años. Yo no acababa de decidir si no sería bueno para él suspender los exámenes y aceptar la realidad, o si no habría sido todavía mejor haber vivido para siempre convencido de que, con la ayuda de un tutor, hubiera logrado entrar. En cualquier caso, no era una decisión que tuviera que tomar yo. Pero hice todo lo que estaba en mi mano y lo sentía como una responsabilidad mía.

El griego era un caso muy diferente. Era un joven llamado Spiro que también quería entrar en Oxford o en Cambridge: sólo tenía dieciocho años, lo que, en principio, hacía que sus posibilidades fueran más altas que las del indio. Claramente provenía de una familia de posibles, que parecía haber extraviado en algún lugar de Europa: uno de sus progenitores solía estar en Roma y el otro, en España, aunque a veces se intercambiaban. Empecé a darle clase como tres semanas después de empezar con el indio, y esperaba una desesperación parecida, pero enseguida me convenció de que al menos tenía una inteligencia y un conocimiento superficiales. Su inglés era excelente, lo que no era poca ayuda. Pasaron meses, sin embargo, hasta que caí en la cuenta de la verdad. Es preocupante ver lo fuertes que son nuestros prejuicios y lo convencidos que estamos (o estoy yo) de que ningún extranjero puede alcanzar el mismo nivel de inteligencia que los productos del sistema educativo inglés. No quiero decir con esto que piense que los extranjeros sean tontos;

simplemente que siempre me queda la duda de si pueden competir en el mismo terreno. Pero pasadas unas semanas me di cuenta de que Spiro podía. Era un muchacho notablemente dotado, tan dotado que incluso podía vencer al sistema de exámenes y a dieciocho años de desventaja. Siempre se presentaba a sí mismo como un verdadero prodigio, pero cuanto más lo decía, menos me fiaba yo, hasta que con un poco de práctica y verdaderamente sin apenas dirección alguna, empezó a entregarme unos trabajos semanales de una calidad crítica excelente, ortodoxos y empíricos, de los que podría enorgullecerse cualquier estudiante de primero de carrera de cualquier universidad. Yo estaba admirada y encantada, al tiempo que me deprimía un poco darme cuenta de mi estrechez de miras a la hora de juzgar a la gente. Intenté no dejarle ver cuánto había mejorado mi opinión sobre sus posibilidades de ingreso, pero sabía que él se daba cuenta. Era un muchacho que tenía una confianza en sí mismo verdaderamente asombrosa, un muchacho engreído, pero sólo tenía dieciocho años, y cómo no iba a serlo.

El pastor metodista era un hombre encantador, muy callado y cohibido, al que le angustiaba pensar que pudiera incomodarme imponiéndome sus ideas religiosas. Le parecía que su deber era estudiar a autores como Milton y T. S. Eliot, pero su pasión era Wordsworth, al que admiraba por unas razones para mí del todo sospechosas. No le costaría nada aprobar las pruebas de literatura, pues había leído mucho más que la mayoría de los alumnos del preuniversitario, pero los trabajos que me entregaba no estaban bien organizados, pues había perdido práctica en ese aspecto y no conocía la jerga crítica. Como hacía el curso por puro placer, y en cualquier caso aprobaría los exámenes, no sabía si insistir o no en aquellos puntos en los que más flaqueaba. No quería turbar su placer con tecnicismos, aunque tal vez era precisamente para eso para lo que me pagaba. Así que mis correcciones eran siempre tan vacilantes como las referencias a Dios, que no tenían más remedio que colarse en cualquier comentario sobre Milton.

Cuando me acercaba al cuarto mes de embarazo, empecé a preocuparme enormemente por esos cuatro, pues tenía la sensación de ser responsable de ellos. Mi primera reacción instintiva fue decirles que me había puesto enferma y que no podría continuar dándoles clase, pero me daba mala conciencia hacerles aquello a mitad de curso, cuando les resultaría muy difícil encontrar a un sustituto, y desde luego no encontrarían a nadie tan barato como yo y con mi cualificación. De pronto me decía que no era de su incumbencia si yo iba a tener un hijo o dejar de tenerlo, y un momento después me ponía a llorar a lágrima viva pensando en la vergüenza y el absurdo de la situación: me parecía que no tendría la resistencia necesaria para sobrellevarla. Sabía que tenía que tomar una decisión, el tiempo y el tamaño de mi tripa me presionaban a hacerlo: había oído hablar de gente que había ocultado su estado hasta pasado el sexto mes, pero a mí no me apetecía ese tipo de escapatoria. Y, por otro lado, ¿con qué palabras explicárselo?

Finalmente, sólo se lo dije a Spiro. Dejé que los otros sacaran sus propias

conclusiones. La chica, Rally Hitchins, me lo notó, sin duda, pero no se atrevió a preguntar: parecía bastante admirada, y en verdad no podía ser de otro modo dado lo que había ido dejando caer sobre su tormentoso expediente y las razones de su expulsión. El indio no se dio cuenta. Sencillamente no se fijó o, si lo hizo, no significaba nada para él. Pero empecé a ponerme una alianza en el caso del pastor metodista; no era una verdadera alianza, huelga decirlo, sino una anilla de cortina idéntica a la que había exhibido ostentosamente con Hamish hacía tantísimos años en aquel hotel de dudosa reputación. Aquel pastor fue la única persona por quien me haya rebajado a hacer algo semejante, y siempre me digo que lo hice por él, no por mí. No sé lo que pensaría: supongo que sacaría la conclusión de que había tenido que casarme a toda prisa, pues la alianza apareció bien avanzado el proceso, pero posiblemente era demasiado amable y cristiano para hacer conjeturas. Una situación como la mía ciertamente deja claro lo poco que sabemos de las luces y las sombras de los otros.

Se lo dije a Spiro o, más bien, se podría decir que Spiro me lo dijo a mí. Fue como quince días después de salir con Roger por última vez. Me había puesto un amplio jersey de hombre de color gris, que tenía desde hacía muchos años, encima de una falda a la que le había añadido un trozo de cinturilla de algodón. No resultaba mal, aunque completamente obvia para el ojo avisado, y Spiro lo era. Acababa de llegar, y yo me dirigí a la cocina a hacer café para los dos: volví con la bandeja, que dejé sobre la estantería mientras iba a buscar la mesita del café, con la intención de ponerla en un sitio conveniente entre los dos, pero Spiro se abalanzó e intentó quitarme la mesa de las manos, diciéndome:

—No, no, ya no debe coger peso, deje que lo haga yo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, tirando firmemente de la mesa hacia mí. No pesaba nada, pues no mediría más de sesenta centímetros de alto por sesenta de lado y estaba hecha de un bambú bastante feo, como una silla de jardín. La dejé donde había pensado dejarla y luego me volví a mirar a Spiro, pero él se estaba riendo. Supe que sabía que estaba molesta con él por reírse de mí.

—No tiene ninguna gracia —dije, enfadada.

Y él hizo una mueca como si pusiera una cara seria y dijo:

—No, no. Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo.

—Siéntate —dije—, y empieza a leer tu trabajo sobre Donne, si es que lo has terminado.

—Claro, claro —dijo él, con una mirada descarada de cómplice disculpa.

Y sacó el trabajo de la cartera y empezó a leerlo: era muy bueno, pero al leerlo en alto, ponía cierto tono de burla, como si hubiera podido escribir igual de bien cualquier otra cosa sobre el tema. Tenía dieciocho años y se pasaba de listo. No me importaba que supiera que yo sabía que él sabía. Se reía, y no lo lamentaba, y se ofrecía a llevarme la mesa porque quería provocar, y no porque deseara ser simpático conmigo. También tenía que ocultarle a él mi desdicha.

Cuando volví al médico, me dijo que me había conseguido una cama en el hospital, en el de Saint Andrew, el cual, como esperaba que supiera, estaba en la mismísima Marylebone Road. Por su manera de decirlo, percibí que esperaba que se lo agradeciera y que consideraba que había hecho por mí más de lo que podría haber esperado. Yo me mostré debidamente agradecida, aunque no sabía exactamente a santo de qué; luego pensé en tres posibles razones que podían explicar aquellos aires de gran proeza. Dada la escasez de camas en la maternidad, debía de haber sido bastante hábil para conseguirme una, y muy hábil para conseguirla tan cerca de mi casa y en un hospital clínico con una excelente reputación. Después de decirme que tenía la cama, se deshizo de mí con un alivio manifiesto.

—Puede dirigirse a la clínica del hospital para que la controlen directamente —dijo—. Allí se ocuparán de usted.

—Claro, por supuesto —dije, como si supiera exactamente cómo proceder; habría querido preguntarle una docena de cosas: adónde tenía que ir, más o menos cuándo, por quién tenía que preguntar. Pero era un hombre muy ocupado y había mucha gente esperando fuera, así que me levanté para irme—. Muchas gracias por todo —repetí por décima vez, mientras me dirigía a la puerta.

Pero él me hizo volver y me dijo:

—Bueno, bueno, no querrá irse sin una carta de presentación, ¿no?

—¡Oh, no! Claro —dije, como si se me hubiera olvidado momentáneamente.

Y él me entregó un sobre dirigido a la Clínica Prenatal del Hospital de Saint Andrew. Era un sobre cerrado. Me pregunté que diría dentro. Me sentí un poco mejor yéndome con aquello en el bolsillo, pues al menos sabía el nombre del lugar al que se suponía que tenía que ir: por entonces no tenía ni idea de nada, ni siquiera sabía cómo funcionaban las consultas externas de un hospital.

Mi primera visita a esa clínica fue una experiencia memorable. Había concertado una cita por teléfono, una demostración de previsión de la que me sentía moderadamente orgullosa, y el miércoles por la tarde me presenté a la hora indicada. El hospital fue fácil de encontrar: era un enorme complejo de edificios que ocupaban una zona inmensa en el lado norte de Marylebone Road, no muy lejos de mi edificio favorito, Castrol House. El hospital de Saint Andrew no podía rivalizar en elegancia arquitectónica con aquél, que además era posterior. El bloque central parecía de principios del siglo XVIII y aparte de la regularidad de su fachada poco había que destacar en él, pero además se le habían montado encima, le habían rodeado e invadido todo una espantosa mezcla de excrecencias neogóticas de los años 1830 y 1860, todas ellas añadidas completamente al azar, al menos desde un punto de vista estético. Me alarmé, no tanto porque el edificio fuera un adefesio, pues mi gusto visual es muy escaso, sino porque no sabía por dónde se entraba, ni qué parte atacar. Había innumerables puertas y entradas, y me daba la sensación de que la mía no era

la principal. Finalmente, sin embargo, fue la que elegí, pues pensé que al menos dentro habría un mostrador de información. Por suerte, lo había. Me presenté y presenté el sobre comprometedor que llevaba conmigo, y me dijeron que saliera y buscara la entrada de las Consultas Externas, que según me dijo la chica que me atendió estaba a la vuelta de la esquina. Así que salí, busqué las Consultas Externas y volví a entrar en el edificio. Allí, como me había imaginado, no había mostrador de información ni directorio: sólo había una puerta en la que decía Hematología, y un montón de oscuros pasillos pintados de un color crema brillante. Me quedé plantada, indecisa, profundamente avergonzada de mi ignorancia en estos trances. Era una emoción conocida: la había experimentado, por ejemplo, en mi primer día de escuela o en mi primer día en Cambridge, pero entonces se mezclaba con una agradable sensación de anticipación, mientras que ahora venía acompañada de malos presentimientos.

Me rescató de mi inmovilidad la llegada de otra mujer, evidentemente en avanzado estado de gestación, que entró con gran energía por la puerta de la calle y tomó uno de los pasillos con aire de celeridad y determinación. Yo até cabos y la seguí. Como cabía esperar, me condujo directamente a la Clínica Prenatal, que resultó ser una gran sala a la que daban varias habitaciones pequeñas; había varias filas de asientos ocupados todos por otras embarazadas. Todavía faltaban cinco minutos para la hora de apertura oficial —al menos, algo había aprendido de las colas inevitables—, pero la sala ya estaba abarrotada y no quedaban más de tres o cuatro asientos libres. Me senté en uno de ellos y me dispuse a esperar. Y, mientras esperaba, eché un buen vistazo a quienes esperaban conmigo.

Todas tenían una cosa en común, claro, aunque sus estados variaban desde la invisibilidad hasta el abultamiento extremo. Al igual que me había pasado en la consulta del médico de cabecera, casi se me saltan las lágrimas al ver la variedad de miseria humana que aparecía ante mí. Puede que no estuviera de humor para que la gente me animara, para encontrarla atractiva y estimulante, pero la verdad es que me parecían todas increíblemente deprimidas y desgraciadas. Se oye hablar mucho, aunque generalmente al varón entusiasmado, de la belleza de la mujer encinta, a la que se refieren con eufemismos metafóricos del tipo «navíos a toda vela», y supongo que de vez en cuando he visto el brillo de la serenidad en los rostros de algunas jóvenes embarazadas distinguidas y bien alimentadas, pero las pruebas demuestran que lo que prima es lo contrario. La anemia y el agotamiento estaban escritos en los semblantes; iban espantosamente vestidas, tenían las piernas hinchadas, y el cuerpo, pesado y descompensado. Había un puñado de casos de un deterioro llamativo: una inmensa mujer de mediana edad que sólo podía andar con la ayuda de un bastón; una pálida y flaca criatura con las piernas llenas de varices y un niño que apenas andaba pegado a ella, y una negra que no mostraba esa aceptación de la vida física propia de las culturas menos industrializadas, de la que tanto se oye hablar, sino que miraba a su alrededor completamente aterrada, con unos ojos abiertos como platos. Gemía para

sí levemente, y susurraba, como si ya estuviera de parto: puede que, al igual que a mí misma, le asustara más el hospital que otra cosa. Incluso aquellas que no parecían tener dolencias evidentes, de las que se podría esperar que rebosaran dicha convencional, parecían enfadadas y hartas, posiblemente ante la aburrida perspectiva de pasar la tarde en el hospital; había un par de jovencitas en la hilera de asientos delante de la mía, chicas de las que ves charlando animadamente y riéndose a carcajadas en los autobuses y en los cafés, pues allí no se reían lo más mínimo, sino que no dejaban de quejarse de lo que les dolía la espalda y de las náuseas que tenían y de que no iban a recuperar el tipo después del parto. Daba pena. Allí estábamos todas revueltas, y me sorprendió no sentir nada en común con ninguna de aquellas mujeres; me sorprendió que me resultara tan desagradable su visión y sentirme allí una extraña, una forastera, y, sin embargo, era una de ellas, yo también era así; por primera vez en mi vida estaba atrapada en un límite humano, e iba a tener que aprender a vivir dentro de él.

Pasado un rato, llegaron varias enfermeras y empezaron a suceder cosas; la cola comenzó a moverse. La gente desaparecía en un orden completamente confuso, y se iba a que le tomaran la tensión, a que la pesaran, a ver al doctor Tal y al doctor Cual y a la comadrona. Seguí esperando un rato más, preguntándome si vendría alguien a pedirme mi cartilla y, cuando me di cuenta de que no iba a venir nadie, decidí que tendría que encontrar a quien dársela. Temía que me acusaran de querer colarme, pero por fin me puse en pie y fui a buscar a alguien que tuviera alguna autoridad. Encontré a una enfermera, que cogió mi sobre y me dijo que volviera a sentarme, y eso hice, preparándome para una espera sin fin, pero al cabo de unos minutos también me nombraron misteriosamente. «Señora Stacey —dijo la voz mecánica— señora Rosamund Stacey». Me levanté una vez más y me dirigí a la enfermera a la que le había entregado la carta. Ella se volvió y me preguntó que qué quería, yo le dije que acababan de llamarme y que qué debía hacer. Vaya a ver a la comadrona, me dijo la enfermera. ¿Dónde?, dije yo, un poco brusca, porque no veía razón alguna por la que yo o cualquier otra tuviéramos que saber por instinto dónde estaban las comadronas. ¡Ah! ¿No lo sabe?, dijo ella, y me señaló una puerta en la otra esquina de la sala. Me acerqué, llamé y entré.

La comadrona era una mujer bonita de elegante cabello pelirrojo, facciones pequeñas y ojos azules.

—Hola, señora Stacey —me saludó afectuosamente, alargando la mano desde el otro lado de la mesa—. Soy la enfermera Hammond, ¿cómo está?

—Muy bien, ¿y usted? —dije yo, pensando que por fin había llegado a la civilización, pero sintiéndome, sin embargo, obligada a continuar—: Pero llámeme señorita, no estoy casada.

—Ya, ya —dijo con una sonrisa fría y dulce simultáneamente—, pero aquí llamamos «señora» a todas. Es un tratamiento de cortesía, ¿no le parece?

Era una mujer educada y vio que yo también lo era, así que le sonreí igual de

fríamente, aunque no me parecía bien aquello. Charlamos un rato y me dijo que no era partidaria del parto natural y de lo abarrotados que estaban los servicios de maternidad en los hospitales y luego me hizo rellenar una serie interminable de impresos y documentos en los que tuve que dar detalles precisos de todas las enfermedades que había padecido y de la vivienda que ocupaba. Cuando le dije que tenía un piso con cinco habitaciones, cocina y cuarto de baño sólo para mí, sonrió y se mostró aún más educada y más fría: me di cuenta de que pensaba que era, y no sin cierta razón, una de esas jóvenes ricas y disolutas que andan por la ciudad, y me alivió pensar que su profesión le impedía preguntarme por qué no había hecho lo más sensato, lo que se esperaba que hiciera, y había pagado para abortar en una de esas clínicas privadas caras y exclusivas. No me gustó, pero con ella sentía que pisaba terreno seguro, al contrario de lo que me sucedía con todas aquellas mujeres abultadas que esperaban fuera. Un terreno seguro, comprensible en su expresión, privilegiado, profesional.

Cuando terminó el interrogatorio, dijo:

—Bien, señora Stacey, nada más por hoy. Volveré a verla dentro de un mes.

—¿Quiere decir que ya está? —dije, poniéndome en pie sumamente aliviada.

Pero ella contestó:

—¡Oh, no! Lo siento, todavía no. Me temo que tendrá que esperar todavía un poquito para que la vea el doctor Esmond.

—¡Ah, ya! Entiendo —dije—. Lo siento, pero todavía no sé muy bien cómo funciona esto.

—¡Oh! No se preocupe, enseguida lo sabrá. No suelen tardar mucho en enterarse.

Así que salí y esperé al doctor Esmond, y esperé hasta que solamente quedaba yo en la sala de espera. Era la primera vez que me reconocían, y podría haber soportado sin dificultad el reconocimiento del doctor Esmond, que era un hombre mayor de cabello cano con gafas sin montura. Pero para lo que no estaba preparada era para que me examinaran cinco estudiantes de medicina, uno detrás de otro. Cerré los ojos y oculté mi vejación tras una discreta sonrisa, porque sabía que estas cosas pasan, y que los médicos tienen que formarse y los estudiantes de medicina aprobar exámenes; y el doctor Esmond les preguntaba sobre la altura del fundus uterino y si eran capaces de calcular las semanas de embarazo, y qué podían decirle de la pelvis. Todos dijeron que tenía una pelvis muy estrecha, y yo los escuchaba inmóvil y los notaba palparme, sin más protestas que un cadáver examinado por unos patólogos en ciernes buscando las causas del fallecimiento. Pero yo no estaba muerta, estaba doblemente viva.

Como me había profetizado la enfermera Hammond, enseguida me acostumbré. Aprendí a qué hora llegar y a qué altura del montón introducir mi tarjeta a fin de que me llamaran antes: no era fácil hacerse con el sistema, porque no lo había, pero de vez en cuando tenías una pequeña victoria. Aprendí a leer del revés esas anotaciones

en la historia clínica que decían: «Para uso interno. No mostrar al paciente». Aprendí a cómo ir vestida para los reconocimientos a fin de poder quitarme la ropa lo más rápido posible. Aprendí que tenía que insistir para que te recetaran las píldoras de hierro y las de vitaminas, ya que nunca se acordaban. Pero las visitas a la clínica siguieron siendo un calvario, que ni siquiera los más intermitentes rayos de consuelo venían a iluminar: mi único objetivo era salir de allí lo antes posible. Lo que más odiaba eran las conversaciones monotemáticas sobre partos que oía a mi alrededor mientras esperaba: todo el mundo contaba sus experiencias pasadas y las de sus hermanas y sus madres y tías, y amigas y abuelas, y todas las demás escuchaban, embelesadas, hasta yo misma. La degradante verdad era que en nuestro estado no había otro tema que nos fascinara más; y pocos más había, al parecer. El parto, el dolor, el miedo y la esperanza: éstos eran los temas que nos unían en una especie de sobrecogedor respeto. Y tan fuerte era la unión que hasta yo misma, marginada por partida doble, o triple, en razón de mi soltería, de mis estudios y de mi clase, hasta yo me sumaba de vez en cuando y me veía obligada a contar alguna anécdota propia, como mi favorita, que mi hermana había dado a luz en una ambulancia durante una ventisca. En verdad, tan fuerte tiraba la naturaleza que hacia el final del sexto mes de asistencia a la clínica me parecía que tenía más en común con aquellas mujeres que con ninguna de mis amistades.

El embarazo me reveló varios puntos interesantes, de los cuales no había sido consciente hasta entonces. Era sorprendente, por ejemplo, la cantidad de mujeres embarazadas que parecía haber de pronto en el mundo. Las calles estaban llenas de ellas, un hecho en el que no recordaba haber reparado antes. Incluso en la biblioteca del Museo Británico, y llegué a pensar que particularmente la biblioteca del Museo Británico estaba llena de serias intelectuales como yo misma que se apoyaban, o apoyaban a las criaturas que llevaban en el vientre, contra el pupitre mientras escribían o leían. Otro descubrimiento vendría posteriormente, pero en relación a la cantidad de recién nacidos. Del mismo modo llegué a darme cuenta de cuánto dependía de los saludos casuales como único medio de gratificación sexual: no tenía más remedio que aprender a pasar de toda insinuación sobre mi sexo, pues los hombres no suelen asomar la cabeza por la ventanilla para silbarle o lanzarle un piropo a una mujer embarazada, ni tampoco se la quedan mirando fijamente en el metro ni hacen agudos comentarios sobre ella cuando entra en un café o en una tienda. A mí siempre me habían dicho muchos piropos, pues era alta y tenía buen tipo, un tipo que se hacía notar, y eso me agradaba mucho. Y, cuanto más leve era la conexión, más me halagaba, como no podía dejar de admitir: después de todo, mi aventura con George debió de ser todo lo leve que puede ser un contacto que conduzca a semejante resultado positivo. George, George, pensaba en George, y a veces encendía la radio para escuchar su voz anunciando tal o cual cosa: todavía no me podía creer que iba a llegar al final de aquello sin decírselo, pero tampoco me veía diciéndoselo. De vez en cuando pensaba en él unos instantes, y era tal el desconsuelo



y la tristeza y el amor que me recorrían la espina dorsal que intentaba no hacerlo.

Mis amistades se lo tomaron más o menos como una hubiera esperado, con una mezcla de curiosidad, admiración, compasión e indiferencia. Debió de haber ciertas especulaciones con respecto a quién sería el padre, pero en mi grupo de amigos nadie tenía suficiente confianza conmigo para atreverse a preguntármelo, a no ser de esa forma frívola que se puede eludir fácilmente. Yo intentaba transmitir, sin decir nada, que en alguna parte había un hombre del que ninguno de ellos sabía nada y que todo estaba bien. La única persona que se quedó de verdad fascinada con el caso fue Lydia Reynolds, mi amiga novelista. De vez en cuando comía con ella, pues trabajaba cerca del Museo Británico, en una galería de arte que se especializaba en acuarelas. A veces también venía al Museo, a pasar algo a máquina en la sala de mecanografía, pero hacía tiempo que no venía, de modo que supuse que últimamente su producción no era muy buena. Cuando se enteró de mi estado, en algún momento al final del cuarto mes, lo único que dijo fue:

—¿No es de Joe, no? Espero que no sea de él. No sé qué puede resultar de un niño concebido por Joe, y además ya se propaga bastante, ¿no?

Le aseguré que no era de Joe, y pareció alegrarse. Entonces le pregunté cómo le iba en su vida creativa, y ella frunció el gesto y bajó la vista, y, al tiempo que su ojo izquierdo empezaba a mostrar el violento tic neurótico de costumbre, dijo:

—¡Oh, horrorosamente mal! Nada que se me ocurra funciona, y voy cada vez peor. No tengo nada que decir, simplemente no tengo nada que decir.

—Pues si no tienes nada que decir —dije—, ¿para qué intentar decir nada? ¿Por qué no te tomas un descansito?

—No puedo descansar —me respondió en tono violento—. No puedo. Cuando no estoy trabajando en algo nuevo, soy muy desdichada, me pongo muy triste, no existo. No puedo hacer nada, nada me divierte.

—Ya se pasará —le dije, intentando calmarla.

—No veo por qué se me va a pasar —dijo—. Quizá esté acabada.

—Si de verdad pensaras que lo estás, no lo dirías.

—¿Ah, no? No, tal vez, no. Pero ¿cómo lo hacen los otros? Joe y todos los demás ¿Cómo hacen para seguir produciendo uno al año, año tras año? ¿De dónde se lo sacan?

—Pensaba que no te gustaba lo de Joe.

—Y no me gusta.

—Entonces, ¿para qué te preocupas?

—No puedo evitar preocuparme. Prefiero escribir un mal libro que nada.

—¿Y por qué no escribes uno entonces?

—No puedo —se lamentó—. No puedo. Ya lo intento. Las empiezo, pero no puedo terminarlas. Cómo te envidio, Rosamund. Tu trabajo siempre está ahí, sabes lo que hay que hacer, está todo ahí fuera, esperando a que llegues y lo ordenes y lo structures, como una tarea, casi, como una tarea que hay que hacer. Me gustaría

poder escribir un libro sobre algo y no simplemente un libro. Desearía no tener que seguir sacándolo de mí misma, como una asquerosa araña. Me encantaría escribir un libro sobre los poetas isabelinos.

—No hay nada que te impida hacerlo —dije.

Sin embargo, ella suspiró hondo y dijo, mordiéndose brutalmente lo poco que le quedaba de uñas:

—Ya. Pero no tengo tu preparación académica.

La siguiente vez que la vi, me dijo que en una ocasión había tenido un aborto, y me lo contó todo. Empezó diciéndome que pensaba que yo debía de estar loca para querer tener la criatura, que iba a arruinar mi vida y todas esas conocidas cantinelas, pero no hablaba completamente en serio: sencillamente estaba abriendo el camino para lo que ella misma tenía que decir.

—Supongo que la verdad es —concluyó— que tú realmente deseas tenerlo. En cierto sentido, ¿o no?

Me encogí de hombros, porque no sabía la respuesta. Y entonces ella continuó:

—Es curioso, ¿sabes?, pero yo me quedé embarazada una vez. Lo pasé fatal. Fue después de que saliera mi primera novela, cuando me vine a Londres; me junté con una panda de imbéciles y me acosté con todo el que se me ponía por delante. Me lo pasé muy bien, sobre todo después del aburrimiento de Doncaster, pero hice muchas tonterías: en teoría, me lo sabía todo, pero la práctica era harina de otro costal y, bueno, pasado un tiempo, me di cuenta de lo que me había pasado. Estaba decidida a no tenerlo, pero, por otro lado, no soportaba la idea de que me hicieran una escabechina; con lo neurótica que soy, pensé que eso me iba a alterar profundamente, así que un amigo me recomendó un tipo muy caro, pero que lo hacía todo legalmente, por motivos psicológicos y eso, ya sabes lo que digo, clínica privada y tal, una broma. Así que pedí una cita, y allí me presenté para intentar convencer a aquel tipo de que tener el niño me causaría graves destrozos psicológicos y físicos; así era como había que formular el incidente, ya me entiendes. Era un hombre mayor, bastante grueso y simpático. Vivía en Bayswater Road. Bueno, el caso es que me pidió que le hablara de mi vida y yo se lo conté todo, lo que me divirtió un montón: madre cruel, padre que se larga hartado de que lo acosen, vivienda precaria, miseria, obligada a trabajar desde los dieciséis años, todo, hice que sonara lo más escabroso que pude, y todo el tiempo me hice pasar por completamente neurótica, lo que no fue muy difícil, dado mi historial. Hacía el final de mi relato, me daba tanta lástima de mí misma que casi me echo a llorar. Él también parecía conmovido, y pensé que había dado en el clavo, pero cuando acabé me dijo que lo sentía, pero que en mi caso no podía recomendar la interrupción del embarazo. Dijo que yo era una persona demasiado sensible e impresionable y seria, y que en casos como el mío era más probable que indujera una depresión la interrupción del embarazo que el llevarlo a término. Intenté explicarle que, pasara lo que pasara, no tendría una depresión, y entonces él dijo que si creía que no me iba a deprimir para qué había ido a verlo. Parecía que no había salida: sólo se

recomendaba la interrupción en personas tan insensibles que no se iban a deprimir, pero, por otro lado, es de suponer que si eran tan insensibles no habrían tenido necesidad de ir a verlo. Todo el asunto era una verdadera pérdida de tiempo: aquel tipo no era, en general, la persona que buscaba; no sé de dónde se lo habría sacado el amigo que me lo recomendó. Terminé por no saber si era mejor intentar convencerlo de que yo era una persona equilibrada, a la que le traían sin cuidado las cuestiones morales, o si debería convencerlo de que estaba tan rebasada que tenía que rescatarme antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y qué hiciste, por fin? —le pregunté, aliviada de no haber intentado seguir yo misma una vía tan confusa.

—Bueno, pues terminé yéndome sin más; me di cuenta de que no íbamos a llegar a ningún lado. No era lo que yo necesitaba: era un psiquiatra que se había limitado a escribir un artículo sobre la Ley de Reforma del Aborto, y el amigo que me lo recomendó no se había enterado bien de qué iba la cosa.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Pues aquí viene la parte divertida. Salí de la consulta muy indignada y absorta en mis pensamientos, en qué debía hacer, en que tendría que ir a uno de esos horribles carniceros, y en que le iba a armar una buena a Lawrence cuando lo cogiera por banda. En resumidas cuentas, iba tan alterada que crucé sin mirar Bayswater Road, y me atropelló un autobús. Salí prácticamente ilesa, pero el susto surtió el efecto deseado sin que yo tuviera que hacer nada. Delante de su misma puerta. Podría jurar que el tipo estaba mirando por la ventana cuando la ambulancia vino a recogerme.

—¡Menudo golpe de suerte!

—Pues sí, ¿no? Y nadie insinuó nunca que lo había hecho adrede, porque no es el tipo de accidente que una podría planear, o sea, lo más probable no era que abortaras, sino que te murieras en el intento. Sentí que tenía a la providencia a mi favor. Fue lo más extraordinario que me haya sucedido en la vida, creo.

—¿Y por qué no escribes sobre eso? —le pregunté—. Ya tendrías algo sobre lo que escribir.

—¡Oh, no! Me resultaría imposible —dijo Lydia—. No es una historia convincente. Demasiado irreal para lo que yo escribo. Parece sacado de *Pequeñas ironías de la vida*, de Hardy.

—Pues yo siempre he pensado que *Pequeñas ironías de la vida* ofrecían más bien una visión de la vida bastante profunda —dije, sinceramente.

—¿De verdad? Yo no lo encuentro profundo en absoluto. Es completamente mecánico. No es real.

—Pero lo tuyo es real. Te sucedió a ti misma.

—Sí, claro, pero hay una diferencia entre lo que le sucede a uno en la vida real y lo que uno puede hacer real en el arte. Aquello me sucedió a mí, de acuerdo, me sucedió a mí, pero eso no me convence, para mí no tiene la impronta de la realidad. No escribo sobre esas cosas, no podría. Y además nunca me han gustado los

accidentes en las novelas. ¿Quién fue el que dijo que el accidente conmovedor no era su negociado? Pues el mío tampoco.

—Wordsworth.

—¿Fue él, de verdad? No sabía que sabía algo de Wordsworth.

—¿No piensas entonces que las cosas son verdad porque suceden? —le pregunté.

—No, en absoluto —dijo Lydia—. ¿Y tú?

—Supongo que debo pensarlo —respondí.

Aquella noche, ya en la cama, pensé un rato sobre las pequeñas ironías de la vida, pues la verdad era, como le había dicho a Lydia, que siempre me conmovían de una forma desproporcionada en relación con su importancia en cualquier formulación filosófica digna de tal nombre. Siempre me han conmovido, a veces profundamente, ciertas noticias periodísticas del tipo de «Muerto mientras se ponía el cinturón de seguridad» o «Sufre un colapso en la víspera de su boda». Pensaba que mi interés en estos casos se derivaba de una absurda creencia en una deidad malintencionada; ahora, sin embargo, echada en la cama con las manos cruzadas sobre mi bebé, aún por conocer pero ya rebulléndose en mi vientre, se me ocurrió que ese interés había sido una premonición de un orden de cosas diferente e irracional. El apuro en el que me encontraba entonces podría clasificarse, sin duda, entre esas pequeñas ironías de la vida, y, sin embargo, se diría que no era un mero accidente, ni tampoco el resultado de una malevolencia divina. De haber pertenecido al reino de lo puramente accidental, me lo hubiera quitado de encima, pues, por más que me acobardaran las operaciones y los hospitales, incluso entonces me daba cuenta de que continuando con el embarazo me ponía en una posición en la que tenía que soportar más hospitales, más situaciones desagradables, que interrumpiéndolo. Pero no parecía de esas cosas que una se puede quitar, como una verruga o un callo. Parecía que tenía sentido. Parecía uno de esos acontecimientos que, por accidental que fuera su causa, una no podía negar.

Al mismo tiempo, no parecía ser totalmente el producto de la malevolencia. Yo no sentía, de la manera en la que lo siente la Tess de Hardy, que los acontecimientos habían conspirado maliciosamente contra mi inocencia. Puede que me negara a sentir algo así, porque suponía una perspectiva peligrosa para mi dignidad y con la que me resultaría difícil vivir en los años venideros. Cuanto más pensaba en ello, más me convencía de que mi estado tenía que tener algún sentido, que, por más que fuera inesperado, caprichoso y poco buscado, tenía que estar conectado a alguna secuencia, a algún acontecimiento significativo de mi vida. Éstas eran las cosas en las que pensaba, antes de que naciera la niña, claro, pues las criaturas, una vez nacidas, ya son lo bastante significativas por sí mismas. Pero el caso es que, antes del nacimiento, yo no sabía nada de esto, y me sorprendían ciertas insinuaciones y advertencias de lo que iba a ser. Mi estado era extraño; era como si estuviera esperando a que se me

revelara una conexión que viniera a dar un sentido a las desconexiones, aunque no tenía ninguna prueba de que existiera. A veces me asaltaba una vaga idea de que aquel embarazo me había sido enviado a fin de revelarme un orden de cosas totalmente distinto de aquél en el que yo habitaba, totalmente alejado de todo entusiasmo académico, de toda conciencia social, de cualquier pálida, indefinida conexión emocional y del ejercicio del libre albedrío. Era como si llevara demasiado tiempo viviendo de una manera, en un nivel, y la manera que había ignorado siempre se hubiera visto forzada a imponerse así de bruscamente. En realidad, era una cuestión de libre albedrío; hasta ese momento siempre había vivido al menos con la ilusión de que podía elegir, y entonces pareció que por primera vez en mi vida era consciente de la actuación de unas fuerzas que no eran completamente explicables, pero no por ello necesariamente más ciegas, más pequeñas, menos amables o más ignorantes que yo misma.

Eran unas fuerzas de las que siempre me había burlado cuando otras personas las sacaban a colación: las denominaba autojustificación irracional. Siempre salían a relucir en relación con el matrimonio y la maternidad, en donde juegan un papel importante la suerte o la mera casualidad. Mi hermana, en particular, tenía una especial tendencia a hacer comentarios de este tipo. Sus tres embarazos habían sido por accidente, como se suele decir, y en cierta ocasión me había hecho esta observación:

—Una no decide tener hijos. Más bien ellos deciden nacer.

También me había hecho varios comentarios ridículos y de una naturaleza un poco menos adversa cuando esperaba su tercer hijo, todos los cuales parecían proceder de esa remota región donde habitan las consecuencias no deseadas y los valores confusos.

—De verdad —me dijo en una ocasión, y parecía estar hablando sin pizca de displicencia, sinceramente—, estoy encantada con este nuevo embarazo, así podré aprovechar toda la ropita de recién nacido. Tengo muchísima, y estaba horrorizada pensando que tendría que empaquetarla y llevarla al Oxfam; odio hacer paquetes.

Y en otra circunstancia me dijo:

—¿Sabes una cosa? Como una semana antes de que pudiera darme cuenta de que estaba otra vez embarazada, fui a Marks and Spencer a comprarme ropa interior y por pura casualidad me llevé un par de bragas de la talla XL que estaban colocadas por equivocación con las demás, y cuando llegué a casa me dije «Éstas me vendrán bien si me vuelvo a quedar embarazada», algo que no tenía pensado que sucediera, aunque en realidad ya lo estaba.

Puestas en la balanza, estas cosas parecían no pesar en comparación con la vida de una criatura; ni tampoco podía imaginarme a una deidad, por tenebrosa que fuera, descolocando, con un oscuro designio, la sección de ropa interior de unos grandes almacenes. Sin embargo, empecé a comprender algo de lo que me había querido transmitir.

No quiero dar a entender, como tal vez parezca, que cayera presa de las famosas garras femeninas de la irracionalidad. Mis poetas isabelinos no perdieron un ápice de importancia frente a la idea de comprar pañales. Muy al contrario, descubrí que estaba trabajando extremadamente bien, muy concentrada y con la cabeza despejada. No dejaba de pensar, para mi gran alivio, que estaba tan segura de los poetas isabelinos como de que me gustaban las patatas asadas. No es que saltara del reino de la lógica al de la intuición, sino que, más bien, tomé conciencia de unos hechos que nunca en mi vida había admitido o en los que ni siquiera había reparado. La ignorancia no tiene lógica. Estoy segura de que mis descubrimientos eran muy comunes; de no serlo, no valdría la pena reseñarlos. La única característica especial en mi caso era que los hechos que descubrí entonces eran precisamente los mismos que mis admirables padres habían puesto tanto empeño en presentar ante nuestros ojos infantiles: la desigualdad, la desventaja, la segregación, la desgarradora y desigual penuria que formaban parte del destino humano. Siempre me había compadecido de los demás, en teoría, me había afligido por los golpes del destino y las circunstancias que habían de sufrir, pero ahora, no siendo libre yo misma, sufriendo yo misma, puedo decir que lo sentía con todo el corazón.

Hasta entonces, había logrado evitar los vínculos que unen a las personas, aunque fuera de boquilla; las relaciones más cercanas y más serias que había tenido en mi vida las había tenido con gente como Joe, Roger y George, relaciones que parecen demasiado triviales para ser contabilizadas como tales, pero a las que había dedicado gran cantidad de atención, como lo habría hecho cualquier joven soltera, desocupada, culta y de buena familia; y, tonta de mí, pensaba que aquello era la vida. Nunca fui tan tonta para creer que las cosas se te dan gratis; sabía que tienes que pagar lo que te corresponde, y consideraba que teniendo una conversación inteligente, cierto prestigio heredado, un piso estupendo para dar guateques y un magnífico par de piernas pagaba mi parte. Aquellas cosas no eran nada en comparación con los vínculos que ligan a padre e hijo, a marido y mujer, al hijo con el padre anciano, en donde lo único que cuenta es el dinero y la responsabilidad, pero eso no lo descubrí hasta mucho más tarde. Sí se me ocurrió un día, sin embargo, bastante al principio del embarazo, que pese a reconocer el principio por el cual se ha de pagar, yo tenía una deficiencia básica cuando se trataba de tomar a cambio los bienes correspondientes.

Se me ocurrió un día en la clínica prenatal; estaba de cinco meses y me encontraba bastante bien, como suele ser el caso a esa altura del embarazo.

Me había sido imposible llegar a tiempo, y esperaba pacientemente hojeando el libro de Rosamund Tuve sobre el lenguaje figurativo en la poesía renacentista, cuando alguien vino a sentarse a mi lado. La silla crujió con el peso, pero yo no alcé la vista inmediatamente, pues había llegado a un punto interesante sobre la obra de George Herbert. Uno o dos minutos después, sin embargo, me di cuenta de que tenía un crío de corta edad encima del pie, así que bajé la vista preparada para moverlo a fin de desalojar al pequeño. Era un niño de unos dos años, vestido con unos

pantaloncitos de pana gastados y sucios, una chaqueta marrón y un pasamontañas de punto gris. Parecía cansado y tenía un aspecto lastimero, y miré a su madre con cierta curiosidad. Era una mujer corpulenta, de corta estatura y cabello negro, que llevaba un viejo abrigo verde; por sus facciones podría ser extranjera, italiana, quizá, o medio italiana, y su rostro mostraba una inmovilidad recia, inexpresiva, como si nada en él se moviera o pudiera moverse. Tenía otra criatura en el regazo, dormida: era un bebé grande y regordete, y mis ojos inexpertos le calcularon unos nueve meses o así. La mujer no miró en ningún momento al otro pequeño: después de que yo lo hubiera desalojado de mi pie, se fue hacia el otro extremo de la sala de espera y empezó a retrepase en los asientos libres, a tocar los picaportes de las puertas de las cabinas y a dar patadas a los radiadores, con una cara tan inexpresiva como la de su madre, que tenía la mirada clavada en algún punto enfrente de ella, y la palabra que llevaba escrita en su cuerpo era resistencia.

Pasado un rato, apareció una enfermera y la llamó. «Señora Sullivan», voceó la enfermera, y la señora sentada a mi lado se rebulló y respondió, pero no se puso en pie: miró a su alrededor buscando al pequeño y luego me miró a mí y me dijo en un tono lacónico:

—¿Me lo cogería un rato? Cómo voy a despertarlo, luego se pone muy pesado si no duerme lo que tiene que dormir. ¿Me lo cogería un momentín, reina?

No podría haberme negado, aunque me asustaba la responsabilidad, y, tras entregarme al inmenso bebé dormido, se puso en pie: para mi gran asombro y preocupación, estaba embarazada de al menos seis meses, incluso teniendo en cuenta la pérdida natural de la figura tras dos partos muy seguidos. Se alejó hacia la consulta de la comadrona, y yo me quedé con aquel niño inmenso que pesaba monstruosamente; lo sentía cálido y fofo en el regazo, moqueaba y tenía la boca entreabierto. Me sorprendió lo que pesaba: mis piernas se resentían. También me di cuenta de que no sólo estaba calentito, sino también húmedo; las polainas de lana estaban completamente caladas y me estaban empapando la rodilla. Lo cambié de posición ligeramente, pero no me atrevía a moverlo mucho, no fuera a despertarse y «ponerse pesado por no haber dormido lo que tenía que dormir»: me preocupaba que cuando se secara aquella humedad, se me quedara una mancha en el abrigo, y esperaba que no. Esperé sus buenos diez minutos con el bebé en el regazo: era la primera vez en mi vida que tenía un niño en brazos, y pasado un rato, junto con la preocupación por aquella mancha húmeda visible en mi abrigo, empecé a notarlo de verdad: su pequeña calidez, sus anchas y suaves mejillas y, sobre todo, su respiración acompasada y ruidosa. Lo estreché contra mi cuerpo, rodeándolo con los brazos.

Antes de que volvieran su madre y su hermano, sin embargo, también me llamaron a mí: esa semana no me tocaba ver a la comadrona, sino al ginecólogo.

—Señora Stacey —llamó la enfermera, y volvió a repetirlo—: Señora Stacey.

Pero yo estaba atrapada con aquel niño en el regazo, con miedo a moverme, con miedo de perder el turno y con miedo de molestar a la enfermera. No podía pasar al

bebé a la siguiente de la fila, como si fuera un paquete: empezaba a perder los nervios cuando la buena mujer salió de la consulta de la comadrona y pude devolverle al niño sin demasiado retraso.

El ginecólogo apenas me examinó: al parecer mi embarazo no podía ser más normal, y no merecía la pena que sus alumnos le prestaran atención. Salí aliviada, como siempre, y me encaminé, a un paso razonablemente ligero en mi estado, por Marylebone Road en dirección a Ulster Place, en donde había quedado con unas compañeras de universidad a tomar el té. No habría andado más de un par de manzanas cuando adelanté a la mujer de los dos niños. Iba por la acera de enfrente, andando exasperantemente despacio: el mayor de los dos pequeños se paraba a mirar en todas las papeleras, subía todos los escalones de todos los edificios, y ella no le metía prisa, sino que se paraba a esperarlo, sin fijarse apenas en lo que hacía el crío, inmóvil con la mirada perdida en algún punto y el bebé colgado a horcajadas sobre el bulto del siguiente. Había una solemnidad en su imperceptible progresión que me impresionó en lo más hondo: esperaba pacientemente, como una advertencia, como un augurio, como una figura llegada de otro mundo. Cinco meses antes, la habría adelantado sin dedicarle siquiera una segunda mirada, pero todavía sentía en mis brazos el peso de su hijo y todavía tenía el abrigo húmedo de su humedad. No sé ni cómo se las arreglaba para avanzar por la calle. Ni tampoco cómo iba a poder sentir yo ese peso hasta que mis brazos no lo hubieron experimentado.

Cuando vi a mis amigas, pensé en contarles lo del niño, cómo lo había tenido en brazos, a fin de reírme y olvidarlo; eran las tres muy simpáticas y compartían piso: una era actriz, la otra funcionaria y la tercera era investigadora, igual que yo, y en Cambridge nos habíamos contado nuestras derrotas más íntimas y nos las habíamos tomado a risa. Me embarqué entonces en la descripción de la mujer del abrigo verde, y ellas prestaron un emotivo interés, pero, no bien había empezado, me dio una pereza enorme seguir porque me di cuenta de que yo misma no lo había asimilado, no lo había transformado todavía en material apropiado para la anécdota, de la misma manera que Lydia no había terminado de ordenar el episodio de su aborto como material para la ficción. No sabría lo que había significado aquello para mí hasta que no naciera mi hijo, aunque una parte la entreví antes, de hecho, al salir de casa de mis amigas y conforme me dirigía a la mía. Comprendí que en adelante, al igual que aquella mujer, yo misma iba a tener que pedir ayuda, y también a personas desconocidas: yo, que ni siquiera era capaz de pedir un poco de amor o de amistad.

Volviendo a casa pensé seriamente por primera vez en qué iba a hacer con una criatura en los brazos y un montón de trabajo por delante. Tan reacia era a que alguien me ayudara que ni podía pensar siquiera en coger una asistenta: no podía pagar a nadie por hacer un trabajo sucio que podía hacer yo misma. Tenía que agradecerle esta actitud a la educación que me dieron, aunque sé que técnicamente no es buen socialismo, y ni siquiera mis padres eran tan ridículamente obstinados con este tipo de detalles; pero siempre he pecado de demasiado escrupulosa. No se trataba



de virtud ni de moral: por mis escrúpulos estaba impidiendo que una mujer se ganara cuatro chelines a la hora por todas las horas que necesitara para rescatar aquel piso de la inmundicia en la que amenazaba hundirse. Con una criatura a mi cargo, sin embargo, no podía permitirme esos escrúpulos. Además tenía que seguir yendo a trabajar, y a las bibliotecas no se pueden llevar niños. Algo habría que hacer, algún plan tendría que trazar. Mi propia moral personal se veía en peligro: iba a tener que hacer cosas que, por mí, no habría hecho nunca. No eran cosas malas, tampoco había que dramatizar, pero sí eran cosas que iban en contra de mi personalidad.

Cuando llegué a casa, me senté con *The Times* y empecé a recorrer la sección de servicio doméstico en los anuncios por palabras. Me quedé pasmada por las connotaciones sociales de términos como «Amas», «Chicas Au Pair», «Niñeras», «Gobernantas». Parecía que ni quería ni podía permitirme ninguna de esas cosas: me obligué a considerar en serio el problema y estaba a punto de concluir que lo máximo que podría soportar, y de lo que no podría prescindir, sería de una cuidadora por horas —tantas horas al día, tantos días a la semana—, cuando llamaron al timbre. Me levanté para ir a abrir: a veces, la desazón con la que iba a abrir a este tipo de visitas inesperadas me llevaba a preguntarme si en verdad había abandonado toda esperanza de volver a ver alguna vez a George. De cuando en cuando, incluso entonces, me imaginaba escenas en las que él aparecía en el umbral de mi puerta y me saludaba con frases como «Rosamund, he intentado vivir sin ti, pero no puedo» o «Rosamund, te quise desde que mi ojos se posaron en ti por primera vez»; en alguna ocasión, y no sin cierta vergüenza, recorría toda esa parafernalia romántica de los encuentros al final de largos pasillos, o de los abrazos en lo alto de escalinatas grandiosas o de las citas apasionadas en Oxford Circus. Entonces me decía, reconviniéndome, que estas imágenes no nacían del amor, sino del miedo, y sin duda así era. En cualquier caso, cuando abrí la puerta esa vez era Lydia Reynolds.

—Siento molestarte —me dijo cuando la hice entrar—, pero me acaban de suceder toda una serie de desastres; para no alargarme, vengo a pedirte si me puedo quedar a dormir aquí esta noche. Me lo dirías, ¿eh?, si por alguna razón no te pareciera conveniente que me quede.

—No tengo ningún problema en que te quedes —le respondí mientras nos dirigíamos al cuarto de estar y nos sentábamos—. Cuéntame qué desastres te han pasado.

—Explotaría si no te los contara —dijo Lydia, y se lanzó de inmediato a contármelo todo.

Al parecer, el marido de la amiga en cuyo piso había estado viviendo había vuelto con ella después de varios meses de separación y había reclamado su derecho a la residencia conyugal; su amiga no estaba muy dispuesta a que Lydia se fuera y quedarse sin el alquiler que ésta le pagaba, ya que no confiaba mucho en la permanencia del marido en el hogar, así que durante unos días habían seguido todos juntos en las dos habitaciones y cocina de que constaba el pisito, con Lydia

durmiendo en el sofá. Entonces al marido empezó a irritarle la continua presencia de Lydia, y le había dicho que se marchara, lo que provocó que su mujer se echara a llorar mientras desayunaban y dijera que prefería vivir con Lydia que con él y que el que se tenía que marchar era él. Lydia era consciente de que tendría que haberse ido en ese momento, a fin de no llevar aún más confusión a los problemas matrimoniales de aquella gente.

—Pero no podía ni pensar en buscarme otro sitio y trasladar todas mis cosas —dijo—, sobre todo cuando cualquiera se daría cuenta de que no iban a durar más de un mes juntos; así que resistí y habría seguido aguantando mecha. Pero anoche volví muy tarde, y, cuando me estaba desnudando con el máximo cuidado para no hacer ruido, ese desgraciado salió del cuarto de baño y trató de agarrarme. Después de esto decidí que era persona *non grata* para todos, y esta mañana me fui.

—Bueno —dije—. También podrías quedarte hasta que se vaya.

—Igual no se va —dijo Lydia—. Aunque sólo sea para fastidiarme, después de lo que le solté anoche. Lo más espantoso es que es bastante atractivo. Supongo que es la única justificación de su existencia. Fíjate que antes me gustaban este tipo de hijos de puta, pero hace algún tiempo que ya no me atraen. Dame hombrecitos amables, tímidos y buenas personas, como Alex; ése es el tipo con el que realmente me llevo bien.

—¿Y a ella le gusta?

—Supongo que sí. O debe de haberle gustado. No estoy tan segura de que a ella también haya dejado de atraerle el tipo. Y hay algo más. Esta semana me echaron del trabajo.

—¡Válgame Dios! —dije sin apenas alzar la voz—. ¿Por qué?

—Faltaba mucho —me respondió Lydia en tono lastimero—, y terminaron por decírmelo. No les culpo. Pero el caso es que estoy sin blanca.

—¡Ah! Si quieres te puedo prestar...

—¡No, qué va! —dijo—. Tengo algo, puedo sacar de aquí y de allá; sólo te iba a pedir un favor, y como tú misma lo has insinuado, o sea, que no es como si... bueno, ¿qué te parece si comparto casa contigo? Podría hacerte de canguro y todo eso. Por supuesto, te pagaría algo de alquiler, claro está, pero tendrá que ser una cantidad simbólica. Puedo serte muy útil, ¿no crees? Puedo recogerte las cosas y llevarte la compra. Bueno, claro, si no es un problema para ti. O sea, no vive nadie contigo, ¿no?

Estaba claro que se refería al evasivo padre de mi futuro hijo: negué con la cabeza que tuviera otros inquilinos. Cuanto más pensaba en el plan, más halagüeño parecía, porque había mucho espacio en el piso, y la idea de tener que llamar yo sola a la ambulancia cuando llegara el momento había empezado a obsesionarme un poco, aunque el punto más importante en pro del plan era que Lydia lo había planteado como un favor que me pedía, y yo no había tenido que pedirle nada. A fin de dejar bien clara mi posición superior, insistí en que no me pagara alquiler alguno,

explicándole que, como yo no pagaba nada y como mis padres me habían permitido quedarme en el piso para que no pagara a nadie, ni por asomo iba a aceptar dinero de ella, aunque podíamos pagar a medias las facturas de la luz. Lydia soltó un suspiro de alivio; parecía sinceramente eufórica con la perspectiva.

—Esta zona es tan chic —dijo—. Y tú misma eres tan chic, y me gusta tanto todo lo chic...

—Estoy segura de que te trasladarás cuando nazca el niño —dije—. Los niños de pañales no son muy chic que digamos.

—¡Tonterías! —dijo Lydia—. Los niños de las familias normales no son desde luego un símbolo de estatus, pero los ilegítimos son el último grito.

Celebramos el acuerdo con un resto de una botella de vino bastante avinagrado y unos huevos con beicon, luego Lydia se puso a llamar a todos sus amigos, lo que desencadenó una conversación sobre las facturas del teléfono. A continuación me preguntó que dónde estaba el televisor, y yo le dije que no tenía y que bajo ningún concepto iba a haberlo en aquella casa, tenía demasiado trabajo. Lydia no pareció darle mucha importancia a mis palabras y me preguntó si le podía prestar un camisón; quería irse a dormir. Así que le fui a buscar un camisón e hicimos la cama, tras lo cual tuvimos una larga conversación sobre Joe Hurt, a quien Lydia había visto hacía una semana. Por fin dejamos de hablar, y yo también me fui a la cama, donde me quedé dormida más feliz de lo que lo había estado en los últimos meses, aliviada de la opresiva soledad que me venía angustiendo desde hacía algún tiempo, y encima sin la sensación de debilidad que me hubiera dado haber tenido que pedirselo yo. Me caía bien Lydia: era una chica inteligente, segura de sí misma e interesante, y además había querido venirse a vivir conmigo motu proprio. Una semana después se hizo con un televisor de alquiler, que yo la obligué a poner en su cuarto, y entonces yo iba y me sentaba con ella en la cama y lo veíamos juntas; ella había empezado una nueva novela, y de pronto se ponía a teclear frenéticamente mientras veíamos un programa u otro, así que le dije que lo trasladara al cuarto de estar, pero entonces ella se venía a escribir allí, porque, según decía, el ruido de la tele le ayudaba a concentrarse.

La convivencia doméstica con Lydia funcionó muy bien, y, unos quince días después de que se trasladara a mi casa, pensé que tendría que dar nuevos pasos para poner en orden todos mis asuntos. Llevaba un tiempo con la idea de escribir a mi hermana y contarle la situación; no tenía intención de decirle nada a mi hermano, pues mi conducta iba a contrariarlo profundamente, y, como ya he explicado, no parecía que mereciera la pena preocupar innecesariamente a mis padres. Sin embargo, estaba segura de que mi hermana me apoyaría, pues siempre me había cantado las alabanzas de la maternidad y de la vida doméstica: yo solía acusarla de que seguía el principio contrario al de la zorra y las uvas, que deseaba atrapar a otros en su propia trampa por el procedimiento de ensalzar los placeres de la reclusión, pues no cabía duda de que a

ella esa elección le había causado sufrimiento. Al igual que yo, no podía dejar de ser la hija de nuestros padres: educada para ser independiente y considerarse un igual de cualquier persona viva, tenía una veta de seriedad práctica que me recordaba mucho a mi madre. También mi hermana había ido a la universidad, aunque en su caso, a Oxford, no a Cambridge, como yo, y se había movido en unos círculos más firmemente intelectuales y más comprometidos que los que yo había frecuentado. Ahí conoció al que se convertiría en su marido, un científico llamado Hallam, que era profesor ayudante en la época en la que se conocieron; Beatrice estudiaba Económicas, de modo que tenían cierto terreno común. Se casaron poco después de que ella terminara la carrera, tras lo cual Hallam no tardó en aceptar un trabajo en un centro de investigación nuclear y se la llevó a un lugar desierto de las Midlands, tan sólo habitado por otros científicos atómicos, sus mujeres, algunos tenderos y técnicos. Beatrice tuvo inmediatamente tres niños, muy seguidos, e hizo de la necesidad virtud, pero muchas veces yo pensaba que, desde el punto de vista de una licenciada, debía de pasarlo mal por no estar aprovechando al máximo su titulación. Sin duda, aplacaría su conciencia el hecho de que su vida social fuera tan poco entretenida, por un lado, y, por otro, la severa tarea de criar tres hijos: después de todo no era lo mismo que si hubiera abandonado una carrera profesional para pasarse la vida en el salón de belleza.

Ideológicamente, la pobre Beatrice se encontraba en una posición bastante desafortunada: a diferencia del resto de la familia, ella era una pacifista convencida y militante, o, al menos, lo había sido en su época universitaria en Oxford. Vivir en un centro de investigación nuclear debía de ser para ella extremadamente penoso. Por suerte, Hallam compartía sus ideas políticas y no dejaba de tranquilizarla diciéndole que el conocimiento era la única manera de garantizar la seguridad, y que, por consiguiente, él, con su trabajo, no hacía sino fomentar la paz en el mundo. Puede que no le faltara razón, aunque aquello no era en absoluto el motivo de que tuviera aquel trabajo. Pero Beatrice, una vez que se lo hubo tragado, aceptó con todas sus consecuencias la línea del compromiso realista, y empezó a mirar con recelo lo que ella consideraba la estrechez de miras de nuestros padres. La cuestión del pacifismo seguía inquietándola, sin embargo; una vez en una carta me contaba que su hijito mayor atravesaba esa fase de violencia que pasan todos los niños, y sólo jugaba con pistolas, a soldados, a *cowboys* y, lo peor de todo, a las bombas. «Cuando le digo que termine de comer —me escribía quejosa—, se vuelve y, haciendo un ruido horrible, me dice: “¡Bang, bang! Estás muerta”». Un día, ya no pudo aguantar más esa respuesta inevitable y exasperante y, furiosa, le dio un cachete, «lo que —continuaba diciéndome— va completamente en contra de mis principios, y, en cualquier caso, es *completamente* incoherente con el principio de la resistencia pasiva, ¿no crees? Era como una guerra mundial en miniatura, ¿entiendes lo que quiero decir?». El condenado chaval afirmaba que a raíz de aquel ataque sin precedentes le había empezado a doler un oído, y ella había estado reconcomiéndose de remordimiento

hasta que la cosa se aclaró y se vio que no tenía nada, sólo un poquitín de resentimiento.

En cualquier caso, cuando escribí a Beatrice para contarle lo de mi embarazo, esperaba recibir a vuelta de correo una carta llena de comprensión y de buena disposición por su parte, y estaba deseando recibirla, pues llevaba demasiado tiempo sin que nadie me comprendiera de verdad. Estaba muy orgullosa de cómo me las había apañado yo sola, y puede que incluso esperara algún tipo de felicitación por mi compostura. La carta que recibí, sin embargo, fue ésta:

Mi querida Rosamund (me decía):

No te puedo explicar cuánto nos ha preocupado y disgustado la noticia que nos dabas en tu carta. Me sorprende que no nos lo comunicaras antes; por lo que dices, supongo que esperas para dentro de cuatro meses. Creo que tendrías que habérselo dicho. Me dices que no se lo diga a los padres, pero has de saber que antes o después se enterarán y seguramente no pensarás seguir viviendo en el piso sin decírselo. Sin duda se disgustarán cuando se enteren, pero ya sabes cómo son, nunca te echarán nada en cara... Dado que no quieres decírselo, no seré yo quien se lo diga, pero desearía que se lo dijeras tú. ¿Y Andrew? Ya sé que nunca lo ves, y no me parece mal, pero ¿y si te lo encuentras un día o algo así, o si alguno de sus amigos te ve por la calle? Sería horrible que se enteraran por un tercero, pues está claro que nadie se lo va a pensar dos veces antes de decírselo.

No creas que no te comprendo; te comprendo. Creo que tienes que estar aterrada, no sé cómo puedes aguantarlo tú sola. Me alegro de que tu trabajo no se haya resentido.

No entrabas en muchos detalles en tu carta, pero, por lo poco que decías, deduje que tenías la intención de quedarte con la criatura. Y creo que debo decirte que ése es el error más espantoso que puedas cometer y que sería horroroso no sólo para ti, sino también para el niño. Piensa: si lo das en adopción, dentro de seis meses te habrás olvidado de todo el asunto y podrás seguir con tu vida exactamente donde la dejaste. ¿No crees que eso sería mucho mejor para ti? No te puedes hacer idea de lo que significa tener un hijo, de la responsabilidad, de las preocupaciones, económicas y de todo tipo, que entraña, de lo que significa no poder salir ni hacer nada sin haberlo planificado previamente. Créeme, lo digo por experiencia. No te veo adaptándote a las exigencias que se te impondrían, a ti, que siempre has sido tan celosa de tu independencia y de hacer las cosas a tu manera. No te puedes hacer una idea de lo que significa tener que pensar en otra persona, las veinticuatro horas del día, y no durante uno o dos años, sino para siempre, más o menos. Sin embargo, no estoy pensando sólo en ti. Si es malo para ti, todavía peor, mucho peor, sería para la criatura. Sin haber hecho nada, tendrá que soportar el estigma de ser hijo ilegítimo toda su vida, y no te puedo decir lo espantosamente crueles y despiadados que pueden ser los niños cuando agarran una presa así. Un hijo no es simplemente algo que puedes tener porque crees que debes tenerlo, porque la verdad es que no debes tenerlo. Sin más. Tu obligación es darlo en adopción a un matrimonio que de verdad quiera tener un hijo y que sin duda tendrá una posición más conveniente para criarlo. Sé que, idealmente, en una sociedad decente, ningún niño debería sufrir por algo así, pero no vivimos en una sociedad decente, y me resulta insoportable pensar lo que tendría que pasar tu hijo, y lo que tendrías que pasar tú por él. Por favor, piénsalo e intenta mirar a largo plazo. Y, si me permites que te dé un consejo, si decides darlo en adopción, por lo que más quieras no dejes que te lo enseñen mucho. Bueno, creo que tienes que quedártelo un tiempo, ¿no?, pero por lo que más quieras no establezcas lazos afectivos. A esa edad, las relaciones no tienen mucho sentido, y tú serás la que sufras. Otra cosa es que ni siquiera mencionas al padre en la carta, por lo que supongo que se trata de alguien con quien no quieres o no puedes establecer vínculo alguno, y lo más seguro es que no quieras pedirle ayuda económica, ¿no? Si necesitas dinero, dínoslo, y ya veremos lo que podemos hacer. Pero piensa en lo espantoso que sería ver crecer en tu casa al hijo de alguien a quien no quieres o ni siquiera te gusta. Ya es bastante malo cuando es el hijo de alguien a quien sí quieres. Pobrecita Rosamund, qué mal lo debes de estar pasando. Me gustaría poder ir a echarle una mano, pero estoy agotada en este momento y los tengo a los tres malos. Parece que el hospital es bueno, lo que ya es una ayuda. Es horrible que te mangoneen de esa manera, que te traten mal, pero no queda más remedio que apretar los dientes y aguantar. En cualquier caso, los dos te enviamos nuestro más afectuoso recuerdo. Ténnos al corriente de lo que decidas y cuídate, por lo que más quieras, no andes corriendo de aquí para allá.

Como se puede imaginar, me quedé muy abatida después de leer la carta. Me daba cuenta de que Beatrice estaba sinceramente preocupada por mí, pero no por ello dejó de indignarme y de enfadarme. Me parecía que nadie tenía derecho a darme el más mínimo consejo sobre mi hijo: yo no lo había pedido, y era capaz de aconsejarme sola. Su carta, de hecho, sirvió de algo: me reveló cuán profunda era mi determinación de tener el niño. La determinación en esa fase no podía basarse, como sucedería más adelante, en el amor, pues no sentía amor alguno y no tenía muchas esperanzas de sentirlo: se basaba en la extraordinaria confianza que tenía en mí misma, en la convicción, bastante irracional, de que no había padres adoptivos que pudieran alcanzar mi grado de excelencia como madre. Al mismo tiempo, me asustaba la maternidad; tenía las dudas normales sobre si mi hijo me querría, si yo lo querría a él, y demás, pero, al margen de estas dudas, mi certeza era absoluta. Sabía a ciencia cierta que la criatura sería mía y que se quedaría conmigo. Dijera lo que dijera Beatrice, a mí me habría parecido una cobardía abandonarla a la desconocida y bien intencionada ignorancia de otra persona en algún lugar de Gran Bretaña.

La carta tuvo un efecto que Beatrice jamás hubiera podido prever. Su referencia a vivir con el hijo de un hombre al que no quieres me sugirió por primera vez la imagen de una criatura parecida a George. La imagen era dolorosamente vívida y tuve un peligroso impulso de llamarlo y contárselo todo al instante. No lo hice, claro, pero esa noche encendí la radio, un lujo que no me había permitido hacía tiempo, y estuve escuchando su voz. Sonaba tan educada, tan inocente, que una vez más me vi incapaz de imaginarme que alguna vez hubiera podido soñar con agobiarlo, con causarle semejante apuro y angustia. Repasé una vez más todo lo que me había dicho y hubiera dado cualquier cosa por haberle oído decir, sólo una vez más, en ese tono suyo amanerado y dulce: «¡Caramba, Rosamund! ¡No estás guapa ni nada esta noche!». Aunque por entonces no estaba muy guapa que dijéramos, tenía que admitir.

De niña tenía muy buen carácter. Solía ver lo mejor de cada persona, excusaba todos los fallos, achacaba toda maldad o defecto al entorno: en resumen, me cargaba yo con toda la culpa. Podría haber seguido así para siempre, de no haber sido por la maternidad, y quién sabe si no hubiera sido una persona mejor y más agradable, dotada de la amabilidad de la inocencia. Repito, no es que no los viera, veía los fallos, pero los excusaba. Pero ahora ya no me apetecía encontrar excusas. Seguía encogiéndome educadamente y sonriendo cuando me daban con la puerta en las narices, pero en el fondo del corazón me reconcomía. Por ejemplo, estando

embarazada de cinco meses, aunque tengo que admitir que con el abrigo puesto apenas se me notaba, iba sentada en el metro y entraron dos señoras de mediana edad en el vagón; no había asientos libres, así que se quedaron de pie a mi lado, agarradas a las barras, y empezaron a refunfuñar, no faltas de mordacidad, sobre los malos modales de los jóvenes. Como resulta que yo parecía ser la persona más joven del vagón, no pude sino tomarme personalmente sus comentarios. Estaba claro que querían que se las oyera, pues siguieron dándole y dándole con su tono de voz refinado, mezquino e irritante. Recordándolo ahora me doy cuenta de que estaban chifladas, y además tristemente chifladas, pero me puse furiosa. Me habían educado para dejar el asiento a las personas mayores en el transporte público, y pasado un rato no lo pude aguantar más y me puse en pie no sin cierto esfuerzo y se lo ofrecí a una de ellas. Hice el ademán con verdadera malicia y despecho, pero la mujer ocupó mi asiento sin una palabra de gratitud, más bien con un gesto reprobatorio de cansancio; estaba claro que no se daba cuenta de mi estado, ni siquiera al verme de pie. Fue la única vez que deseé tener un bombo como una catedral, como les sucede a algunas mujeres, aunque, en realidad, el tamaño no quiere decir nada, pues cuando peor se siente una es en los tres primeros meses y entonces todavía no se te nota nada. Seguí de pie a su lado, observándola, llena de odio. Tenía ganas de desmayarme, para que viera lo que había hecho. Pero, quién sabe, igual ella también tenía sus propias dolencias.

También excusaba siempre a mi hermano y su mujer: trataba de verlos en perspectiva y no juzgarlos a ellos, sino a lo que los había hecho como eran. Supongo que me avergonzaba tener un sentimiento tan irracional como la antipatía o la aversión. No los veía mucho: tal vez dos veces al año y como un deber que tenía que cumplir. Me había parecido que sería sencillo rehuirlos; a diferencia de Beatrice, no temía encontrármelos por la calle así por casualidad. Pero fue precisamente eso lo que sucedió, claro está. Me la encontré a ella, en cualquier caso. Había ido al supermercado de Selfridge's a comprar harina integral, pues a Lydia y a mí nos había dado por hacer pan, y allí la vi, mirando con la mayor seriedad la larga fila de deliciosas aves de caza rellenas y mechadas, comprando sin duda para una de sus insoportables cenas. Cuando la vi, me volví enseguida y empecé a alejarme, pero ella debió de levantar la vista en ese momento porque la oí llamarme, con su incisivo tono de Kensington:

—¡Rosamund! ¡Rosamund!

Me di la vuelta y me acerqué lentamente, y sus ojos enseguida apreciaron mi estado.

—¡Hola, Clare! —le dije cuando llegué junto a ella—. ¿Qué, comprando un par de faisanes?

Me miró un poco confusa, lo que no era de extrañar, y murmuró algo, tratando de ganar tiempo:

—Estaba comprando algunas cosas para una cena que tengo mañana.

Llevaba un abrigo rosa palo con el cuello de piel y un sombrero que la hacía parecer dos veces mayor de lo que era: no puede tener más de veintiocho años, y a veces parece una cuarentona. Una cuarentona juvenil, bien conservada por los muchos cuidados, protegida de los elementos. No es ni bonita ni poco agraciada y tiene la manía de la limpieza: una de las primeras veces que nos vimos, cuando ella todavía pensaba que podríamos llegar a ser buenas amigas, me contó cuántas veces llevaba su ropa al tinte. «Si hay algo que no puedo soportar —dijo como estremecida— es tener la ropa sucia. ¿No estás de acuerdo?». El comentario me había sorprendido, ya que nunca se me había ocurrido pensar en algo así y no pude encontrar el fervor suficiente para darle la razón; me había limitado a contestar: «Ah, sí, supongo», al tiempo que inspeccionaba subrepticamente el estado del jersey que llevaba puesto, que no había lavado hacía algún tiempo. Desde entonces habíamos abandonado toda pretensión de tener un terreno común, aparte de los asuntos familiares. Supongo que la pobre Clare tenía cierto complejo de inferioridad intelectual, y si no lo tenía, habría tenido que tenerlo, pues era ciertamente bastante corta. Andrew no era tan corto como ella, aunque desde luego no era tan brillante como sus dos hermanas o cualquiera de sus progenitores. Supongo que ésa podría haber sido una de las causas de su curiosa rebeldía social. Por lo general, dejaba que fuera ella quien tomara la delantera, lo que, fuera o no inferior intelectualmente, siempre estaba dispuesta a hacer, pero en esta ocasión tuve claro que yo debía atacar primero.

—Tienes gente a cenar, ¿no? —le pregunté, resuelta—. No sueles venir al centro a comprar, ¿no?

—No, por lo general, no —respondió—. Pero había venido a la peluquería y ya aproveché.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta, con ese sombrero no se ve cómo te ha quedado. ¿A qué peluquería vas?

—Romain's. ¿Y tú?

—Yo no voy —contesté—. Quita mucho tiempo. Además, dejo que la naturaleza haga su labor. No me gustan las permanentes. Bueno, hacía un montón de tiempo que no te veía. ¿Qué tal está Andrew? ¿Sigue tan ocupado como siempre?

—Oh, claro.

—¿Todavía juega al *bridge*?

—Sí —Clare esbozó una fría sonrisa, aunque quería ser halagadora, no fría, y luego continuó con valentía—: Tienes que volver a visitarnos un día. La última vez que te llamé no podías, me acuerdo. Era Navidad, ¿no?, cuando te llamé.

—¡Oh! Lo siento, esta temporada ando muy ocupada. No creo que vaya a tener tiempo antes del otoño.

Estábamos en febrero.

Ella apartó la vista, nerviosa, un tanto incómoda. Yo también estaba azorada, pero no tenía intención de que se me notase.



—Tengo que continuar haciendo la compra —dijo—. Estas cenas son una pesadez espantosa.

—Deben de serlo —dije—. Pero no sé por qué las das entonces. Bueno, me ha gustado mucho verte, Clare. Dale un abrazo a Andrew de mi parte. Le dirás que me has visto, ¿no?

La miré fijamente mientras decía esto, preguntándome si le diría lo que había visto: ella se sonrojó y apartó la vista, pero me imaginé que no se lo diría y posteriormente supe que había acertado con mi suposición. Estoy segura de que no se contuvo de decírselo para protegerme, sino para librarse de tener que hacer algo por mí. No le gustaba nuestra familia, con razón, y cuanto menos nos viera, más contenta estaría. Cuando la dejé, estaba inclinada sobre el mostrador, señalando con una mano enguantada en color morado un faisán preparado: me alejé, pensando en sus terribles fiestas y cenas, en sus interminables visitas al tinte y en sus largas sesiones bajo el secador. Nunca he conseguido curarme de la idea de que la gente que pasa demasiado tiempo en la peluquería no tiene nada mejor que hacer ni otra manera de deshacerse del dinero que les sobra: dignos de compasión, sí, claro, pero estaba harta de compadecerme de la gente, y preferí darme el lujo de pensar que no la podía ni ver. Un parásito ocioso, eso es lo que es, me dije para mis adentros, no sin cierta amargura, mientras volvía a casa con mis dos kilos de harina, pensando en mi madre, con las horquillas entre los dientes, retorciendo la larga y espesa mata de pelo en un moño duradero, al tiempo que repasaba los informes que tendría que entregar aquel día en el centro de acogida de presos en libertad condicional donde trabajaba. Mi madre, Beatrice y yo éramos las tres más guapas que aquella chica, además de más listas. Pero, Dios mío, pensé según llegaba al ascensor y pulsaba el botón, quién tiene la culpa, quién la tiene, de quién es la virtud, y esa oleada de animadversión perdió fuerza, arrastrada por el reflujo de la equidad, dejándome, como siempre, en la dura, húmeda, orilla de la compasión sociológica.

La riqueza causa un mal atroz, pero la pobre Clare ni siquiera era rica: lo único que tenía era elegancia y una voz heredada. Digo tanto «pobre Clare» porque es una mujer infeliz, pero yo también soy una mujer infeliz, así que ella podría decir perfectamente «pobre Rosamund». A veces me pregunto si no tendrán mis padres la culpa de mi incapacidad para ver nada desde el punto de vista tan humano del agrado y del desagrado, del amor y del odio: sólo soy capaz de ver las cosas desde el punto de vista de la justicia, la culpabilidad y la inocencia. La vida no es justa: ésta es la lección que asimilé con mi tazón de cereales Kellogg's en nuestra casa familiar de Putney. Es injusta en todos los sentidos, por infinidad de motivos y en todos sus pormenores, y quienes, como mis padres, intentan hacerla más igualitaria están abocados al fracaso. Aunque cuando les decía esto, furiosa, discutidora, en tono trágico, con el tazón de cereales delante de mí, casi llorando por su inocencia incorregible y sus imposibles aspiraciones, ellos sonreían sin inmutarse y me decían: Claro que sí, querida, nada se puede hacer para paliar la desigualdad física e

intelectual, pero eso no es una razón para que no intentemos hacer algo en el terreno de la economía, ¿no?

Claro está que para cualquier estándar razonable, éramos bastante ricos. No había dinero real en la familia, nada parecido a lo que vería más tarde en Cambridge, y con Roger, o incluso con Joe, pese a que él se había hecho a sí mismo, pero teníamos una buena posición, sin embargo. Mis padres refunfuñaban todo el tiempo, pero no se privaban de nada. Tardé bastante tiempo en construirme una visión propia de la economía, lo que en parte se debía a las anomalías de mi educación, que me habían hecho creer en los pobres sin serlo: fui a un buen colegio estatal, donde, de nuevo, volvía a encontrarme en la curiosa posición de ser la única que admitía que sus padres votaban al laborismo, aunque precisamente mis padres se encontraban entre los más chic y eran los más conocidos de todos. Sabía que esto era ver el mundo del revés y me confundía. Recuerdo con la mayor claridad cómo me hice una imagen del resto del mundo, cómo fui acumulando pruebas sobre los modos de vida de los otros. Hubo un incidente en concreto que en aquel momento me pareció que marcaba un hito; yo debía de tener ocho o nueve años y Beatrice un par de años más. Habíamos ido al parque acompañadas por una chica a la que no sé si describir como empleada doméstica o como niñera: tenía dieciocho años o así, y era particularmente incompetente, al igual que el resto de nuestros empleados domésticos, y cuando nos sacaba siempre nos llevaba al mismo sitio, pues se había hecho novia de uno de los jardineros de ese parque. Lo sabíamos porque nos lo había dicho ella misma. Nos contó unas cosas horribles al respecto. A nosotras nos venía muy bien, pues nos daba libertad para hacer lo que quisiéramos: por aquel entonces nos volvía locas la pesca. Armadas con una red y un tarro de mermelada, podíamos coger pececitos y renacuajos. Era muy emocionante.

Aquella tarde de primavera, Beatrice y yo dejamos a Marleen muerta de risa entre los matorrales y nos encaminamos a una parte bastante cenagosa del estanque que por lo general solíamos tener para nosotras solas. Aquella vez, sin embargo, había unos chicos. Los miramos con recelo, pues estábamos acostumbradas a que ciertas pandillas de chicos brutotes nos hostigaran y se burlaran de nosotras, pero éstos parecían estar a lo suyo y muy ocupados, así que nos dispusimos a pescar. Nuestro trabajo se vio mejor recompensado que en otras ocasiones: sacamos un espinoso grande y llamativo por sus colores azulados y rosáceos. Recibimos la captura con grititos de contento, lo que atrajo la atención de los dos niños, que se acercaron e inspeccionaron el pez, que coleteaba frenéticamente en el tarro.

—A veces van y se salen de un salto —dijo uno de los chicos—. Dan unos saltos grandísimos. Como un salmón, saltan.

Entonces nos pusimos los cuatro juntos a intentar sacar otro, mientras los chicos nos contaban que habían tenido durante varios meses una hembra de espinoso en un cubo en casa.

—La soltamos al llegar el invierno —dijeron—. Pensamos que se nos congelaría

si la dejábamos en el patio.

Beatrice y yo nos quedamos muy impresionadas por esta prueba de sensibilidad, tan poco frecuente en los chicos: eran unos buenos chicos y podrían haber sido, como nosotras, hijos de la clase media, vestidos como iban, con unos pantalones llenos de barro, jerseys y sandalias, prácticamente igual que nosotras. Por entonces, todavía no nos fijábamos en si la gente hablaba bien o mal, en un acento o el otro. Nos entendimos muy bien y, aunque no conseguimos coger otro espinoso, sí pescamos un par de pececitos. Al cabo de una hora o así, pasaron unos patos, y Beatrice recordó que nos habían provisto de pan del día anterior para que se lo echáramos: cogió la bolsa de papel donde lo llevábamos y se puso a lanzar trocitos al agua, pero los patos, gordos y sobrealimentados, no mostraron el menor interés. No así los chicos, sin embargo: después de que los patos examinaran y rechazaran dos trozos, el más pequeño de los dos, que tenía una pinta de lo más simpática, como salido de una ilustración de los libros de Richmal Crompton, dijo:

—¿Y si me das a mí un pedacito de éstos?

Beatrice le dio la bolsa, y él y su hermano se lo comieron todo. No nos sorprendimos, pues nosotras mismas nos habíamos comido cosas aún más excéntricas en el colegio, y seguimos pescando. Cinco minutos después, sin embargo, oímos que Marleen nos llamaba: no nos veía, pues estábamos agachadas en la orilla del cieno, ocultas tras unos laureles sucios, cubiertos de hollín. Refunfuñamos un poco e hicimos los típicos chistes infantiles sobre si se había dado el lote.

—¿No es vuestra madre, no? —preguntó el mayor de los dos, mientras Marleen seguía llamándonos a voces, aunque sin demasiada urgencia.

—No, no —respondí, horrorizada por la idea de que Marleen pudiera ser la madre de nadie—. Es la criada.

Así se las llamaba entonces, incluso en nuestra casa: me salió espontáneamente esa palabra, aunque ahora me lo piense dos veces antes de escribirla. A los dos chicos pareció sobresaltarles mi comentario y uno de ellos dijo:

—¡Córcholis! Entonces sois ricas.

Eso dijo, exactamente eso.

De pronto, Beatrice y yo comprendimos la situación en toda su extensión y nos miramos con miedo, preparadas para echar a correr y esquivar las pedradas que ya veíamos venir; pero no hubo pedradas. Beatrice y yo empezamos a negar ardientemente que fuéramos ricas ni nada parecido: no nos creíamos ricas, siendo, como de hecho éramos, mucho más pobres que otra gente que conocíamos, las hijas de ciertos empresarios y otra gente por el estilo, pero sabíamos dónde estábamos si nos comparábamos con aquellos chicos, y estábamos asustadísimas. Pero a los chicos no les importaba nada; parecía que les gustábamos, se lo habían pasado bien esa tarde y les habíamos interesado e impresionado. Eran, como habría dicho Shaw, pobres merecedores de la caridad ajena: unos chicos buenos y respetuosos. Pero Beatrice y yo, por nuestra parte, sabíamos que nosotras no éramos merecedoras de nada: no nos

merecíamos su amable interés, sino su desprecio. Les contamos lo de Marleen y su novio, en un apresurado intento de distraer su atención, y nos marchamos.

—A lo mejor os vemos otra vez —dijeron los chicos.

Pero nosotras sabíamos que no los veríamos. Una hora así es casi la totalidad de lo que una puede esperar en toda una vida. Muchas veces he recordado cómo se comieron aquellas cortezas de pan; no estaban hambrientos, no eran unos muertos de hambre, pero se las comieron con ganas. Yo no lo sabía, y más tarde pensé que tenía el deber de saberlo.

Años después, en realidad en fecha bastante reciente, fui a pasar un par de días con Beatrice y su familia; por entonces sólo tenía dos hijos, el mayor de cuatro años, y la pequeña de tres. Me caían bien, aunque no los entendía, y me los llevaba a dar paseos y a coger moras: era el mes de octubre. El centro de investigación donde trabajaba Hallam estaba en lo alto de una colina y recuerdo que en ese momento el paisaje estaba reseco, descolorido, agostado: los campos estaban llenos de pálidos rastros y no había color. Beatrice y Hallam vivían en una pequeña urbanización de adosados municipales, que se extendía de forma parecida a un campamento del ejército; la casa en sí era muy agradable, tal como la había puesto Beatrice, pero por fuera no tenía nada especial. Y eso que la suya era una de las más bonitas. El domingo, después de comer, Hallam, Beatrice y yo estábamos en el salón, en una especie de exhausto estupor, entre las páginas arrugadas y confusas de varios periódicos dominicales, cuando de pronto oímos un grito en el jardín, donde estaban jugando los niños. Beatrice se puso en pie y fue a mirar por la ventana:

—¡Vaya! ¡Ya está aquí otra vez! —dijo, y con una expresión de resignada ira se dirigió a la puerta trasera y salió.

Para entonces, yo también me había levantado a mirar por la ventana: vi llegar a Beatrice a la cancela de entrada al jardín, separar de ésta a sus dos pequeños y decirle a una niña que estaba colgada de los barrotes por fuera:

—Venga, vete, márchate ya.

Al decir estas palabras, su voz perdió su suavidad y su corrección acostumbrada y adoptó un tono áspero, el tono con el que uno le hablaría a un gato o a un perro. Luego agarró a sus dos hijos, alejándolos de allí; ellos no opusieron resistencia, aunque echaron varias miradas atrás entre triunfantes y avergonzadas. Los oí entrar en la cocina y luego el sonido típico al quitarles las botas de agua, lavarles las manos, etcétera; mientras tanto yo seguía mirando por la ventana a la pequeña cuya llegada había causado tanta agitación y tanto nerviosismo.

Era una niña completamente normal, vestida con unos pantalones de pana, un jersey viejo, que se ve veía muy lavado y unos zapatos de plástico, del tipo de los que no son aconsejables para los pies. Tenía una cara inexpresiva, sosa, y vio irse a Nicholas y Alexandra imperturbable, firme, sin pestañear siquiera ante el despectivo tono con el que Beatrice se había dirigido a ella. Pero no se fue, sin embargo, sino que continuó en la cancela, mirando al jardín con cara indiferente, hasta que de

pronto rompió a llorar con violentos y sonoros sollozos, se le contorsionó la cara y se puso roja como el jersey que llevaba puesto, y todo su cuerpo temblaba, convulso. Contemplé esa exhibición con cierto desapego, hasta que la congoja de la chiquilla encontró palabras, y entonces empezó a bramar, en un tono altísimo: «No tengo con quien jugar, no tengo con quien jugar». Y siguió chillando esto mismo, varias veces, hasta que Beatrice volvió a salir de la cocina y le gritó, una vez más:

—¡Que te vayas, te he dicho!

Entonces dejó de chillar de una forma tan súbita como había empezado, se bajó de la cancela y echó a correr.

Unos minutos después, tras haber convencido a sus hijos de que subieran a jugar al cuarto de juegos, Beatrice volvió con nosotros al salón; parecía rendida, entró y se desplomó en el sofá. Muerta de curiosidad le pregunté:

—Pero ¿qué pasaba?

Y entonces ella empezó a contarme que la chiquilla era la hija de un empleado de mantenimiento del centro de investigación, y siempre estaba detrás de Nicholas y de Alexandra para que jugaran con ella, pero que ellos lo tenían terminantemente prohibido.

—¿Y por qué?, si se puede saber —pregunté, y desde luego en mi voz debió de oírse un dejo acusatorio, porque Beatrice respondió un tanto malhumorada.

—Podrás decir lo que quieras, pero de verdad que no puede ser. Al principio les dejaba, pero me di cuenta de que no podía ser, no te puedes hacer una idea de las cosas que se les ocurrían.

—Efectivamente, no me hago idea —contesté todavía más curiosa—. Cuéntamelo.

—Bueno, supongo que no me importan esas cosas como el acento, o la manera de hablar, aunque en el caso de esa niña, he de decir que apenas se la entiende. Habla rarísimo. En realidad, es todo lo demás lo que no puedo aguantar.

—¿Como qué?

—Bueno, pues que se empeñan en jugar en el lavabo de fuera. No había quien los sacara de ahí. Tenía que estar detrás de ellos todo el tiempo. Sólo Dios sabe lo que hacían ahí dentro, no quiero ni pensarlo. Además les enseñaba palabras espantosas; lo que más les gustaba era jugar a colgarse de la cancela del jardín y gritarle «capullo» a todo el que pasaba.

Yo me reí, y lo mismo hizo Beatrice, pero luego siguió:

—Tú riéte, si quieres, pero a la gente no le gusta, y además la cosa no queda ahí, porque luego van y se lo enseñan a otros niños, y lo que pasa es que entonces son nuestros hijos los que se quedan sin nadie con quien jugar, porque los otros padres no lo van a tolerar, aunque yo lo tolerara, y no voy a dejar que les hagan el vacío a los nuestros por proteger a esa niña. En cualquier caso, no me importa tanto lo de «capullo», cuando éramos pequeñas se lo oía decir continuamente a gente respetable; son las otras palabras las que no soporto.

—¿Qué palabras? —pregunté, pero Beatrice agitó la mano, desdeñosamente, como si no quisiera seguir hablando del asunto, y no dijo más. La presioné un poco, pero lo único que dijo fue:

—Bueno, no son palabras malas, no son groserías de esas que dicen nuestros amigos finos, esas que no le gustan a lord Chamberlain, sino simplemente palabras vulgares, esos horrendos modismos infantiles, y creen que son muy graciosas y no paran de decirlas a voces y luego se mueren de risa.

Parecía irritante, en verdad, incluso para mí, que me dan bastante igual esas cosas, pero me sentí obligada a decir:

—Pero es sólo una fase, luego se les pasa, ¿no?

—Supongo —dijo Beatrice—, pero mientras tanto tengo que vivir.

—Con todo y con eso, creo que debería ir en contra de tus principios. Estoy segura de que los niños de las familias acomodadas son igual de vulgares y de terribles y dicen las mismas tonterías, ¿o no?

—Pues sí, en realidad, sí, pero las tonterías que dicen o que hacen son de un tipo con el que sé cómo manejarme, sé cómo detenerlas. Con esa niña lo único que puedo hacer es gritarle.

—¿Y por qué le gusta tanto jugar con los tuyos?

—Pues la verdad es que no lo sé, supongo que los niños mayores van a la escuela del pueblo, y ella todavía es pequeña para ir, así que no tiene con quien jugar. En vacaciones es muy diferente, entonces todos los pequeños bravucones se ponen delante de nuestro jardín, esa pequeña entre ellos, y tiran piedras a mis hijos. Así que tú me dirás qué hago. Porque yo no le veo una solución fácil.

—¿Cómo se llama la niña? —le pregunté, y Beatrice respiró hondo antes de responder:

—Sandra. Se llama Sandra. De verdad, no se me ocurre qué otra cosa hacer.

A mí tampoco se me ocurría, aunque creo que yo habría tratado de aguantarla: muchas veces se me venía Sandra a la cabeza, tan feúcha, desgañitándose, y pensaba que era una pena que el rencor social surgiera tan pronto en la vida, que viniera de nacimiento, como si dijéramos.

Salía de cuentas a primeros de marzo: me entretenía intentando terminar la tesis antes de dar a luz. En realidad, era una tarea casi imposible, pues se suponía que no podría tenerla lista para leer antes de las siguientes Navidades, pero yo trabajaba bastante deprisa y ahora apenas tenía nada que me distrajera. Conforme iba pasando el invierno y nos acercábamos a la primavera, empecé a tener cada vez menos ganas de salir, ni siquiera hasta la biblioteca del Museo Británico, y me organicé para poder hacer gran parte del trabajo en casa. Era menos entretenido que trabajar en la biblioteca, pero, al menos, podía seguir. Todo se había ido perfilando oportunamente: al catedrático de Cambridge que me dirigía la tesis le habían parecido bien primero la

sinopsis, luego el primer borrador y el primer capítulo y otras indicaciones sobre el conjunto final, y me había animado mucho. Todo ello me había puesto muy contenta. Le había dado forma a todo en mi cabeza y sabía más o menos exactamente lo que quería decir y qué terreno tenía que abarcar. Pero, hacia finales de enero, empecé a flaquear. Aunque no quisiera admitirlo, a veces estaba demasiado cansada para leer. Incrementaba cada vez más la dosis de grageas de hierro, pero no parecía que me hicieran mucho efecto. Terminé decidiendo que sencillamente tanta concentración en tan pocas cosas me estaba anquilosando y que tenía que ampliar la gama de mis actividades. Sin embargo, no era fácil encontrar algo que me divirtiera: ya no disfrutaba paseando, el transporte público era una dura experiencia, no aguantaba sentada una película entera en el cine y apenas podía comer nada de verdad apetecible sin sufrir luego las consecuencias. Todo me molestaba: entendí por qué, en esta situación, tantas mujeres son, porque sin duda lo son, unas pesadas que no paran de quejarse. Una noche le comenté a Lydia mis problemas, y ella se puso a sugerirme toda suerte de actividades, como hacer punto, tejer alfombras, tejer toda suerte de cosas, o hacer cestos, pero yo fui rechazando con desdén todas esas ocupaciones pseudoútiles. Por fin salió con que por qué no hacía puzzles: y eso fue lo que decidí hacer.

Cuando te pones, descubres que puedes comprar puzzles complicadísimos, con miles de piezas, de cuadros de los grandes maestros de la pintura o de barcos en alta mar o de sabe Dios qué: puzzles en forma de mapa de Europa, puzzles cuadrados, circulares, en forma de estrella, reversibles, cualquier cosa que uno se pueda imaginar. Me hice adicta y me pasaba horas haciéndolos: era una actividad que me sosegaba, que me ocupaba mucho tiempo, y cuando me iba a la cama no soñaba con George ni con criaturas arrebatadas de mis brazos y encerradas donde no podía alimentarlas, ni siquiera con el parto, sino con piezas de cielo azul rodeado de trocitos de árbol o en pequeñas piezas azules de forma irregular que componían el manto de la Virgen María. Lydia tenía la molesta costumbre de llegar al final de la velada, cuando yo había logrado dominar la parte más difícil del puzzle, y poner las piezas más fáciles y obvias del centro: me daba mucha rabia. Hacer puzzles era una terapia perfecta: descubrí que podía alternar las dos cosas, escribir la tesis y hacer puzzles, sin que ninguna de ellas llegara a aburrirme en exceso.

Supongo que el final del primer embarazo asusta a todas las mujeres. Yo no recuerdo muy bien cuán asustada estaba porque es una de las triquiñuelas de la naturaleza hacerle olvidar a una un instante después del parto el miedo que ha pasado, todo lo que ha sufrido, presumiblemente para que siga pariendo alegremente. Del mismo modo, una protege con el máximo esmero a la criatura todavía no nacida que una misma no desea y que, de hecho, preferiría perder, o, como en mi caso, a la criatura de la que una ha intentado desembarazarse, por desencaminados y mal informados que fueran los medios: en enero resbalé bajando las escaleras de casa de una amiga después de una fiesta y me hubiera caído, sin duda, de haber mantenido el

equilibrio normalmente, pero resulta que iba agarrada al pasamanos, literalmente aferrada a éste, y me libré con una simple torcedura de tobillo. Y, así, he olvidado, sin proponérmelo, lo preocupada que debí de estar, porque ahora parece que ha pasado mucho tiempo y que no tiene la menor importancia. En parte, estaba preocupada por ignorancia, ya que no me había preocupado de informarme sobre la cuestión y había evitado por todos los medios las clases de preparación al parto natural, los documentales sobre partos, los diagramas orientativos, convencida de que me bastaba con acercarme a una clase de preparación al parto natural para invocar el parto natural de los partos. No tenía sentido tentar a la providencia, pensé: por qué no esperar lo peor, total, es lo que probablemente suceda.

Recuerdo, sin embargo, con bastante claridad la noche antes del parto. Todavía me faltaba una semana para salir de cuentas, así que no estaba muy preocupada; sobre las ocho y media, me preparé un par de huevos pasados por agua, me fui al salón a comérmelos y saqué la máquina de escribir al mismo tiempo, a fin de releer el último folio que había escrito de tesis, que creía haber dejado dentro. Cuando abrí el estuche, sin embargo, en la página con la que se toparon mis ojos no había un comentario sobre el uso de la ironía en Drayton, sino algo muy distinto, escrito por otra persona. Le quité la parte superior al huevo y empecé a leer lo que había escrito en el folio, suponiendo, y con razón, que sería de Lydia: llevaba semanas quejándose de que a su máquina le pasaba algo. Ciertamente era Lydia quien lo había escrito: era una página de la nueva novela en curso, que había empezado al poco de mudarse a vivir conmigo y en la que llevaba trabajando, intermitentemente, desde entonces. Leí la página entre fascinada y alarmada: estaba escrita en primera persona y era sobre una chica que va a tener un hijo de soltera. Cuando hube terminado de leer, dejé los huevos pasados por agua y me dirigí al cuarto de Lydia a buscar el resto. Lo encontré, en un montón de hojas sueltas al lado de su cama, y me lo llevé al salón, me senté en el sofá y empecé a leerlo.

Me la leí toda de un tirón, lo que había, al menos, pues la novela no estaba terminada. Era ni más ni menos que mi propia historia, con algunas modificaciones de poca importancia aquí y allá y unas cuantas falsas suposiciones entre esas modificaciones. Estaba claro, por ejemplo, que Lydia asumía que Joe era el padre de la criatura; había un retrato de Joe de lo más interesante, al tiempo que sabiamente disimulado, y una escena absorbente en la cual el personaje que era yo discutía violentamente con él y lo dejaba para siempre. Me pareció que sus motivos para hacerlo eran un tanto inverosímiles; al parecer había descubierto que todavía se seguía acostando con la mujer a la que engañaba y a la cual había tenido el privilegio de conocer, que era algo que yo nunca había llegado a hacer. Este descubrimiento la había enfurecido hasta el punto de romper con él y rechazar toda ayuda económica de su parte. El personaje que era yo había planeado tener un hijo en el supuesto de que ella y el personaje basado en Joe vivieran juntos y lo educaran entre los dos. Por inverosímil o exagerada que fuera esta suposición en lo que se refiere a mí, que no sé



lo que significa la palabra celos y, de hecho, sufro más bien de lo contrario, si es que lo hay, ciertamente explicaba una forma de conducta posible: me divertía pensar en Lydia devanándose los sesos delante de la máquina de escribir, intentando imaginarse por qué iba yo a tener esta criatura y por qué no había ido a abortar. En ese apartado ella también había sido de lo más incompetente, según ella misma contaba, pero una nunca espera encontrar en las demás el mismo grado de incompetencia en esta suerte de asuntos.

Al principio, en los primeros capítulos, me halagó ver que salía bastante bien parada: independiente, decidida, sofisticada y experta en materia sexual. Una chica atractiva, pensé. Pero luego, según pasaban los capítulos, empezaron a asaltarme las dudas. Al igual que yo, el personaje se dedicaba a la investigación académica, una actividad que Lydia parecía despreciar completamente: se había inventado para mí un tema de investigación particularmente abstruso y carente de sentido, de hecho, ni más ni menos que el infame Henryson. Recuerdo que en algún momento le había hablado a Lydia con cierto detalle del indio aquel al que había dado clase, y se había reído conmigo de la anécdota. No podía indignarme mucho, sin embargo, pues siempre he sido consciente de que los isabelinos, a excepción de Shakespeare, constituyen un tema de estudio un tanto suntuoso, a diferencia de los novelistas del XIX o los prolíficos poetas neoclásicos. No obstante, estaba en completo desacuerdo con la manera, de lo más sutil desde el punto de vista técnico, en la que insinuaba que la obsesión del personaje basado en Rosamund con el detalle y el descubrimiento erudito no era sino una vía de escape, un intento de huir de sus crisis vitales y de la realidad de la vida en general. Trazaba una visión de lo más elocuente de la torre de marfil académica; siempre que le sucedía algo desagradable, como era el caso con bastante frecuencia en el transcurso de los diez capítulos existentes, este personaje se iba a la cama o a la biblioteca del Museo Británico con una pila de libros, de la misma manera que otros se retiran, tal vez, con una botella de ginebra. También había una larga conversación entre esta chica, la protagonista, y una amiga, quien se suponía que representaba la vitalidad, la modernidad, la sinceridad y todas esas cosas. Yo no era lo suficientemente malpensada para ver en el personaje de la amiga un autorretrato de Lydia, pues claramente no lo era; la amiga en cuestión no se parecía a nadie que yo conociera. La amiga acusaba al personaje basado en mí de tener una mente semejante a un puzle, un feo comentario sarcástico, pensé; ella misma estaba malgastando su vida en ocupaciones vitales como servir en el bar de un teatro, trabajar en una revista y tener una aventura con un productor de televisión.

En resumidas cuentas, para cuando terminé de leer estaba disgustada y molesta. No me parecía en absoluto justificable esa visión de la investigación académica; yo no podía alegar las razones por las que creía que tenía un valor, pero, en cierto modo, eso me daba mayor seguridad, pues lo sabía a ciencia cierta. La investigación es una técnica que requiere ciertas aptitudes, y yo las tenía, y aunque no se la valorara más que como tal, seguía mereciendo la pena dedicarse a ella. Que a mí me sirviera de vía

de escape o no era harina de otro costal, y no me pareció que fuera tan relevante. La investigación era un trabajo, y yo lo hacía, y no había razones que valieran. *Il faut cultiver notre jardin*, como bien decía Voltaire. Sin embargo, aparte de que este ataque a mi modo de ganarme la vida me molestara, me molestó también mucho que Lydia, que estaba viviendo en mi casa gratis, no me hubiera dicho una palabra de que estaba escribiendo todo aquello sobre mí. Una vez se había comparado a sí misma con una araña, un imagen que no es totalmente original, pues extraía de sus propias entrañas el material de su escritura, pero en este caso me pareció una actividad más parasitaria que otra cosa.

Después de volver a leer algunos pasajes, dejé el montón de folios de nuevo al lado de su cama, incluyendo el que me había encontrado en la máquina de escribir; no tenía intención de decirle nada, pero pensé que, tal vez, recordaría dónde lo había dejado y tendría que sacar sus propias conclusiones y sufrirlas. Luego volví a sentarme al lado de la chimenea y encendí la radio, justo a tiempo para oír a George hablar del concierto del siguiente domingo. Pensé en lo raro que era que me hubiera encontrado con Clare en Selfridge's y ni siquiera hubiera visto de lejos a George en los últimos ocho meses. Apagué la radio cuando George terminó de anunciar el concierto y mis pensamientos volvieron a Lydia, cada vez menos enfadada. Después de todo, pensé, últimamente se había mostrado muy útil, hacía la compra de todas las cosas más pesadas, incluso había pasado alguna vez la aspiradora y, sobre todo, había encontrado, a través de una amiga suya, a una señora que se ofrecía a venir a cuidar al recién nacido dos días a la semana cuando yo ya estuviera en condiciones de salir. De hecho, incluso había llegado a pensar durante las últimas semanas que estaba en deuda con ella, pese a que no me pagaba alquiler; en este punto, al menos, en las páginas mecanografiadas había una prueba de que yo seguía siendo la donante y ella la receptora. Yo seguía ocupando un posición de poder: su dinero le rendía más gracias a mí. Y no le guardaba rencor: muy al contrario, considerando nuestra relación desde este punto de vista, me sentía más contenta, pues veía que habíamos mantenido una base de beneficio mutuo. Alcanzada esta conclusión, pensé que había llegado el momento de irme a la cama y, cuando me puse en pie, me di cuenta de que tenía un dolor definido en la espalda.

Reparé entonces en que llevaba un rato largo sintiéndolo sin prestarle mucha atención. Inmediatamente pensé que era lo que, en efecto, era, y me entró el pánico, pues parecía una hora intempestiva para molestar a los de la ambulancia y a la gente del hospital. Eran las once y cuarto, una hora a la que los buenos ciudadanos se han ido a la cama. Me encontraba frente a un dilema: el dolor todavía no era mucho y claramente todavía podía esperar en casa un buen rato, pero, por otro lado, cuanto más esperara, más intempestiva sería la hora y más irritables estarían las enfermeras, las comadronas y el personal de la ambulancia con los que tendría que toparme. Fui a mi cuarto y saqué el folletito con las instrucciones, que me indicaba que cronometrara las contracciones y que llamara al hospital cuando fueran regulares y más frecuentes

que una cada cuarto de hora. Así que me puse a cronometrarlas y comprobé para mi espanto que eran completamente regulares y me venían cada tres minutos. A las once y media llamé al hospital, donde me dijeron que me tomara una aspirina y llamara a la ambulancia. Eso hice. Luego saqué el maletín, que ya tenía preparado según las instrucciones, me puse el abrigo y esperé. Los hombres llegaron al cabo de diez minutos, exactamente en el mismo momento que Lydia, quien volvía bastante contenta de una fiesta. Cuando se enteró de mi estado y de adónde iba, me abrazó, me besó varias veces y me acompañó al portal en el ascensor, contándome de camino cómo había estado la fiesta, que se había encontrado allí a Joe Hurt y habían hablado de mí, que él acababa de terminar otro libro, que me tenía muchísimo cariño y estaba preocupado; después de todo, no le caía tan mal y le iba a avisar enseguida, aunque todavía no supiera si era niño o niña. Los de la ambulancia y yo la escuchamos en completo silencio, pero me alegré de que estuviera allí para impedirme que les dijera cosas como «Qué buena noche hace» o «Siento molestarlos a esta hora». Lydia tenía un aspecto un tanto estafalario: el pelo revuelto y carmín por toda la cara; además llevaba un extraño vestido de encaje verde y encima el mackintosh gris de siempre. Era su único abrigo. Encontré bastante esclarecedor su interés por hablar de Joe, y me alegré de poder elaborar, dar forma, basándome en nuevas pruebas, a una actitud suya que nunca había entendido bien.

También me alegraba que me recogieran en un buen barrio. Me daba cuenta de que este simple hecho me había procurado cierta deferencia y, claro está, al pie de la escalera, uno de los hombres se volvió hacia Lydia y le dijo:

—¿Quiere venirse en la ambulancia, señorita, y dejar a su amiga ingresada?

Parecía haberse prendado de Lydia, por lo que se veía, y los ojos de ella se iluminaron también ante la perspectiva de semejante excursión, pero yo dije con firmeza que estaría mejor sola, que era a la vuelta de la esquina y que no quería molestarla: le vendría bien irse a dormir. No me atraía la idea de poner a la disposición de su curiosidad profesional los detalles de mi parto: que tuviera ella un hijo, pensé, si de verdad quería saber cómo era dar a luz. Se quedó en la acera, agitando la mano y deseándome buena suerte mientras la ambulancia se alejaba; era una visión estrambótica y encantadora la de Lydia vestida con aquellas extrañas prendas superpuestas.

De camino hacia el hospital iba pensando en lo inquietante que es verse de pronto como te ven los otros, como una fugaz visión de un perfil inesperado en una combinación de espejos desconocida. Creo que me conozco mejor a mí misma de lo que nadie pueda conocerme, y lo pienso incluso a sangre fría, pues mi vicio es saber demasiado, y, sin embargo, nadie puede de verdad entender el punto de vista de los demás. Una vez, en una fiesta, me encontré con un chico con el que había ido al instituto y que no había vuelto a ver desde entonces; los dos sabíamos que el otro iba a estar en la fiesta, y yo lo reconocí a él al instante, pero, cuando por fin nos saludamos y hablamos, me confesó que me había estado buscando y me había

confundido con otra chica. Le pregunté qué chica, y, entre todas la gente, me señaló a una chica alta y flacucha, muy bien peinada y con una cara apagada y timorata: su error me sorprendió y casi me dolió, pues la chica no se parecía en nada a mí, no tenía ninguno de mis rasgos ni de mis defectos, pero teníamos la misma altura, la misma pigmentación y el mismo tono de tez, y, viéndolo en perspectiva, me di cuenta de que a los dieciséis años tenía bastantes papeletas para haber evolucionado de esa manera y que seis años después la Rosamund Stacey de dieciséis años perfectamente habría podido ser como ella y no como yo.

Cuando llegamos al hospital, pensé con alivio que sería la última vez que tendría que ir y que, al menos, había acabado con aquel rollo de la clínica prenatal, que tanto me comía la moral. Salí de la ambulancia y avancé por el vestíbulo, pero uno de los hombres me detuvo y me dijo que tenía que ir en una silla de ruedas. Le dije que qué me estaba diciendo, que yo podía andar perfectamente.

—No está permitido —respondió él.

—¿Por qué no? —pregunté, no porque me opusiera a sentarme en una silla de ruedas, sino porque no entendía por qué no me dejaban ir por mi propio pie—. Si cuando me recogieron iba andando...

—Sí, señora —dijo el hombre—. Pero al llegar aquí no está permitido. Venga conmigo, ahora somos nosotros los responsables, y, lo siento, pero no podemos permitirle que vaya andando.

Así pues, sucumbiendo a su amenaza de que, si no me sentaba en la silla de ruedas, él perdería su trabajo, me senté, y me llevaron por interminables pasillos, subimos varias plantas en un ascensor, bajamos a otra en otro y finalmente llegamos a una sala muy grande, donde me dijeron que me levantara y firmara en una lista. Ahí, se ve, se me permitía andar. Esperaba encontrarme alguna cara conocida, como la menuda enfermera de Yorkshire, la gruesa irlandesa o incluso la elegante comadrona pelirroja: no tenía la menor esperanza, afortunadamente, pues ése fue el caso, de ver a ningún médico o ginecólogo. Pero no vi ni una cara conocida: todo un nuevo ejército de gente, que, es de suponer, sólo salía por la noche, parecía haber asumido el control. Me llevé una pequeña decepción; a fuerza de verlas, había llegado a tomarles cariño a las otras caras. Firmé en el registro, y la enfermera a cargo del mismo alzó la vista y dijo:

—Es la única esta noche; hasta ahora teníamos un turno muy tranquilo —y esbozó una sonrisa, como si no supiera si estaba expresando satisfacción o fastidio por tener algo que hacer.

Entonces me llevaron a otra sala, me quitaron la ropa y me pusieron el camisón hospitalario y me preguntaron con qué frecuencia tenía las contracciones. Se lo dije, y me contestaron: «Imposible». Pero, cuando lo comprobaron, naturalmente se dieron cuenta de que no me equivocaba. Entonces me sometieron a varias manipulaciones desagradables y obligatorias, me fueron a buscar a mi maletín el libro que les pedí, y me dejaron sola, diciéndome que llamara al timbre si necesitaba algo. Intenté leer,

tumbada en aquella cama tan alta y tan dura, pero, pasada media hora, llamé y pregunté si no podrían hacer algo con las contracciones. No, todavía no, me dijeron y se fueron. Seguí echada otros diez minutos y entonces apareció una enfermera muy distinta y me dijo que tenía que cambiarme de sitio, que otra persona necesitaba esa cama. No me moví y la miré y le pregunté que por qué. Entonces ella me dijo que, claro, que no me apetecía andar, y yo le contesté que bueno, que por supuesto que no, pues parecía que era lo que esperaba que dijera, y me incorporé y bajé con cierto esfuerzo de aquella cama tan alta y la seguí por un pasillo hasta otra habitación exactamente igual, donde me ayudó a encaramarme a una cama tan alta como la anterior. Entonces volví a preguntar, educadamente, si no podían hacer algo con las contracciones, y ella dijo que sí, claro, por supuesto, que ya era hora de que me pusieran una inyección de petidina y que iba a buscar a alguien para que me la pusiera.

Como un cuarto de hora después aparecieron unas cinco enfermeras con la petidina, que se dispusieron a administrarme, hecho lo cual, se sentaron en fila en el pasillo, al otro lado de la puerta y se pusieron a hablar de sus novios. Escuché su conversación, intentando distraerme de unas sensaciones que no parecían ni razonables ni soportables, y, pasado un rato, la droga empezó a hacer efecto: el dolor no disminuyó, pero desapareció mi resistencia a él, y cada dos minutos regularmente me recorría como si yo fuera otra persona y como si yo, lo que quedaba de mí, estuviera observando desde la distancia cómo embestía y retrocedía. Ya no era algo personal, y, por consiguiente, se había hecho soportable: me limitaba a dejar que sucediera, inmóvil, y las voces de las cinco chicas me llegaban claras y puras, la sintaxis y las conexiones de su diálogo iluminadas por una extraña luz pálida. Empezó una de ellas hablándoles a las demás de un personaje llamado Frank, contra el que al parecer ellas llevaban un tiempo previniéndola, pues cuando les describió la manera en la que le había apretado la rodilla en el cine, las otras lanzaron las indignadas y admirativas exclamaciones de rigor.

—Ya te lo dije, sinceramente, te dije cómo era —dijo una de ellas—. Te dije por dónde va, ¿o no? Tendrías que haber oído lo que contó Elaine de él después de la fiesta de Navidad.

—Elaine se lo busca —dijo otra voz, y todas se echaron a reír.

Y entonces otra dijo:

—Bueno, pues tú tampoco te esfuerzas mucho en evitarlo, ¿no? O sea, ¿qué me dices del vestido que llevabas el otro día? Si eso no era un vestido transparente, que venga Dios y lo vea.

—Pues ¿sabéis lo que me pasó la última vez que me lo puse? —dijo la dueña del vestido en cuestión—. Tuve que salir disparada para llegar antes de que cerraran; era un jueves y no tenía permiso para llegar tarde; cuando llegué a la esquina de Charles Street ya eran las once y media, y tuve que correr como una loca, y alcancé la puerta justo cuando Bessie estaba cerrando, y entré, pero ¿a quién creéis que me encontré al otro lado? Pues ni más ni menos que a la señora Sammy Spillikins, en bata y zapatillas, y me miró de arriba abajo y me dijo con ese tono que pone, ya lo conocéis: «Bueno, bueno, señorita Ellis, así que le gusta correr riesgos, ¿no? ¿Tiene la costumbre de dejar las cosas para el último momento, como ahora?». Qué asquerosa es, me gustaría saber qué le importa a ella. Y entonces me dijo que tenía que hablar conmigo, y me siguió hasta mi cuarto, con el pretexto de preguntarme qué le había pedido el doctor Cohen a Gillian que hiciera con no sé qué radiador de la sala de espera, y se quedó el tiempo suficiente para que yo me quitara el abrigo, y entonces se me quedó mirando, y cuando se fue, ¿sabéis qué me dijo? Me dijo: «En mis tiempos con esos vestidos solíamos llevar un viso debajo, por pudor».

Todas volvieron a echarse a reír alegremente, y entonces una las informó de que, por mayor que pareciera, esa tal Sammy Spillikins, en realidad, sólo tenía cuarenta y dos años, lo que sabía de la mejor fuente; y otra se puso a explicar qué era un viso, aunque incorrectamente, cuando una del grupo dijo que no sabía lo que era.

—Pues ¡menuda pesadez tener que ponerse eso! —dijo la ignorante después de que la iluminaran.

Luego siguieron contando anécdotas sobre su vida amorosa que, evidentemente, era bastante limitada, antes de pasar a hablar de temas del trabajo. Empezaron suavemente, preguntando cuántos habían nacido la noche pasada y qué había pasado con el pequeño prematuro que había empezado a malograrse al principio de la noche, pero al cabo de un rato, el tono se hizo demasiado fuerte para mi bienestar: describían casos de mujeres que habían estado de parto un número de horas increíble, de una mujer negra que había arañado la cara de la enfermera cuando ésta intentó ponerle un edema, y de una blanca que se había puesto a soltar improperios contra una de las enfermeras negras y terminó diciéndole que se fuera, que no quería que sus sucias manos tocaran a su impoluta criatura recién nacida. Una de ellas dijo, como de pasada:

—Me encantaría que me cambiaran de sala. No me molestan los recién nacidos,

pero las madres me ponen los pelos de punta.

Entonces una se puso a contar con todo lujo de detalles la historia de una mujer cuyo parto le había tocado atender hacía un mes y que había muerto porque descubrieron en el último momento que no habían tenido en cuenta esto o aquello.

—Era horrible —dijo la chica—, ver que no paraban de decirle que todo iba bien, mientras se ponían cada vez más nerviosos, ya sabéis cómo es cuando surge algo de verdad malo.

Llegada a este punto, ya no lo pude soportar más y me oí gritando, como si estuviera a kilómetros de distancia:

—¡Por el amor de Dios, paren ya! ¡Por favor!

No creo que oyeran lo que dije, pese al volumen de mi voz, mucho más alto de lo acostumbrado en mí, pero dos de ellas entraron bulliciosas y dijeron:

—¿Qué ha pasado? ¿Nos ha llamado? ¿Cómo sigue?

—Creo que se me está empezando a pasar el efecto de la medicina esa —dije sin apenas levantar la voz—, porque cada vez tengo más dolores, ¿me podrían poner otra cosa, por favor? Cuanto antes mejor.

—¡Oh, no! Aún no —dijeron—. Todavía tiene para rato, tenemos que dejar un poco para después.

—¡Oh! —exclamé yo débilmente—. ¡Qué pena!

—No se preocupe. Lo está haciendo muy bien —dijeron, se dieron la vuelta y regresaron a sus asientos.

Acababan de retomar la conversación, aunque en un tono más amortiguado, cuando me oí quejarme con bastante violencia, y entonces todas se apresuraron a entrar, y cinco minutos después había nacido mi bebé.

En medio de unas sensaciones que, aunque increíblemente violentas, habían dejado de ser dolorosas y más bien parecían prometer placer, las oía discutir entre ellas, exactamente hasta el último momento: a una la habían mandado en busca de la comadrona, otra buscaba el oxígeno, otra les preguntaba a las demás por qué no habían creído lo que yo decía, y la última, además de asistirme en el parto, se había atribuido la tarea de tranquilizarme.

—Está bien —repetía todo el tiempo—. Está bien, lo está haciendo muy bien. ¡Oh! Intente no empujar.

Había más pánico en su suave voz que en mí misma: yo me sentía bien, me sentía estupendamente. La criatura nació a toda prisa, precipitadamente, sin control alguno, sin que nadie la ayudara a nacer: luego me dijeron que se habían limitado a cogerla, y yo la sentí salir de mí e instantáneamente me senté y abrí los ojos, y entonces me dijeron:

—¡Es una niña! ¡Es una niña preciosa!

Me dijeron que volviera a acostarme, y yo me eché de nuevo, preguntando si la niña había nacido bien, temiendo de pronto no se sabe qué, que le faltaran los brazos o algunos dedos, y me dijeron que todo estaba bien; así que me quedé tumbada, feliz

de que hubiera acabado todo; no esperaba que me dejaran verla, y entonces la oí llorar, eran unos sollozos extraños, muy profundos. Para entonces ya había llegado la comadrona, toda ella sonrisas y almidón, y de hecho se excusó por no haber estado allí.

—Ha sido, en realidad, ya sabe, uno de esos casos de muchas manos en un plato hacen muchos garabatos, pero usted se ha apañado perfectamente sin mí, ¿no es verdad?

De pronto, todas las enfermeras se humanizaron; me rodearon, lavaron y colocaron en la cama, diciéndome lo increíblemente rápida que había sido y que debía haber dado más la lata, que sólo eran las dos y media y que qué nombre le iba a poner a la nena. La comadrona se apresuró a silenciar esta última pregunta, suponiendo que seguramente no tendría mucho tiempo a la criatura conmigo, pero a mí me dio igual. Me sentía sorprendentemente bien, una reacción normal, al parecer, en estas ocasiones, y me podría haber levantado y salido andando como si nada. Pasados diez minutos o así, cuando me habían vuelto a poner mi propio camisón, una prenda con bordados mexicanos que Beatrice me había enviado especialmente para la ocasión y que levantó grititos de admiración de las chicas, la comadrona me preguntó si quería ver a la niña.

—Sí, por favor —le contesté, agradecida.

Y ella salió y volvió con mi hija envuelta en una mantita gris manchada de sangre y con una plaquita que decía Stacey alrededor del tobillo. Me la puso en los brazos, y yo me quedé mirándola, y sus grandes ojos azules, abiertos como platos, me miraron de una manera que se asemejaba al reconocimiento, y es inútil intentar describir lo que sentí. Amor, supongo que se le podría llamar, y el primero de mi vida.

Había esperado muy poco, en verdad. Nunca he esperado mucho. Me habían hablado de lo feos que son los recién nacidos, de que nacen con la cara roja y arrugada, la piel como de cera, los miembros enclenques y la mejillas velludas; me habían hablado de sus penetrantes gritos. Lo único que puedo decir es que la mía era preciosa y, en mi defensa, puedo añadir, que lo mismo decían los demás. No estaba enrojecida ni arrugada, sino que tenía la carita suave y blanca, cada rasgo delicadamente perfilado, y tenía una sorprendente matita de abundante pelo negro. Una de las enfermeras fue a buscar un cepillito y se lo aplanó, y entonces le cubrió la frente, en un espeso flequillo que le llegaba a los ojos. Y sus ojos, que parecían verme y que miraban a los míos con una profunda gravedad y encanto, eran profundamente azules, y el blanco era muy blanco, con el brillo de la buena salud. Cuando me preguntaron si podían llevársela ya y ponerla en la cuna para la noche, no me costó entregársela, pues el placer de tenerla en mis brazos era demasiado para mí, también yo sentía, como ellas, que ese placer había de ser regulado y racionado.

Después de llevársela a ella, me llevaron a mí a una sala, me metieron en otra cama y me dieron unas pastillas para dormir, asegurándome que me quedaría dormida enseguida y que no me despertaría hasta la mañana. Pero no fue así, tardé dos horas



en dormirme, incapaz de sobreponerme a la felicidad que me invadía. No estaba acostumbrada a tanta felicidad: a la satisfacción, tal vez, sí, o a una sensación de victoria, y, a veces, a la euforia, el entusiasmo. Pero la felicidad era algo que no tenía cabida en mí desde hacía mucho tiempo, y era maravilloso, demasiado maravilloso para malgastarlo durmiendo. Hacia las cuatro y media di una cabezada, pero una hora después me despertaron con una taza de té y la visión de las otras madres dando el desayuno a sus pequeños.

El otro día le intentaba explicar a alguien, ni más ni menos que al propio Joe Hurt, lo feliz que me había sentido, pero mi descripción sólo provocó el desdén más absoluto.

—Eso que estás diciendo es uno de los lugares comunes más aburridos de la experiencia femenina. Todas las mujeres sienten exactamente eso, no es nada de lo que puedas enorgullecerte, ni siquiera merece la pena pensar en ello.

Yo negué acaloradamente que todas las mujeres lo sintieran, pues apenas sabía de alguna que se hubiera quedado tan embelesada como yo, pero entonces me contradije al afirmar que, si en verdad todas las mujeres lo sentían igual, eso era precisamente lo que lo hacía tan sorprendente en mi caso, pues no recordaba una sola ocasión en mi vida en la que hubiera sentido lo que sienten todas las mujeres.

Mi estancia en el hospital fue en realidad bastante entretenida. Fortificada por la belleza superior y la inteligencia de mi pequeña (esta última manifestada en talentos tales como haber aprendido a mamar al primer intento, sin tener que dedicarle horas de humillante pelea), pude soportar fácilmente fastidios varios, como que hubieran puesto a los pies de mi cama una etiqueta con una S, que significaba, según me dijeron, «Soltera», y que pasara por mi cama una sucesión interminable de estudiantes de medicina, que me ponían el termómetro y me medían diferentes partes del cuerpo con frías reglas de madera al tiempo que decían algún chiste malo. Le estaba muy agradecida a Lydia, quien ciertamente hizo todo lo que pudo por transmitir la noticia, pues en la primera mañana en el hospital recibí docenas de ramos de flores y telegramas, de todo el mundo que conocía, o, más bien, de todo el mundo que conocía Lydia. Era una buena época del año para las flores, y los narcisos, los tulipanes, las rosas, la azaleas y Dios sabe cuántas otras aparecieron en gran profusión: terminé por sentirme mal, pensando que ese exceso podría molestar a la enfermera que venía a traérmelas, o a las otras madres, que recibían menos ramos.

A la hora de la visita esa tarde, apareció Lydia, acompañada por el mismo Joe Hurt; evidentemente estaba muy orgullosa de sí misma por haberlo conseguido llevar, y cuando se sentó a los pies de mi cama y empezó a repasar la pila de telegramas y tarjetas de enhorabuena, la mayoría de ellos por instigación suya, resplandecía de satisfacción. Componían una pareja extraña y sensacional, espléndidamente discordantes con la naturaleza de la ocasión: ella iba toda de negro, falda y jersey, medias negras y zapatos de charol negro, y la eterna gabardina gris, todavía sin limpiar; él llevaba un peculiar traje con una chaqueta sin cuello, y la irregularidad

volcánica de sus rasgos era aún mayor de lo normal. Recientemente había empezado a aparecer en uno de esos programas culturales de la televisión, y algunas de las madres lo reconocieron, lo que le gratificó enormemente y a mí también, todo hay que decirlo, pues sentí que ganaba puntos por simple asociación con él. Me trajeron un montón de libros para leer y media botella de *whisky* envuelta en una muda: dudé si aceptarlo, pensando que tal vez no le gustaría a la nena, pero dijeron que no dijera bobadas, que el alcohol era bueno para todos los organismos, cualquier médico me lo confirmaría.

Me puso muy contenta volver a ver a Joe; naturalmente, nos habíamos visto con cierta frecuencia los últimos meses, aunque siempre por casualidad, nada parecido a la regularidad con la que salíamos antes. Se le daba muy bien levantar la moral de la gente y se interesó mucho por la organización de la sala y me preguntó por las enfermeras y las otras madres y por lo que hablábamos, y se rio con ganas al ver el cartel con la S de «Soltera» a los pies de mi cama, como si fuera lo más gracioso que hubiera visto en su vida. No paraba de encender cigarrillos y una bonita enfermera rubia, como salida de lo mejor de Kensington, que reservaban especialmente para mostrarla en las horas de visita, se abalanzaba cada vez a decirle que no estaba permitido, que tenía que salir, si quería fumar. No mostró el menor interés por la niña, que estaba al lado de mi cama, en una cuna con ruedas: la teoría de Lydia sobre su paternidad debió de tambalearse un tanto con esto, pues seguramente cualquier padre habría echado *motu proprio* una mirada a su hija recién nacida, por breve que fuera. Al cabo de diez minutos, sin embargo, cuando se cansaron de oírme hablar del parto, empezaron a discutir sobre qué nombre debía ponerle a la niña. Yo apenas me había parado a pensar en ello, pues no quería anticipar acontecimientos, y ahora que había visto a la pequeña ningún nombre me parecía lo suficientemente bueno. Se pusieron a sugerir nombres y nombres, nombres sosos y nombres fantasiosos: Joe acabó decidiéndose por January, mientras que a Lydia parecía que le gustaba Charlotte, que a mí me parecía bonito, pero un poco cursi. Tras un largo debate, me preguntaron qué nombre me gustaba a mí, yo les dije que a mí me gustaba bastante Sandra. De nuevo se rieron a carcajadas, y todas las demás madres y los padres, que estaban hablando en susurros, se callaron y nos miraron, encantados de tener un distracción: éramos tan buenos como la tele.

Finalmente les dije que le iba a poner Octavia. Lo dije en broma. Intenté encontrar una mujer famosa por la que nombrarla y, después de que se me ocurriera Beatrice Webb<sup>[5]</sup>, cuyo nombre ya habían utilizado mis padres, se me vino a la cabeza Octavia Hill<sup>[6]</sup>, y entonces dije en alto: la llamaré Octavia. Pareció que los dos aprobaban mi decisión, aunque dijeron que no era mi octava, y más bien debiera llamarse Prima, aunque no era tan bonito, a lo que yo dije que para eso le ponía Última, pobrecita, porque daba por cerrado ese negociado.

—No sé, no sé —dijo Joe—. Yo, en tu caso, tendría unos cuantos más. Parece que te sienta fenomenal; tienes un aspecto magnífico.

—Me encuentro muy bien —dije yo—, pero no creo que merezca la pena repetirlo sólo para encontrarme bien.

—Sólo uno más —dijo Joe—. Ya sabes que se te permiten dos.

—¿A qué te refieres con eso de que se me permiten dos? ¿Quién? ¿Quién me los permite?

—Oh, las autoridades. En la BBC te permiten tener dos, luego te echan. Lo mismo sucede en muchos organismos oficiales. Es el número aceptado, dos.

—Hijos de soltera, ¿no?

—Naturalmente. De los otros puedes tener cuantos quieras siempre que no interfieran en tu trabajo.

—¿Y por qué dos? —dije yo—. No parece muy razonable que digamos, ¿no? Si te permiten más de uno, ¿no deberían permitirte tener los que quisieras? O sea, entiendo que te permitan uno y nada más, en virtud de que uno puede deberse a un error inocente, pero, una vez que te permiten dos, ¿por qué no cinco o diez o dieciocho? Además, ¿es cierto eso? Estoy segura de que no es verdad; seguro que es una invención que te ha contado alguna amiga tuya.

—La semana pasada leí en *The Times* que una mujer había muerto en Francia en el parto de su vigésimo quinto hijo —dijo Lydia.

—Shh —la acallé yo, mirando a mis compañeras de sala—. ¿Sabes acaso cuántas de éstas han tenido ya 24?

—¿Cuándo vuelven tus padres? —dijo Joe—. ¿Les has contado que tienen un nieto en su casa?

—No volverán hasta las Navidades, o, al menos, para quedarse —contesté.

—Imposible mayor oportunidad, ¿no? —dijo Joe—. Cualquiera diría que lo tenías todo planificado de antemano.

—A lo mejor —dije—. ¿No sabías que soy una de esas mujeres de Bernard Shaw que quieren tener hijos, pero no marido? Me va fenomenal así.

—Eso parece —dijo Joe en tono amable—. Ya te digo que tienes muy buen aspecto. Cuando te levantes, a ver si consigues que Lydia se quede con la niña, y nos vamos al cine.

Pero me di cuenta por la manera en la que miraba a Lydia que sería ella la que estaría sentada a su lado en una butaca de las últimas filas los próximos meses. Y en verdad, pensé, se iban: sus aspiraciones sociales, su rivalidad, sus gustos y antipatías, su manera de seguir la moda, estaban delicadamente compensadas. Parecían hechos el uno para el otro, pensé.

Cuando se fueron, la mujer de la cama de al lado se inclinó hacia mí y me dijo:

—¿No es ese joven un presentador de la tele?

Le dije que no era presentador, pero que salía en un programa de televisión.

—Ya me parecía que lo había visto —dijo—. Pensaba que lo había visto. Sólo quería saberlo.

Era una mujer de unos treinta años, prematuramente envejecida, con una mirada

ausente; había dado a luz a su cuarto hijo, y se pasaba la mayor parte del tiempo tejiendo chaquetas con puntos de fantasía para su madre e intentando hablarle de sus hijos a la mujer que tenía al otro lado: lo que comían bien y lo que no había manera de hacerles comer. Me pregunté qué le parecería el programa de Joe: la única vez que yo lo había visto había hablado con cierta intensidad sobre la importancia de las drogas en la literatura moderna con un drogadicto anónimo fotografiado de espaldas. El siguiente programa había sido todavía menos interesante, y abordaba temas como el futuro del arte abstracto y el uso de la improvisación en el teatro parisiense de hoy (temas sobre los que Joe no tenía cualificación para poder expresar opinión alguna).

La mujer de la cama de al lado de la que había reconocido a Joe nunca escuchaba lo que ésta le contaba de sus niños, de si a uno le gustaban los arenques y a otro un poquito de queso con pan: ella prefería hablarle de la mejor manera de lavar la ropa en las familias numerosas a la mujer que ella misma tenía al otro lado, a la cual no le quedaba más remedio que escuchar, pues lindaba con la pared, y en una ocasión les oí el más exquisito diálogo de besugos. La Mujer B le decía a la Mujer C:

—Claro, lo mejor son las escamas, siempre lo he dicho, esos detergentes nuevos no valen para nada, no sacan las manchas.

A lo que la Mujer C le replicó que las escamas no servían para las lavadoras.

La Mujer B estuvo de acuerdo, pero luego continuó diciendo que la verdad era que no había nada mejor que lavar a mano.

La Mujer C dijo entonces que ella iba a la lavandería.

La Mujer B dijo que ahora había muchas lavanderías, claro, pero luego siguió explicando que nunca se conseguía tan buen resultado como cuando lavabas en casa a mano. La Mujer C, sin embargo, que, tal vez, no le estaba prestando la atención debida, la entendió mal y creyó que decía que nunca se consiguen resultados tan buenos cuando lavas en casa, en lugar de no tan buenos *como* cuando, y entonces procedió a darle la razón a la Mujer B, o, al menos eso creía ella, pronunciando un gran panegírico de las virtudes de la maquinaria —la perfección del lavado, los muchos aclarados, la potencia del centrifugado— y denigrando el esfuerzo, la eficacia y el resultado final del lavado a mano. La Mujer B, que o bien no reparó en la extraña lógica o bien decidió pasarla por alto, siguió suavemente en cuanto encontró un hueco en el parlamento de su compañera:

—Claro, sí, tienes razón, estoy de acuerdo, pero esas máquinas maltratan la ropa, la rompen, es terrible, metes las cosas y cuando las sacas están todas hechas jirones, pero a mí las cosas me duran años; tengo unas fundas de almohada, bordadas, que estuve lavándolas diez años a mano sólo con jabón, pero entonces viene mi cuñada y me convence para que las meta en la lavadora, y cuando las saco, se les han deshilachado todos los bordes. Ahí lo ves, ¿no es verdad?

—Claro —dijo la Mujer C—. Yo creo que debe de ser de tanto frotar y restregar por lo que pasa eso, cuando lavas a mano tienes que frotar demasiado fuerte, y, claro, por eso no duran las cosas, cómo vas a esperar que duren así.

Y así habrían podido pasarse horas y horas, en una suave incomprensión, sin llegar a rozarse, de no haber sido porque la Mujer A, incapaz de soportar su exclusión, les gritó de pronto:

—¿Y los vuestros comen espinacas? No os podéis imaginar lo que me cuesta hacer que se las coman, y a mi marido le gustan a rabiar, pero, claro, no las voy a comprar sólo para él.

Aparte de una risueña adolescente, yo era la más joven de la sala; las otras catorce madres rondaban la treintena. La adolescente y yo éramos las únicas que habíamos tenido nuestro primer hijo, lo que parecía una coincidencia estadística, pero puede que no lo fuera. Daba tanto la impresión de ser madre soltera que, en cuanto fui capaz de levantarme con algún pretexto, pasé más o menos renqueante por delante de su cama, pero la etiqueta a lo pies de ésta decía C, de casada, y no S. Era de verdad una chica de lo más alegre, la única, aparte de mí, que sonreía, por no decir que se reía, con verdaderas ganas; se pasaba la mayor parte del tiempo mirándose con un espejito de mano, depilándose las cejas, quitándose invisibles espinillas, pintándose los labios, limpiándose los, poniéndose otro color, pintándose las uñas, y poniéndose bigudíes para estar guapa a la hora de visita. Después de haber reparado en ella, me fijé en su marido: resultó ser un muchacho de rostro afilado, que aparentaba unos dieciséis años, y ésa podría ser perfectamente su edad. Las dos intercambiábamos miradas de mutua curiosidad, ya que éramos las únicas allí con alguna pretensión de atractivo físico; nuestras camas estaban demasiado separadas para entablar conversación, pero una vez nos encontramos en los lavabos, adonde ella había ido a fumar un cigarrillo a escondidas. Me ofreció uno, y yo decliné el ofrecimiento, diciéndole que ya no me apetecía fumar: se rio y dijo que tenía gracia eso de que a una le dejaran de apetecer cosas, a ella había dejado de gustarle el alcohol, y había ahorrado un montón. Volvimos juntas a la sala, y admiramos los niños de las demás, antes de retirarnos a nuestras camas; ella me dijo que la mía era lindísima, aunque me di cuenta de que pensaba que era una cosita enclenque, curiosa de ver, y yo le dije que el suyo era un niño muy hermoso, aunque me parecía un bebé gordote, pelado y con la cara, en cierto modo, más grande que la de cualquiera de sus progenitores, que la tenían pequeña y afilada. Lo que queríamos decir no era que nos gustaran especialmente nuestras criaturas, sino que nos alegrábamos mutuamente de haber coincidido en la misma sala, pues podíamos ser aliadas en contra de las otras mujeres, todas aquellas gordas mayores que nosotras que estaban tan tediosamente abrumadas por la vida.

Después del parto, los músculos de la tripa se me recolocaron muy pronto sin dejarme apenas marcas, pero algunas de aquellas mujeres parecían tan enormes como antes de dar a luz. Todavía hoy me obsesiona el recuerdo de cómo se movían, inmensas y envueltas en sus batas, como si fueran pisando huevos, con el mayor cuidado para no despertar el dolor que todavía tenían entre las piernas.

Al sexto día de hospital, pasó a verme el ginecólogo, acompañado por un grupo de estudiantes. Me reconocieron, me hicieron muchas preguntas y hablaron sobre mí,

y, extrañamente, esto me ofendió: empezaba a estar de nuevo en forma y me contrarió esa intrusión, hasta que el ginecólogo les dijo a los estudiantes:

—Fíjense en la resistencia de los músculos. Éste es el caso del que Hargreaves decía que el niño sería extraordinariamente pequeño, pero aquí tienen cómo se equivocaba, ya que pesó tres kilos y pico. A Hargreaves le engaño la excepcional firmeza de los músculos. —Entonces se volvió hacia mí, sonriendo y dijo—: ¿Se ha dedicado usted por casualidad a la danza profesional?

Me cogió tan desprevenida esta pregunta directa que al principio pensé que no se estaba dirigiendo a mí, y sólo cuando repitió la pregunta salí, casi sobresaltada, de la ensoñación en la que estaba inmersa.

—Oh, no, qué va —dije—. Nada por el estilo.

—Pues entonces tiene que haber hecho algún tipo de actividad atlética.

—No, no, en absoluto —dije—. Ninguna.

—Entonces debe de ser su constitución —dijo y sonrió y siguió su ronda de visitas.

La media hora siguiente la pasé radiante de satisfacción, como si me hubieran puesto en la solapa una medalla de oro por buena conducta.

Lydia vino todas las tarde a verme, a veces sola, a veces con alguna amiga o algún amigo, a los que les vendía la idea de que el hospital era un sitio de lo más divertido para pasar la tarde. Mi cama estaba siempre más animada que las de las otras. La última tarde, la novena que pasé en el hospital, sin embargo, no pudo venir: llamó por la mañana para que me dieran el recado, y pensé que no me iba a importar, pero cuando llegó la hora de visita y empezaron a llegar los silenciosos maridos, con aspecto cansado, arrastrando los pies, corrí la endeble cortina, oculté la cara en la almohada y lloré. Me decía entre sollozos que no era nada, sólo una reacción, esa excusa mágica para todas las aflicciones, y probablemente también lo era, pero no por ello dejaba de ser dolorosa. Me entraron ganas de sacar a Octavia de su cunita blanca, para consolarme, pero no era todavía la hora de la toma, y no me atreví. Me habían enseñado que sólo tenía que cogerla a intervalos regulares, y, aunque sabía que ese método estaba pasado de moda, no me gustaba infringir las normas. Además la nena estaba dormida, y no tenía sentido despertarla para mi propia comodidad. Hundí la cara en la almohada, como un niño preocupado por no inquietar a sus padres, y lloré.

La autoridad, la guerra, Truby King<sup>[7]</sup>. Me educaron en la creencia de que saber soportar las privaciones es una virtud, y el resultado es que aún hoy sigo creyéndolo.

En realidad, por sorprendente que pueda parecer, mi estancia en el hospital fue uno de los momentos más alegres y sociables de mi vida. Excepción hecha de la última noche, en ningún momento me sentí perdida o abandonada, ni tampoco, tal vez porque mi niña me tenía completamente extasiada, me pareció que era objeto de lástima o de compasión. Siempre me había atraído la idea de tener un salón, en el

que, reclinada en una *chaise longue*, ofreciera mis encantos y mi conversación a un selecto círculo de íntimos y elegidos, y, aunque nunca me lo hubiera planteado seriamente como modo de vida, siendo como era una persona solitaria, o una solitaria gregaria, supongo, aquellos diez días rodeada de flores y colmada de cartas y de visitas tuve, como no la había tenido hasta entonces, la sensación de pertenecer a un círculo. Mi modo de vida y mis amistades se definieron, se hicieron más valiosos y más reales en comparación con los de las otras mujeres de la sala, y no podía sino pensar que Beatrice se equivocaba de medio a medio con sus ridículos temores sobre la posición social de mi hijo. Me parecía que la gente que conocía aceptaría asimismo la situación sin pestañear. Y, en este punto, he de dejar claro que, de no ser quien soy, de no haber nacido en la familia en la que nací y de no haber sido educada de la manera en la que fui educada, nunca me habría atrevido: para decirlo en pocas palabras, sencillamente pensaba que podía salirme con la mía porque los tipos de la ambulancia vinieron a recogerme a un buen barrio y no a una habitación con derecho a cocina en Tottenham o a un bajo del plañidero Paddington. Así que, en cierto modo, me aprovechaba de los puntos débiles de una sociedad de la que nunca me había fiado; fingiendo que estaba por encima de sus estructuras, lo que hacía era sacar partido de sus anomalías. Nunca recomendaría mi manera de proceder a nadie que no disfrutara de las mismas ventajas que tenía yo en el mundo. Aunque lo más probable es que las recomendaciones en estos casos no sirvan para nada.

Hay otro punto que se debe tener en consideración en mi elección, y es que yo estaba preparada para ganarme la vida, para siempre, y en un campo en el que podía trabajar igual, o casi igual, en una cama de hospital que en cualquier otro sitio. Además, pese a mi poca seguridad con respecto a los detalles de mis cualificaciones, supongo que debía de tener una confianza férrea en mi talento, porque sencillamente no me creía que el pequeño hándicap de tener un hijita ilegítima pudiera cambiar una brizna el curso de mi carrera: mi posición, por naturaleza, era tan sólida que, si surgiera una situación en la que hubiera que elegir entre otra y yo, siempre ganaría yo gracias a la evidente superioridad de mi intelecto. Me parecía que tenía talento suficiente para salirme con la mía, y he de decir que hasta la fecha nada ha venido a demostrar lo contrario. Terminé sin retraso alguno mi tesis, que se publicó y fue muy elogiada en los círculos convenientes, además de parecerles excelente a quienes controlan mi situación económica. Y, encima, soy buena profesora, no me falta entusiasmo, pero no espero más de lo que se puede hacer. Todo esto es también injusto, aunque, tal vez, menos injusto que tener un piso en Marylebone, pues no sólo estoy bien preparada, sino que además soy una persona trabajadora.

Al décimo día, dejé el hospital en un taxi con Octavia en brazos y Lydia a mi lado. Estaba encantada con la idea de llegar a casa y tener a la nena para mí sola, pero el frío de la calle debió de asustarla, porque se puso a berrear en el taxi, y cuando llegamos a casa, yo no sabía qué hacer. En el hospital había sido muy calladita y muy buena. La eché en el moisés, pero el colchón tenía una forma diferente al del hospital,

y parecía que se notaba rara, que estaba incómoda, y se puso a chillar aún más fuerte. También la encontraba rara, así vestida con el faldón de viyela, después de la ropita hospitalaria que era la única que había llevado en su corta vida hasta aquella misma tarde. Siguió llorando y llorando, y yo empecé a pensar que nunca se iba a adaptar a la vida real. Lydia también había empezado a preocuparse casi tanto como yo, y al cabo de un rato de mirar conmigo a aquella personita furiosa, me dijo:

—¿Por qué no le das de mamar? Eso la callará un rato, ¿no?

Miré la hora. Eran las cuatro y media.

—Todavía no es su hora —dije—. En el hospital teníamos que darle a las cinco en punto.

—Bueno, pero qué más da media hora arriba o abajo —dijo Lydia.

—¿Tú crees? —respondí—. Pero es que entonces se despertará media hora antes en la próxima toma, y así sucesivamente, y ¿qué haré entonces?

—Eso no tiene mucha importancia, ¿no?

—No sé. Tengo la impresión de que entonces se liaría todo y no sería capaz de volver a enderezar la situación. En el hospital se portaba muy bien. Y ella también se haría un lío, y ¿cómo sabrá cuándo es de noche? ¿Cómo va a aprenderlo?

—Yo le daría de mamar —dijo Lydia—. Me parece que le va a dar un ataque, si no.

Yo no pensaba que le fuera a dar un ataque, pero no soportaba oír la llorar, así que la saqué de la cuna y la puse al pecho, y se calló al instante, y luego se quedó dormida, como si el colchón y el faldón le resultaran de lo más cómodo, después de todo. Por otro lado, efectivamente se despertó media hora antes en la siguiente toma, y así las veinticuatro horas posteriores, pues la verdad era que no aguantaba cuatro horas entre toma y toma, sino sólo tres y media. Al recordarlo ahora no parece muy importante, pero en ese momento sí lo parecía, y mucho. Además tardó mucho tiempo en aprender a distinguir la noche del día, y llegué a la conclusión de que por la noche en el hospital le daban algún biberón a escondidas.

Sin embargo, en general, todo funcionó a la perfección. Para empezar, tenía derecho a unas horas de ayuda domiciliaria que me pagaba la Seguridad Social, y como a los quince días de estar en casa, empezó a venir la señora Jennings, una mujer corpulenta y afable, que había localizado Lydia; los dos días que venía, yo corría a la biblioteca entre toma y toma. A la señora Jennings le encantaban los niños, y yo descubrí que mis oídos recibían con naturalidad y, de hecho, agradecidos, todo ese parloteo sobre «los adorables chiquitines» o los «lindos deditos de mi niña». Enseguida dejé de darle de mamar, pues para mi gran asombro, todo el proceso me ponía furiosa, me exasperaba: aguanté seis semanas, esperando que se convirtiera en un placer, como decía la bibliografía más actualizada sobre el tema, o, al menos, que dejara de parecerme una lata, y para la nena, sin duda, parecía serlo, pero finalmente no lo pude soportar más y lo dejé. No es que me repugnara el acto de dar de mamar en sí, ni nada parecido, pero las consecuencias eran extremadamente desagradables;



me ponía frenética que la ropa se me empapara de leche, y, de hecho, esas seis semanas tuvieron un efecto permanente en mi vida, pues me hice muy quisquillosa con la suciedad, y ahora me paso todo el tiempo lavándome la ropa, antes incluso de que le haga falta, llevándola al tinte, aunque me cueste lo que no tengo, y escapándome secretamente a la lavandería a las horas más intempestivas. Asimismo, pese a todas las pruebas en contra, nunca llegué a creermelo del todo que ahí hubiera nada, que la niña sacara realmente algo. No me creo lo que no ven mis ojos, y la primera vez que le di un biberón y vi descender el nivel de la leche centímetro a centímetro, sentí un inmenso alivio, y creo que la consideré la primera comida verdadera de su vida. Aquello era anormal, supongo, y me atrevería a decir que habríamos podido sobrevivir juntas en el desierto, pero eso no quitaba para que estuviera encantada de tener una alternativa. En cualquier caso, hoy en día sólo las madres de clase media alta y un tanto chic confían, por principio, en la lactancia materna, y yo no creo en los principios. Creo en el instinto, en principio.

Octavia era una niña extraordinariamente hermosa. Todo el mundo lo decía, en las tiendas, en los autobuses, en el parque, allí adonde fuéramos. La llevaba a Regent's Park siempre que me sentía capaz de meter y sacar el cochecito del ascensor. Hizo un verano bastante bueno, y las dos nos bronceamos. No dejaba de sorprenderme que pudiera pasarme horas observando apenas los pequeños movimientos de sus manos y las fugaces expresiones de su cara. Era una niña muy alegre y, en cuanto aprendió a sonreír, sonreía todo el tiempo; al principio cualquier cosa le arrancaba una sonrisa, los parquímetros, los perros, los desconocidos, pero, según iba creciendo, empezó a mostrar por mí una especial preferencia, y nada podía darme más placer que aquello. Supongo que no esperaba que me tuviera aversión o rencor desde la cuna, aunque estaba preparada para que surgiera más adelante, pero tampoco me había imaginado recibir ese deslumbrante regocijo que envolvía su afecto cada vez que la miraba. Poco a poco, empecé a darme cuenta de su apego a mí, de que no tenía más opción que ese apego y de que, a no ser que tratara por todos los medios de alejarme de ella, seguiría apegada a mí un par de años, al menos. Era muy bonito recibir un amor tan poco crítico, porque me daba la libertad de ofrecerlo yo: unas pequeñas, cálidas mejillas, como de goma, recibían mis besos con suaves arrullos de placer.

En realidad, debió de ser porque esperaba este tipo de amor por lo que me empeñé en tenerla, o más bien me abstuve de no tenerla: algo en mí era claramente consciente antes de que yo misma lo fuera de que habría compensaciones. Por supuesto, no tuve que oír esa frase con que se suele saludar a las casadas poco entusiastas de su maternidad, «seguro que ahora ya no podrías estar sin ella», que tantas veces habrá obrado el efecto esperado; no lo tuve que oír, supongo yo, porque la gente temía que me mosqueara y le dijera: «Sí, claro que podría», lo que nos dejaría bastante atribuladas tanto a la parte emisora como a la receptora. Y, en muchos sentidos, sin duda preferiría no tenerla, de la misma manera que uno podría

preferir carecer de belleza o de inteligencia o de riqueza, o de cualquier otra cosa que pueda ser una fuente de dicha y, al mismo tiempo, de dolor. La vida con un recién nacido y lo que ésta entraña me hacía llorar como una magdalena varias veces a la semana, y no sólo por las manchas de leche en los jerseys recién lavados. Como suele suceder en la vida, era imposible elegir las ventajas sin tener los inconvenientes, quedarse con lo que se gana y olvidar lo que se pierde, ni siquiera en teoría: yo estaba, sin lugar a dudas, a favor del «derecho a elegir». Así, lo mejor que podía hacer era poner buena cara e intentar no aumentar el ya de por sí largo número de tristes y largamente habladas advertencias por parte del mundo que me rodeaba. Me las apañaba bastante bien, y el veredicto general fue: qué extraordinaria Rosamund, parece verdaderamente feliz, debía de apetecerle tenerlo, a fin de cuentas.

Había pensado, vagamente, que después del parto me volverían a interesar los hombres, como tales, pero no sucedió nada por el estilo. Sí que pensaba que sería agradable tener de vez en cuando un poco de afecto adulto, pero por alguna extraña razón me parecía que ya no me gustaba nadie lo suficiente. Estaba curiosamente decepcionada, casi como si me hubieran traicionado o engañado o abandonado de verdad. La única persona en la que pensaba con cierta ternura, a excepción de en mi dócil hijita, era George. Seguía escuchando su voz en la radio, me reconfortaba saber que seguía ahí cerca, por inútil que fuera, y me preguntaba qué estaría haciendo. Alguna vez, en el culmen de mi fascinación por los encantos de Octavia, pensaba en llamarlo y contárselo, pero no llegué a hacerlo: me imaginaba que sabía lo suficiente de la naturaleza humana para darme cuenta de que ningún encanto podía compensar el sentido, bastante injustificado, de obligación, tanto económica como personal y emocional, que semejante revelación pondría en funcionamiento. Así que se lo ahorré a él y a mí misma. A veces me parecía ver en Octavia algún parecido con él, y más frecuentemente creía verlo a él en persona, pero nunca era él, siempre era algún joven dependiente, al pasar delante de un anticuario o de alguna exclusiva tienda de ropa de caballero, que podría haberlo sido. Y así pasó el verano, y entramos en el otoño; la nena empezó a sentarse, yo terminé la tesis, y parecía que Lydia estaba a punto de terminar su novela, pese a las trabas que le supuso la aventura que tuvo con Joe, y entonces yo empecé a preocuparme porque no sabía qué iba a pasar en Navidad, cuando regresaran mis padres. Este problema me preocupaba mucho, e incluso llegué al punto de pensar que había tenido a la niña sólo porque podía vivir en aquel piso. El otoño también trajo otros problemas, como el frío. Antes nunca había notado el frío, siendo como era una persona fuerte, con buena salud y enérgica, pero aquel año el otoño fue más frío y más húmedo que de costumbre, llovió mucho y hubo muchos días de niebla y heladas nocturnas. A mí no me importaba, pero no sabía cómo hacer para que la nena no pasara frío: si le ponía guantes, los chupaba, y entonces no sólo se le quedaban gélidas las manitas, sino que además estaban mojadas. También babeaba mucho y siempre tenía húmeda la ropita. Aguantó bastante bien durante un tiempo, pero por fin acabó acatarrándose. Al principio parecía que no le molestaba

mucho, pero luego empezó a despertarse a media noche tosiendo y por el ruido que hacía al respirar parecía que estaba bastante congestionada. Yo no sabía qué hacer con ella, pues detestaba ir al médico; pensaba que una vez nacida la niña habría puesto fin a mi espantosa relación con los servicios de salud, que no era sino una pérdida de tiempo, aunque enseguida había descubierto la interminable serie de inyecciones, reconocimientos, vacunas e inmunizaciones que todavía habría que soportar. Pero hasta entonces todo había entrado en el terreno de la rutina, no había tenido que decidir qué hacer. Entonces, viendo moquear a Octavia y oyendo el barboteo de su respiración, supe que iba a tener que decidir llevarla al médico, y para mi sorpresa me resistía a la idea. Sabía que mis razones eran una masa inextricable de egoísmo y de reparos infantiles: no quería molestar innecesariamente al médico, que estaría muy ocupado, pues siempre temía molestar a la gente, aunque tal vez lo que más temía era que me dijeran que era una pesada, y tampoco me apetecía tener que esperar dos horas en una sala gélida con una niña muy activa saltándome en el delicado regazo. No se trataba de un sencilla elección entre la comodidad y la obligación, y, es más, no era mi salud la que estaba en juego, sino la de Octavia. De haber sido la mía, no habría ido.

Unas veinticuatro horas después de haber decidido que realmente tenía que llevarla al médico, se lo consulté a Lydia, quien al principio pareció igual de desconcertada que yo ante el dilema. Me sugirió que telefonara al consultorio y solicitara una visita a domicilio, en lugar de llevar yo a la niña; a mí ni siquiera se me había ocurrido hacer tal cosa, lo que demuestra lo lejos que estaba de llegar a aceptar del todo mi nueva vida, e inmediatamente pensé que ojalá me atreviera a hacerlo.

—Pues claro que te atreves —me dijo Lydia—. Para eso están los médicos. No puedes sacar a una criatura así a la calle, tal como está Octavia, con este tiempo.

—Lo más probable es que no le pase nada —dije en tono triste—. Además, a los niños pequeños no les dan nada para los catarros.

—Ya sé —dijo Lydia, con una súbita iluminación—. ¿Por qué no le pones el termómetro?

La miré impresionada, pues ciertamente ni se me había pasado por la cabeza semejante cosa; al recordarlo ahora, tras meses de tener el termómetro entre los objetos necesarios de uso cotidiano, como un cuchillo o una cazuela, no llego a creerme que esto fuera cierto, pero así era. Para ser justa conmigo misma, he de decir que al instante reconocí que había tenido una idea brillante, y enseguida la habría puesto en práctica, de haber tenido un termómetro a mano. Sin embargo, ninguna de las dos lo teníamos y, como ya no había nada abierto, tuve que buscar una farmacia de guardia para comprar uno, y cuando volví, Octavia se había quedado dormida y me pareció que no merecía la pena despertarla. No obstante, por la mañana conseguí ponérselo y vi que tenía bastante fiebre y que, no siendo excesiva para un niño pequeño, era, sin embargo, suficiente para que mi llamada al médico pidiendo una visita domiciliaria quedara justificada. Para mi sorpresa, la secretaria no pareció en

absoluto molesta cuando pregunté si podía venir el médico, sino que, por su tono, daba por descontado la petición: creo que yo esperaba que me recriminaran mi pereza y mis pretensiones.

El médico apareció a media mañana y la reconoció, le tomó el pulso y la temperatura y me dijo que no era nada grave, en realidad, que no tenía nada, y luego que si no tenía inconveniente en que la auscultara, así que le subí la camiseta, y ella sonrió y se estremeció de puro gusto cuando le puso el estetoscopio en las gordezuelas costillas. El médico estuvo un largo rato escuchando, y yo, que estaba empezando a pensar que tal vez no debía haberlo molestado, aunque la verdad es que al parecer igual daba que hubiera hecho una cosa o la otra, me abstraí pensando en lo dulce que estaba mi niña y en que a la camiseta que llevaba no le iría mal un lavado. De haberlo sabido, habría disfrutado más intensamente de ese momento, o, tal vez, lo que quiero decir es que disfruté de ese momento, y ya no volví a disfrutar ninguno más. Pues, cuando hubo terminado de auscultarla, se enderezó, tomó aire y dijo:

—Bueno, bueno, creo que no hay que preocuparse mucho...

—¡Ah! ¡Bien! —exclamé yo, ya un tanto alicaída, pues me daba cuenta de que el hombre no había terminado y no era eso exactamente lo que quería decir.

—Pero creo que le voy a dar igualmente una cita para que la vean en el hospital.

—¡Oh!

Esta vez no me atreví a preguntar, pensando en algo malo, como bronquitis, pero, al parecer, no muy muy malo, lo que demuestra que soy lenta por naturaleza a la hora de aceptar las malas noticias.

Se quedó callado un instante, esperando que le hiciera alguna pregunta, supongo, pero yo seguía sentada, con la nena en brazos, sin decir palabra. Así que pasado un rato, sin molestarse siquiera en fingir que no había nada de qué preocuparse, dijo:

—Puede que esto no sea nada, nada en absoluto. ¿Dónde nació? En el Saint Andrew, ¿no? No puedo creerme que se les pasara algo así. Creo que lo mejor es que le dé una cita en ese mismo hospital, para la vea el doctor Protheroe; él es quien se encarga de las cosas de este tipo.

—¿Qué tiene? —pregunté al fin—. ¿Qué tiene? ¿Tiene algo en los bronquios? ¿Es neumonía?

—¡Oh, no! —respondió él—. Oh, no, nada de eso, no tiene nada que ver con este catarro, es un catarro sin más: todos los niños del barrio están acatarrados ahora mismo. Lo que pasa es que he oído otra cosa cuando la he auscultado por si tenía los bronquios tomados; eso es. Y lo más seguro es que no sea nada, nada de nada.

Supongo que la mayoría de la gente le habría preguntado qué quería decir con aquello, pero yo estaba demasiado asustada. Creo que lo último que quería oír era la verdad, ni siquiera ahora cuando pienso en ello. Quería que me siguiera diciendo que no era nada, nada de nada. Eso era lo único que quería oír, como si estuviera en mi lecho de muerte. Ni siquiera quería que me dijera para cuándo sería la cita en el

hospital, pues me daba miedo que fuera algo urgente, que tuviera que ir esa misma tarde, o a la mañana siguiente, y cuando empezó a explicármelo, intenté no escuchar, pero oí que me llegaba su voz y me decía que probablemente sería para la semana siguiente, para el próximo jueves por la tarde, pero que me lo diría cuando lo hubiera confirmado en el centro de salud. Esto me alivió en cierta medida, porque significaba que no esperaba que se muriera antes del jueves. Incluso reuní fuerzas suficientes para preguntarle qué debía hacer con lo del catarro, y que me respondiera que nada, nada en absoluto, salvo darle una aspirina infantil por la noche, no fue motivo de consternación.

Cuando se marchó, volví a la habitación y, cogiendo a Octavia, me senté, me la puse en el regazo y la miré fijamente, poseída por la angustia más espantosa, consciente, como probablemente la mayoría en estas ocasiones, de que en diez minutos había pasado de un estado de dicha incomprensible a otro de pena comprensible al tiempo que indefinida. Me eché a llorar, claro, pues lloraba todos los días por un motivo o por otro, y Octavia sonrió al ver las lágrimas y acercó el dedo a mi cara, mientras me rodaban por las mejillas, como si fueran gotas de lluvia en el cristal de una ventana. Parecía que, en comparación con ese momento, toda mi vida anterior había sido una tarde de verano. Y, sin embargo, nada había cambiado; en ese instante de escuchar no había cambiado nada, si no fuera porque la ignorancia se había transformado en conocimiento. Muchas veces, las semanas que siguieron, deseé haber permanecido en la ignorancia, no haber llamado al médico y no haberme enterado nunca. La tranquilidad mental, estar en la inopia, me parecía a veces mucho mejor que el más útil y provechoso de los sufrimientos, y nunca lo había visto así. Mucha gente me asegura que habría terminado descubriéndolo, pero habría tenido un mes más, al menos, de deleitarme en la ignorancia. Pero ¿habría sido distinto? Un mes, una semana, un día, una hora. Resultó que habría sido muy distinto, pero nunca lo habría sabido.

No soy capaz de recordar esa semana. De niña me creía infeliz, me obsesionaban terrores irreales, culpabilidades y preocupaciones; de adolescente, me obsesioné conmigo misma, y de mujer adulta, con el temor de que el cariño de un momento pudiera echar por tierra toda mi vida personal y profesional. Pero entonces, por primera vez, estaba aterrada por otra persona, y me pareció insoportable. En algún momento, mientras le preparaba la papilla o tecleaba en la máquina de escribir en la sala de mecanografía de la biblioteca, tenía la sensación de que me iba a caer muerta por la tensión que estaba padeciendo. Cuando salía de cada uno de estos ataques de desconsuelo, sentía un amargo resentimiento contra Octavia y contra el destino que nos ponía así en peligro; hasta ese momento, había sabido defenderme y había estado completamente protegida de este tipo de arremetidas de la fortuna, pero sabía que entonces era vulnerable, que estaba apocada y desprotegida, que era un blanco fácil para la mala fe del azar. El hecho de estar sola, sin nadie a quien contarle mis desgracias, aumentaba mi ansiedad, pero también la hacía más soportable, pues en el

mismo instante en el que deseaba tener a alguien, a cualquiera, a George, para poder llorarle en el hombro, me alegraba enormemente haberle ahorrado a él esa pena innecesaria.

Me siento incapaz de relatar mi primera visita al hospital a la semana siguiente de la visita del médico, aunque, por otro lado, creo que necesito exorcizarla de algún modo. No puedo hacerlo, sin embargo: fue más allá de lo que uno es capaz de tolerar. Hice cola junto a otros pequeños y una infame selección de ositos de peluche y otras basuras durante una hora y media; era la hora de su siesta, pero Octavia nunca se quedaba dormida en mi regazo, y estuvo lloriqueando, moviéndose inquieta, con el dedo en la boca, hasta dejarme agotada. Luego nos recibió el cirujano, y no me atreví a preguntarle lo que él no me dijo, tras lo cual tuve que irme con la niña a la sección de rayos X, que estaba al menos a un kilómetro y medio de distancia por oscuros pasillos, y vuelta al cirujano, quien me habló de la conveniencia de operar. Esta vez yo había entrado en una especie de trance, y apenas escuchaba lo que me decía. Piénselo y vuelva pasado mañana. Así que dos horas y media después de haber entrado en el hospital, nos fuimos a casa, y salimos las dos llorando, la pequeña de cansancio, y yo de cansancio y miedo.

Nos fuimos a casa y me lo pensé, y dos días después volví, y esta vez no esperé más de veinte minutos, y cuando entré en la consulta el cirujano me ofreció un café. Me pareció que estaba haciendo una obra de caridad con el condenado a muerte, pero puede que no lo fuera: puede que coincidiera con el momento en el que él hacía una pausa y se tomaba un café. Esta vez estaba lo bastante curtida para fijarme en sus facciones, que hasta entonces no habían sido más que una mancha deslumbrante, y para escuchar lo que me decía. Me estaba susurrando suavemente algo relativo a la arteria pulmonar; y ya sólo los términos bastaron para que me entrara pánico, de modo que dejé de escuchar, pues me di cuenta de que en realidad no estaba intentando explicarme nada. Cuando se terminó el café requemado y yo me terminé el mío, dijo:

—Creo que es conveniente operar lo antes posible.

—Pero acaba de decir —comenté, recordando, como en un sueño, otra parte de su conversación— que no es conveniente operar antes de los cinco o seis años.

—Lo que intentaba explicarle es que realmente no tenemos mucha posibilidad de elección. La afección puede ser más o menos grave...

—Pero no ha habido ningún signo de nada —exclamé, volviendo en mí repentinamente—. Nada, ni un síntoma. Siempre ha estado tan bien...

—Como le decía —continuó el cirujano—, no es muy probable que ciertos síntomas se manifiesten hasta que la criatura no esté en edad de tener una mayor actividad. Ha sido realmente un golpe de suerte descubrirselo así de pronto, teniendo en cuenta que apenas ha habido nada que nos lo indicara...

—Suerte lo llama usted, suerte —dije yo, incapaz de quedarme callada—. Suerte, ¿no?

Nunca ha dejado de sorprenderme que, tal como estaban las cosas, mostraran tan poca compasión; hoy veo claramente, y entonces sospeché, que su única emoción era la curiosidad profesional. Era un caso raro mi pequeña, un monstruito.

—Tal vez me podría decir —añadí finalmente al ver que mi réplica no recibía respuesta, y en una voz de renovada humildad— qué posibilidades tiene de salir bien. Cuál es el porcentaje de éxitos.

—Tiene que recordar —dijo él— que este tipo de cirugía está dando aún sus primeros pasos, aunque en los últimos años hemos hecho grandes progresos. Hace tan sólo cinco años, habría dicho que en un niño de esta edad las posibilidades de supervivencia serían de uno entre cinco. Hoy diría que es de uno entre cuatro, creo.

Casi creo que esperaba que lo felicitara, pero en lugar de eso me eché a llorar. Era la primera vez en mi vida que alguien me decía la palabra «supervivencia» tan a bocajarro.

—Y si no se opera —dije—. Si no se opera, ¿qué pasaría?

—Lo siento, pero no tiene alternativa —dijo, y luego con un leve gesto de preocupación, se puso en pie y continuó—: Venga, venga, señora Stacey, lo mejor es que se vaya a casa y lo comente con su marido, y recuerde que confiamos plenamente...

—¿Con quién hablarlo? —dije yo un tanto agramaticalmente, enojadísima, a punto de perder el control.

—¡Ah claro! ¡Válgame Dios! —dijo él, volviendo a mirar el montón de papeles que tenía sobre la mesa—. Pero seguramente tiene a quién comentárselo, ¿no es así? Sus padres, tal vez, u otros parientes.

—Mis padres están en África —dije, levantándome y abrochándome el abrigo, preparada para irme.

—¿En África?

Esta información, que yo le había ofrecido más desafiante que solícita, pareció interesarle sobremanera; volvió a tomar asiento, pensativo, y luego alzó la vista y dijo:

—¿No será pariente de Herbert Stacey, no?

—En realidad, soy hija suya —dije de mala gana, consciente de que esta confesión, en mis circunstancias, no dejaba a mi padre en muy buen lugar, pero al instante se produjo un cambio en la actitud de aquel hombre: me hizo volver a sentar y llamó para que trajeran más café; entonces empezó a contarme que había sido compañero de mi padre en Oxford, que habían pertenecido a las mismas asociaciones y hablado en este o aquel debate, y que siempre había pensado que mi padre se dedicaría a la política. Me preguntó qué tal estaba mi madre y si estaban satisfechos de la experiencia africana. De su conversación se podía deducir que había conocido bien a mis padres, y, de hecho, cuando lo pensé un poco, su apellido, Protheroe, lo había oído con frecuencia en torno a nuestra mesa familiar, y siempre para bien, pues pertenecía a la parte buena de los servicios sanitarios y tenía el prestigio suficiente

para dar prestigio a éstos en los congresos y reuniones. Un buen socialista, decían que era, y nos miramos con renovado interés.

Charlamos amistosamente un cuarto de hora más, mientras en las salas de espera el resto de los infelices pacientes se amontonaban aburridos y resignados. Cuando por fin me dejó ir, me estrechó la mano con calidez, me pidió mi número de teléfono y me dijo que llevara a la niña al cabo de una semana para que la observaran durante un día, y que, si todo estaba en orden, la operarían quince días después.

—Créeme —dijo—, te mentiría si te dijera que no es una operación de envergadura, pero, pese a su patología, la cría parece estar extrañamente bien, y las posibilidades de recuperación, una vez que haya superado el primer postoperatorio, son excelentes. Y créeme, Rosamund, aunque no está bien que lo diga yo, en este hospital está en muy buenas manos, no podría haber caído en mejor sitio.

Y yo también lo creí. Y, aunque nunca había dudado de su competencia, me alegró que me la confirmara con una sonrisa. La carne es débil, y pedimos demasiado, pero qué consuelo cuando nos lo dan, y gratis.

Las dos semanas siguientes las pasé muy inquieta: no era capaz de trabajar. Y no lo era realmente; no es que me imaginara que no era capaz sólo hasta que me ponía delante de los libros. Pasaba los días como podía, atormentada con la encantadora alegría de Octavia, que no paraba de sonreír, e intentando no cogerla demasiado. A la segunda noche, se me ocurrió que no me haría mal un trago, así que empecé a beber. Creo que ya he dicho que el alcohol siempre me pone contenta, e incluso ahora lograba levantarme el ánimo. Como andaba muy mal de dinero, me compraba vino del más barato, que me gustaba bastante si lo calentaba antes un poco. Bebía un montón todas las noches, y una hora después o así mis pensamientos fluían vertiginosamente de un optimista refugio al otro: de pronto estaba convencida de la inmortalidad del alma y un momento después de que todo sufrimiento tiene un fin, pero esencialmente, estaba sencillamente segura, como nunca lo estoy cuando estoy sobria, de que la suerte y las probabilidades estaban a mi favor.

La mayoría de las noches me acostaba antes de que llegara Lydia, ya que su aventura con Joe estaba por entonces en su punto culminante. Intentaba evitarla, deliberadamente, pues no le había contado la verdad de lo de Octavia, y no quería verme obligada a hacerlo. Una noche, sin embargo, ella y Joe volvieron juntos un poco después de las once, cuando yo estaba todavía echada en la alfombra frente a la chimenea, con la cabeza apoyada en un cojín, pensando si me quedarían fuerzas para levantarme e irme a dormir. No los oí entrar y me encontraron allí. Enseguida repararon en las pruebas de que había estado bebiendo y decidieron acompañarme. Me contaron la película que venían de ver en el Cameo-Poly, y Lydia dijo que casi había terminado su novela, y yo le pregunté a Joe sobre la suya, y él me respondió que cuál, y yo le dije que la que estuviera escribiendo en ese momento, y él me



contestó que no estaba escribiendo ninguna, a lo que yo dije que eso sí que era una novedad. Y luego Joe empezó de nuevo a darme la matraca con que cuándo volvían mis padres, y cuándo tendría que irse Lydia y qué iba a hacer yo para buscar piso, pues no debía de ser fácil encontrar piso con un niño pequeño. Al oír esto, me sentí desfallecer, pues sabía con una premonición lancinante lo que diría todo el mundo si Octavia falleciera. Dirían que no hay mal que por bien no venga. Los oía diciéndolo, incluso a quienes me conocían y me entendían, porque yo era la única persona en el mundo que la quería o que se daba cuenta de cuánto la quería. Puede que haya personas desamparadas, abandonadas, a quienes no quiere nadie, a quienes se las considera una carga, cuya misma existencia es una carga innecesaria para la tierra que pisan. Tal vez mi obligación era compensar con la calidad de mi cariño el escaso número de personas que llorarían su muerte.

Por fortuna, enseguida dejaron de hablar de pisos y de niños, y me pude recuperar, aunque sólo momentáneamente, pues Joe no tardó en decir:

—La otra noche le estuve hablando de ti, Rosamund, a ese amigo tuyo de la BBC. George se llama, ¿no? ¿George qué? Nunca me acuerdo de su apellido.

—George Matthews —dije yo—. A George Matthews te refieres.

—Eso es —dijo Joe—. George Matthews.

Siguió un silencio, en el cual registré una aceleración de los latidos del corazón, un súbito ardor de la cara y una respiración extrañamente entrecortada, todo lo cual indicaba el grado de mi desasosiego. Hacía meses que no oía pronunciar su nombre, pues ni siquiera tenía el privilegio, del que con tanta frecuencia disfrutaban otros amantes no correspondidos, de oír a los amigos hablar del objeto de su amor, de su carácter y de sus asuntos. Yo había puesto tanta diligencia en evitar toda conexión con él, por distante que fuera, que bien podría no haber existido, y, ciertamente, de no tener tantas veces en los brazos al fruto de su existencia, pensaría que todo aquel episodio no era sino un sueño ocasionado por algún extraño capricho frustrado mío, un sueño que era una expresión de un deseo de algo que podría haber sucedido. Y ahora que por fin lo oía mencionar, ahora que emergía al fin de los recovecos más íntimos de mi mente, no sabía qué decir, ni tampoco cómo comportarme a fin de mostrar aunque sólo fuera algo parecido a la indiferencia. Quería preguntar cientos de cosas: cómo estaba, qué llevaba puesto, si me recordaba con agrado, indiferencia u hostilidad, si sabía que yo había tenido una hija, con quién estaba, a quién amaba, quién lo amaba él; cien preguntas parecidas a éstas, que llevaban tanto tiempo reprimidas y contenidas, se me vinieron de golpe a la cabeza, pero no fui capaz de verbalizarlas, así que me quedé callada. Me quedé callada y sentí que mi cara volvía a adoptar el gesto de impasibilidad habitual. Debí de convencer a Joe de que me daba exactamente lo mismo, pues, cuando levantó la vista, después de aplastar la colilla del cigarrillo en el cenicero, cambió de tema y continuó hablando de su programa de televisión. Lydia iba a aparecer en él, para hablar de la novela moderna.

—¿Por qué no? —dijo Joe—. Tiene tanto derecho a hablar de la novela moderna

como cualquier otro, ¿no es verdad, Lydia? Y además es guapa, así que ¿por qué no?

Por qué no, realmente, me dije cuando me fui a la cama y los dejé hablando en la sala. ¿Por qué no? Me parecía que no tenía la menor importancia. Estaba harta de ellos, harta de oírlos y de estar con ella y de pensar en ellos. Y, sin embargo, me caían bien. Eran el tipo de gente que me caía bien, de caerme bien alguien. Empecé a pensar que ya no me caía bien nadie. A excepción de George, George con su callado anonimato, George, que podía vivir a un kilómetro de mí y pasar más de un año sin que lo mencionara ni lo viera, perdiéndose en mi memoria, saliendo de mi vida. Me habría gustado tener la oportunidad de decírselo.

La noche previa a la operación de Octavia, apenas dormí, librando la que podría haber sido mi última batalla contra las inmensas sombras de la duda. En ocasiones como ésta, algunos deben de dudar de la existencia de Dios: no me parece natural sobrevivir a tales desastres sin que su fe resulte menoscabada. Al hablar de la misericordia divina, me parece más respetable tomar en consideración los acontecimientos. Pero, en realidad, pensar en Dios ni se me pasó por la cabeza, pues al haber recibido una educación racionalista fabiana nunca había pensado mucho en él, y ciertos conceptos como el del más allá o el cielo me parecen toscos sobremanera, literalmente. La justicia, no obstante, era algo que me preocupaba. No podía librarme de la idea de que, si Octavia muriera, me lo tendría merecido por mi pecado. Los inocentes sufrirán por los culpables. No era fácil determinar cuál había sido mi pecado, porque nada podía convencerme de que haber tenido relaciones con George fuera pecado; muy al contrario, de según qué humor me encontrara, lo consideraba la única acción virtuosa de mi vida. Una sensación de castigo pesaba sobre mí, y la fe que intentaba conservar aquella noche no era la fe en Dios, sino la fe en las leyes de la probabilidad.

Hacia la madrugada, empecé a pensar que mi pecado estaba en quererla a ella como la quería. Durante cinco minutos o así, casi esperé que se muriera, librándome así de la corrupción y la fatalidad del amor. Ben Jonson decía de su hijo muerto: mi pecado fue esperar demasiado de ti, querido muchacho. Con demasiada facilidad tomamos lo que escriben los poetas como figuras del discurso, como bonitas imágenes, como buenas ocurrencias. A veces, tal vez, dicen la verdad.

Por la mañana, cuando llegó la hora de levantarme y vestirme y coger sus lastimosos enseres, salí de la cama y me arrodillé y le pedí a Dios que permitiera que sobreviviera, que viviera, que saliera bien, y posiblemente fue mi necesidad la que creó a Dios.

Fuimos al hospital y la entregué, y ella me sonrió y luego se echó a llorar cuando se la llevaron. El mundo se había contraído en el pequeño tamaño de su carita y de sus manitas, que se cerraban y se agitaban en el aire. Era intolerablemente conmovedor: su inocencia, su alegría, su tamaño. Me fui, y caminé arriba y abajo de

Marylebone Road. No sé lo que hice durante aquellas horas. No volví hasta media hora después de cuando me habían dicho que podía ir a preguntar, y cuando llegué, no me atrevía a hacerlo. Esperé hasta que alguien me reconoció y se acercó a mí y me dijo sonriendo que todo había ido extremadamente bien, que el doctor Protheore me enviaba saludos y esperaba verme pronto, y que había muchas esperanzas de que la recuperación fuera total. Al igual que el día que me anunciaron su enfermedad, no podía creerme que una mera relación de datos pudiera venir a cambiar mi suerte de tal manera: me quedé muda, preguntándome si lo que acababan de decirme sería la verdad o si aquella mujer se habría equivocado de nombre, de datos, de recado. Pero ella seguía sonriendo y tranquilizándome, y no tardé en creerla, pues de pronto se hizo evidente que era imposible que algo hubiera ido mal, que por supuesto Octavia y yo habíamos tenido suerte. Cuando por fin pude hablar, pregunté si podía verla, pero me dijeron que volviera por la mañana, que todavía estaba inconsciente y no se la podía molestar. Claro, respondí yo, humildemente, y me alejé, llena de gratitud a todos ellos; luego fui y lloré a lágrima viva en los servicios, tras lo cual me marché a casa.

Sólo cuando llegué a casa empecé a preocuparme por ciertos detalles en los que antes no me había atrevido a pensar. ¿Qué haría Octavia cuando viera que se despertaba en el hospital? ¿Tendría muchos dolores? ¿Le darían bien de comer? ¿Lloraría? Antes me hubiera parecido un atrevimiento pensar en semejantes cosas, pero su importancia crecía de minuto en minuto. Eliminada la amenaza de fatalidad, las condiciones de vida recuperaron de inmediato su antigua importancia. Era la extrañeza, pensaba yo, más que el dolor, lo que la afligiría, porque sólo me quería a mí; incluso a la señora Jennings y a Lydia no pasaba de tolerarlas y a los desconocidos los rechazaba con ruidosa vehemencia. Sólo Dios sabe qué pequeños terrores incommunicables, desconocidos para todos, asaltan a los niños de cuna. No les prestamos atención, decimos que enseguida los olvidan sencillamente porque no tienen las palabras para hacémoslos recordar, porque no pueden atormentar nuestras conciencias con un recital de sus aflicciones. Para cuando aprenden a hablar, han olvidado los detalles de sus quejas, y por eso nunca nos enteramos. Se olvidan enseguida, decimos, porque no podemos enfrentarnos al hecho de que nunca se olvidan. No podemos soportar las injusticias de la vida, y por eso fingimos que una criatura puede olvidar las horas que ha pasado envuelta en papel de periódico en el suelo de una cabina telefónica, los golpes crueles a manos de los únicos que la habrían querido, la visión de sus hermanos mayores, que no pudieron ser salvados de las llamas producidas por la estufa de petróleo. Al igual que aquellos que consolaban a Job, no creemos que los inocentes sufran. Pero sí sufren. Lo vemos, pero no nos lo podemos creer.

Cuando fui a verla por la mañana, tuve que hacer frente a ciertas maniobras dilatorias o disuasorias. La señorita que me atendió, una señorita vestida de blanco, cuya función no era muy clara, me aseguró que todo iba bien, que todo progresaba

satisfactoriamente, que la nena estaba todo lo a gusto que podía estar en sus circunstancias.

—Pero quiero entrar a verla —dije yo entonces, reuniendo un poco de valor.

—Lo siento, pero no va a ser posible —dijo la señorita de blanco con una serena certeza, consultando las notas archivadas.

—¿Por qué no? —insistí yo—. Me gustaría verla y sé que la niña querrá verme.

La señorita de blanco se embarcó entonces en una larga explicación sobre lo que suponía molestar a los niños, molestar a las madres, molestar a los otros niños, molestar a las otras madres, la justicia para todos, interrumpir el trabajo de las enfermeras, y otros temas por el estilo. Mientras hablaba, en un tono suave y monótono, recuerdos de todo tipo me fueron volviendo a la memoria, recuerdos de cartas al director en *The Times* y *The Guardian*, al respecto de este asunto, cartas escritas por madres como yo a las que no habían permitido entrar a ver a sus hijos.

—¿Y no hay unas horas de visita? —continué.

Y volvió la respuesta predecible, educada:

—Lo siento, pero en el caso de niños tan pequeños no tenemos un horario de visitas establecido. Lo cierto es que nos parece que causan más inconvenientes al personal y a los pacientes de lo que podemos aceptar. En serio, señora Stacey, debe entender que no tiene ninguna utilidad práctica visitar a una criatura tan pequeña, que se adaptará mucho más contenta si no la ve a usted. Le sorprendería ver lo pronto que se adaptan. Las madres nunca nos creen, pero sabemos por experiencia la razón que tenemos al poner esta norma.

No me gustó cómo sonaba aquello de «adaptarse»: me sugería que se aletargaban y se amodorraban, tal como recordaba haber leído en *The Times*. En su corta vida, Octavia nunca había tenido que adaptarse, y no quería que empezara a hacerlo precisamente entonces. En las últimas veinticuatro horas ya habíamos tenido que sufrir la separación más larga de nuestra vida, y empecé a ver que ésta se alargaba, que se prolongaba indefinidamente. Además, como no me permitían ver a la niña, empecé a sospechar que no me estaban diciendo toda la verdad sobre su recuperación: ¿había ahora algo demasiado espantoso en su pequeña fisonomía para que yo la viera? Expresé en voz alta este temor, sintiendo que tendría efecto y que, al menos, sería apreciado.

—Hasta que no la vea no me puedo creer que todo ha ido bien —dije—. Sencillamente no me lo creo.

La señorita de blanco se dio cuenta de por dónde iba.

—Señora Stacey —dijo, alzando la vista y enfrentándose directamente, con una franqueza de mujer a mujer, a mi angustiada mirada—, debe creerme cuando le digo que le he dado toda la información de que disponemos sobre su hija. No estamos intentando ocultarle nada. El doctor Protheroe expresó su satisfacción personal por el resultado de la operación y dijo que vendría hoy por la mañana para seguir la evolución de la pequeña. Si quiere ver su informe, aquí lo tiene.

Y entonces separó una hoja del archivador etiquetado como «Sólo para uso del personal médico» y me lo puso delante. Yo le eché un vistazo, pero vi que consistía en un montón de tecnicismos y no intenté leerlo. Me sentí mejor, sin embargo, después de que me dejara verlo, pues ella no sabía hasta que punto llegaba mi ignorancia y, por consiguiente, no podía confiar en que no entendería nada. Para entonces, era fácil deducir por su expresión que consideraba que yo no era sino otra pesada que le estaba haciendo perder el tiempo y, como a mí no me gusta ese papel y estaba claro que no iba a llegar a nada por ese camino, decidí que lo único que podía hacer era irme dignamente, y fue lo que hice.

—Está bien —dije—. No se preocupe; tiene usted razón. Estoy segura de que la pequeña estará perfectamente atendida; sencillamente quería verla, pensaba que me echaría de menos. Pero quizá tenga usted razón, tal vez no sea lo mejor para ella verla tan pronto.

Cogí el bolso y me preparé para marcharme. Ella salió de detrás del mostrador y me abrió la puerta, y ya estaba en el pasillo, cuando la oí decir que tal vez dentro de quince días podría visitar a la pequeña. Estuve a punto de volverme y contestarle, pero me faltaron las fuerzas, así que seguí avanzando por el pasillo y salí de edificio. Había llegado a moverme por el hospital como si fuera mi antiguo instituto, o mi *college* de Cambridge o el mismo Museo Británico.

No esperaba que me dejaran quedarme todo el día, y había ido preparada para irme luego a trabajar a la biblioteca, con la idea de volver por la tarde. Me dirigí mecánicamente al Museo Británico y pasé una o dos horas intentando comprobar los datos de dos notas al pie insignificantes, pero no era un trabajo que pudiera tenerme la cabeza ocupada y, hacia la hora de comer, ya no pude más. Mi tesis estaba prácticamente terminada y de alguna manera me desagradaba la perspectiva de entregarla y leerla por lo que conllevaba de volver a pensar en lo que iba a hacer y de iniciar nuevos proyectos. Bajé a la cafetería a tomarme un bocadillo y un café, y mientras comía, en silencio, me dije que tendría que estar agradecida, que no debería preocuparme por tener que pasar quince días sin ver a la niña, que las normas eran las normas, que tendría que estar agradecida, en lugar de poner pegas. Pero, cuanto más me decía todo esto, menos convencida estaba, pues me bastaba con pensar en mi pequeña despertándose solita para que todas esas ideas me parecieran una montón de tonterías irrelevantes. Y, cuando me terminé el café, me levanté, metí los libros en la bolsa y me dirigí al hospital.

Era la hora de comer, y no vi a la señorita de blanco. Había un par de enfermeras atendiendo su despacho, y me dijeron que no volvería hasta las dos.

—Da igual —dije—. No era a ella a quien quería ver, sino a mi pequeña. ¿Me llevaría una de ustedes a verla? Está en la sala 21G. Octavia Stacey se llama.

Las dos enfermeras se miraron, nerviosas, como si se encontraran ante un caso clínico.

—En esa sala no están permitidas las visitas —dijo una de ellas, con una cortesía

tímida, propiciadora, amable, de esa manera en la que se habla a los enfermos o a los locos.

—La verdad es que no me preocupa si está o no permitido —dije—. Si me indican dónde está, puedo llegar yo sola, y ni siquiera tendrán que decir que me han visto.

—Lo siento, pero no podemos hacer eso —dijo la otra cuando la primera que había hablado se quedó callada.

Al igual que su amiga, tenía un tono de voz tímido, indeciso, y me pareció perverso continuar con mi argumentación. Pero continué: les dije que no tenía intención de irme sin ver a mi hija, que no creía que fuera a perturbarla en lo más mínimo, sino que, más bien al contrario, le daría una alegría, y me la daría a mí, todo lo cual era deseable en todos los sentidos, y que, si no me indicaban el camino, iría y lo buscaría yo misma.

Las dos dijeron al unísono que no, que no podía hacer tal cosa, y sus voces se endurecieron y de la timidez y el azoramiento personal pasaron a adquirir el peso de la autoridad. Las respaldaba todo el edificio, lo sabían, y a mí no me respaldaba nada, excepto mi empeño. Nunca se me ha dado bien conseguir lo que quiero; todo en mí me aconseja abandonar al primer asomo de oposición. Y, sin embargo, esta vez, me parecía que no sería la única que perdería: Octavia estaba ahí al lado, esperándome. Ya no era cuestión de lo que yo quisiera: esta vez había alguien más. La vida ya no volvería a ser nunca una sencilla cuestión de negarme a mí misma.

—Tengo que verla —repetí—. Si ustedes no me dejan, vayan a buscar a la jefa de enfermeras o a la supervisora, o como quiera que se llame. Vayan a buscármela. O me quedaré aquí esperando hasta que aparezca.

—No volverá hasta las dos —dijo una.

Y entonces la otra añadió:

—No puede esperar aquí, no está permitido esperar.

—¿Qué quiere decir con que no está permitido esperar? —dije muy enfadada y sufriendo en gran medida a causa de mi nuevo nivel de autoafirmación, por leve que fuera todavía—. ¿Quién dice que no está permitido? ¿Quién dice que no puedo esperar?

—La jefa no recibe a nadie, en cualquier caso, a estas horas —dijeron—. Y dice que no se permite esperar a nadie.

Empezaron a parecer asustadas; me di cuenta de que iban a pasarlo mal si yo seguía allí cuando volviera la jefa de enfermeras. Me daban pena, pero no tanta como Octavia. Me senté y esperé. Pasados cinco minutos, una de ellas desapareció, tal vez en un intento de encontrar a alguien más persuasivo que consiguiera echarme, pero antes de que regresara, llegó la jefa, y la chica que quedaba tuvo que soportar sola toda su ira.

—Bueno, bueno, señora Stacey —se apresuró a decir no bien entraba con paso rápido—. Así que aquí la tenemos de nuevo. A ver, ¿cuántas veces le he dicho,

señorita Richards, que ésta no es una hora conveniente para las visitas? Lo siento, señora Stacey, pero ahora me es imposible hablar...

—Yo no estoy de turno ahora mismo —la interrumpió la señorita Richards, en tono quejumbroso—. Estaba acompañando a Mavis, y entonces Mavis se fue a buscar...

—Me importa poco quién se fue a buscar a quién —dijo la jefa, furiosa—. He dicho mil veces que mi despacho no es una sala de espera. Lo siento, señora Stacey, estoy demasiado ocupada para hablar con usted ahora. Señorita Richards, haga el favor de acompañar a la señora Stacey al ascensor. Si tiene algún comentario que hacer, debe...

—No tengo que hacer ningún comentario —dijo—. He venido a ver a mi hija.

Ahora me sentía mejor; lo había pasado mal preocupando a aquellas dos pánfilas enfermeritas, cuyo azoro por la situación había sido casi tan grande como el mío. En la jefa, sin embargo, percibía el tipo de voluntad contra la que se puede luchar: afirmarse no la atormentaba, sino, bien al contrario, parecía depararle placer, y esto me daba la libertad de afirmarme yo también.

—Ya se lo dije esta mañana —dijo la jefa de enfermeras—: es imposible hacer excepciones con respecto a las visitas.

—Igual me da lo que me haya dicho —le respondí—. Quiero ver a mi hija. Si no me lleva hasta donde está, buscaré yo la forma de llegar. Supongo que no la tienen bajo llave, ¿no?

—Señora Stacey, está comportándose usted de una forma nada razonable y tengo que pedirle que salga inmediatamente de mi despacho.

—No me iré —dijo—. Y lo mejor que puede hacer usted es llevarme a donde está mi hija, no quiero verme obligada a ir de un lado al otro del hospital, molestando a todo el mundo hasta encontrarla.

—A ver, a ver —dijo la señorita de blanco—. Éste no es lugar ni momento para histerismos. Todos debemos estar agradecidos de que su hija...

—Agradecida —dijo—, estoy de lo más agradecida. Admiro este hospital, admiro el trabajo que hacen, soy una gran defensora del Servicio Nacional de Salud. Pero ahora quiero ver a mi hija.

Se acercó a mí y me agarró del brazo y empezó a empujarme suavemente hacia la puerta: he pasado una parte importante de mi vida inteligentemente empeñada en entender la ignorancia y al instante reconocí su expresión. Me compadecía y al mismo tiempo estaba asombrada. Dejé que me condujera hasta la puerta, sintiéndome incapaz, al principio, de oponer resistencia a la sensación física de propulsión, pero cuando llegamos a la puerta dije:

—No, no me voy a ir. Me voy a quedar aquí hasta que cambie usted de opinión.

—No pienso hacerlo —dijo ella, y volvió a agarrarme por el codo y a empujarme.

Yo me resistí. Nos quedamos quietas un instante; yo no daba crédito a que pudiera darse una forma de violencia física, pero, por otro lado, no veía qué otra cosa

podía hacer sino resistirme físicamente. Así que, cuando ella empezó a empujar de nuevo, yo me puse a chillar. Chillé a pleno pulmón, cerrando lo ojos y oyendo, completamente asombrada, el ensordecedor escándalo que llenó mi cabeza. Una vez que hube empezado, no podía parar: me quedé paralizada, chillando, mientras me sacudían y me decían a gritos que estaba molestando a todo el mundo.

—Me da igual —grité, encontrando al fin palabras para esa pasión impronunciabile—. Me da igual, me da igual, todo el mundo me da igual, me dan igual, me dan igual.

Por fin consiguieron que me sentara, pero yo seguí gritando y protestando sin abrir los ojos; pese al ruido, oía que sucedían cosas, gente que se acercaba y que se alejaba, alguien me dio una bofetada, alguien trató de ponerme una toalla húmeda en la cabeza, y todo el tiempo yo no dejaba de pensar que tenía que seguir haciendo aquello hasta que me dejaran ver a mi hija. Dentro de mi cabeza todo era rojo y negro y ardiente, recuerdo, y también recuerdo la claridad de mi conciencia y la ferocidad de mi emoción, y yo misma cargando con las dos cosas, yo misma no era ni la una ni la otra, sino quien cargaba con ambas, sin romperme en dos. Pasado un rato, oí a alguien gritando por encima del estruendo de mis chillidos:

—¡Por Dios! Díganle que puede ver a su hija, que alguien intente decírselo.

Y al oír estas palabras paré al instante y abrí los ojos y contemplé el silencio confuso y angustiado que se había hecho a mi alrededor.

—¿Ha dicho que podía ver a la niña? —pregunté.

—Pues claro que puede —respondió el doctor Protheroe—. Claro que puede ver a su hija. No me puedo imaginar por qué habrían de impedirle verla.

Miré al círculo boquiabierto que me rodeaba, cuya composición había cambiado considerablemente desde que lo había visto por última vez: el mismo Protheroe parecía muy agitado y pálido de ira; la enfermera jefe estaba sentada en un rincón, llorando y secándose las lágrimas con un pañuelo, las enfermeras estaban anonadadas, y había otro par de hombres que también parecían muy enfadados. Era como si hubiera abierto los ojos a toda una narración contenida en una sola imagen, una narración en la que yo no había tenido parte: la habían interpretado entre la enfermera jefe y los demás, eso parecía bastante claro, y ella había perdido y estaba ahora sufriendo su derrota. Nada de aquello tenía que ver conmigo, me pareció, y cerré lo ojos, con hastío, porque no quería saber más. No me interesaba su historia. Me parecía que me traían sin cuidado sus conflictos, que ya no podía soportarlo más: me bastaba con haber logrado mi propósito.

—¿Puedo ir ya a ver a mi hija? —pregunté.

—Sí, yo la acompañaré —dijo Protheroe.

Y yo me puse en pie, y él me tomó del brazo y me condujo por el pasillo. Para mi sorpresa, me di cuenta de que necesitaba apoyarme en su brazo, porque me fallaban las rodillas y me latían las sienes, unas sensaciones bastante extrañas para alguien como yo, que siempre había parecido y, además, me había sentido, fuerte como un



caballo, como solían decir mis padres. Pasamos por varios tortuosos pasajes, empujamos varias puertas batientes, subimos y bajamos varios tramos de escalera, mientras intentaba en vano memorizar el camino, como Teseo en el laberinto, y finalmente entramos en una larga sala, dividida en cubículos, que estaba llena de niños de corta edad. Los cubículos debían de estar insonorizados, porque, cuando llegué al de Octavia, no oí nada hasta que abrieron la puerta, y entonces sus tristes gemidos, que enseguida reconocí, me llegaron a los oídos instantáneamente. Estaba en una cuna muy parecida a aquella en la que había pasado los primeros días de su vida y llevaba el mismo tipo de faldón hospitalario, pero esta vez estaba atada. Me quedé en el umbral, embargada de emoción, y la pequeña volvió la cabeza hacia mí, y yo me asusté por si se ponía a llorar aún más amargamente, o no me reconocía, pero en lugar de ello, dejó de llorar, y yo me acerqué y esa sonrisa suya encantada y encantadora le llenó la carita. No dejaba de sonreír; no podía moverse, pero seguía sonriendo, y me acerqué a ella y le acaricié la mejilla y su sonrisa se hizo aún más grande. Vi que me había perdonado por nuestro día de separación, y esa generosidad me pareció sorprendente, porque yo no soy así de generosa. Soy justa, pero no generosa.

Me quedé con ella el resto del día, y ayudé a darle de comer y la vi dormir y la vi despertarse y la vi llorar, porque lloró, claro, pero de dolor y de desasosiego y de aburrimiento, no porque la abandonaran. Protheroe, que tuvo que dejarme cinco minutos después, me había dejado dicho que me buscarían una silla y que me dejarían entrar el día que quisiera, que comiera en la cantina del hospital. Le pregunté, cuando no había nadie delante, si aquél era un tratamiento preferente, y si me lo daban por el jaleo que había armado o porque él era amigo de mi padre: me respondió que no me estaban tratando mejor que a otra gente, que la política del hospital era admitir a las madres con niños pequeños, que la política de la nación era la misma, pero que el factor humano intervenía.

—Nuestros edificios han envejecido —dijo—, igual que nuestro personal. Y no nos queda más remedio que apechugar con ello.

—Pero admítalo —dije yo—. Me dejaron entrar porque armé una buena. Otras madres no lo consiguen, ¿no?

—No todas lo quieren —respondió—. No todas disponen del tiempo. Algunas tienen familias que atender. Yo, en tu lugar, no pensaría en ellas. Piensa en ti.

Así que pensé en mí y seguí yendo, a pesar de todas las que no podían ir. No les gustaba verme allí, y no me pusieron ninguna silla, pero me dio igual, y cuando la busqué y no fui capaz de encontrar ninguna, me senté en el suelo. Se estaba muy tranquilo, y la pequeña dormía la mayor parte del tiempo, y yo leía y me aburría de la misma manera en que normalmente se aburre una. La jefa de enfermeras, la señorita Watkins, no me hablaba, tan profundo era su resentimiento por lo que había tenido que pasar por culpa de mi inocente intervención, pero el remordimiento que sentía siempre que me la cruzaba era mucho más leve que otros que pudiera recordar. Hacia

el final, sin embargo, por más que lo intentaba, ya no podía ahogar la conciencia de la existencia de los otros pequeños, que lloraban calladamente, sin que nadie los escuchara, tras las puertas de cristal, o estaban como en un estado de amodorramiento en el otro extremo de la larga sala, sin la protección de cubículo alguno. En esa parte del hospital sólo había niños de cuna; sí vi algunos niños mayores en mis recorridos hacia la cantina, y algunos parecían en mejor situación, leían y jugaban y se gritaban unos a otros. También tuve algunas visiones terribles e incluso de vez en cuando me dejaba llevar por la espantosa fantasía de que estaba contenta de que la enfermedad de Octavia, por grave que fuera, no hubiera arruinado su belleza. Pero esto no era más que una fantasía, pues ¿quién no habría soportado un labio leporino? Antes de que naciera Octavia, solía pensar que el amor guardaba alguna relación con el mérito y la belleza, pero entonces me di cuenta de que no era de ningún modo así.

Debía de ser el lugar más triste del mundo, aquel hospital. Intentaban aliviar un poco la impresión con la decoración, porque había frisos de conejitos en las paredes, y de vez en cuando alguna enfermera particularmente entusiasta venía y charlaba conmigo un rato y le ponía unos ositos delante a Octavia. Pero a ella no le interesaban nada los ositos de peluche, estando en esa fase en la que sólo juegan con objetos duros, que puedan morder, o con papeles; la enfermera, sin embargo, no reparaba en ello. Me parecía que llevaba semanas en el hospital, porque Octavia estuvo ingresada bastante tiempo, y durante esas semanas sólo vi a otra madre; nos encontramos dos veces a la entrada de la sala, y la segunda vez fuimos juntas, más o menos por casualidad, hasta la cantina, donde, tras unas breves y aguadas sonrisas, nos sentamos con nuestros té en la misma mesa. No parecía que hubiera muchos temas sobre los que entablar una conversación trivial, pues cualquier pregunta, por baladí que pudiera parecer, en aquellas circunstancias podía despertar tragedias latentes e inoportunos temores, así que acabé preguntándole:

—¿Cómo te las apañaste para que te dejaran entrar?

Quería hablar con ella, pues parecía una mujer simpática: mayor que yo, con una melena rubia peinada con raya al medio y las puntas ligeramente hacia dentro y con un abrigo gris con cinturón y cuello de piel. Su cara era una de esas caras suaves, de barbilla redonda y mejillas largas, sin ángulos ni aristas, pero, sin embargo, bien proporcionadas, memorables, con una especie de mullida tranquilidad. También parecía que podía hablar, y yo ya estaba harta de mi inacabable batalla con la oficialidad y la dificultad de todo el mundo para expresarse.

—¡Oh, no fue muy difícil! —dijo—. Les obligué a que me lo pusieran por escrito antes de ingresarlo, a que me pusieran por escrito que podría venir a visitarlo. Entonces lo único que hay que hacer es enseñarles el documento.

—¡Qué previsora! —dije—. Yo tuve que ponerme histérica.

—¿En serio? —Sonrió, impresionada—. Y funcionó, ¿no?

—Evidentemente.

—Yo siempre tuve miedo de que si armaba un escándalo de verdad, tampoco me

dejarían entrar, porque me dirían que no estaba en situación de ver a los niños. Temía que me ingresaran a mí también.

Yo pensaba que en mi caso también había tenido muchas probabilidades de que hicieran eso mismo, y se me vino a la cabeza lo que le habían dicho a Lydia, que no podía abortar porque eso le produciría un desarreglo psicológico: los grados de locura eran una cuestión muy delicada, al parecer, lo mismo que los grados de responsabilidad.

—En cualquier caso, tú no tuviste que montar un número. Lo hiciste como es debido. Yo no me di cuenta de cómo iba a ser; de haberlo sabido, también habría hecho algo antes, quizá.

—La primera vez no te das cuenta —dijo—. No tienes ni idea. Con el primer niño no me dejaron entrar. Tuve que pedirle a mi marido que escribiera una carta.

—¿Y funcionó?

—Sí, claro que funcionó. Mi marido tiene ciertas influencias aquí, ya sabes. Conoce a alguien. No sé qué habríamos hecho sin esas influencias.

Esbozó una sonrisa, y me di cuenta de lo cansada que parecía.

—Pero ¿cuántos niños? —pregunté—. ¿Más de uno?

—Éste es el segundo que ingresan. Mi segundo hijo.

Se produjo un silencio: esperaba, tal vez, que le preguntara qué les pasaba, pero yo no quise hacerlo y vi que eso la alivió, porque continuó:

—Los dos padecen de lo mismo. Así que esta vez sabía lo que iba a suceder, hacía años que lo sabía. Pero eso lo hace aún peor. La gente dice que es mejor saberlo, pero es peor.

—¿Y por qué lo has traído aquí, sabiéndolo?

—¿Por qué? Porque es el mejor sitio, como quizá sepas. Te lo han dicho, ¿no?

—Sí, sí me lo han dicho, pero pensaba que lo decían de todos los hospitales.

Volvió a esbozar una de esas sonrisas graves, lentas y líquidas, no una sonrisa de alegría, sino de cansada buena voluntad.

—No, qué va. En este caso, lo es de verdad. Tienes suerte. Son unos médicos maravillosos los de aquí. ¿Es tu primero, no?

—Sí, así es.

—Te deseo suerte con el segundo —dijo, acabándose la taza de té.

—No voy a tener más —dije.

—Eso mismo dije yo. Decían que no era probable que sucediera dos veces. Y luego me dijeron el porcentaje de probabilidades. No es que me importe. Habría hecho lo mismo, en cualquier caso.

—Pero ¿cómo? —dije—, ¿cómo lo soportas?

No quería decir esto, pero lo dije sin querer y luego pensé que por qué no me había callado, porque su trato, aunque amable, había sido impersonal, una especie de distante solidaridad humana, más que interés personal. No le molestó, sin embargo. Parecía acostumbrada a que se lo preguntaran.

—No lo soporto —dijo, y cogió la cuchara y se puso a revolver las hojas de té al fondo de la taza, mirándolas fijamente, como si su destino se encontrara realmente inscrito en ellas, empapado y pardo, y el movimiento de una cucharilla de metal barato pudiera modificarlo—. Al principio fingía que no me importaba, me reía con los amigos y subestimaba su gravedad cuando hablaba con la familia, ya me entiendes. Es extraordinario ese impulso a quitarle importancia a las cosas. Pero terminé hartándome. Me harté de fingir que no era nada sólo para que los demás no sufrieran. Ahora ya me da igual quién vea que sí estoy preocupada.

Se calló como si hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Yo tampoco dije nada, sobrecogida por aquel testimonio de desdicha prolongada. Pero todavía había algo en mí que protestaba, que me decía que no era posible que un mero accidente de nacimiento, un leve error de apreciación de una parte de un órgano moldeara e inmovilizara y sojuzgara de tal manera a una naturaleza que podía crecer así, combada y grácil, por el único muro soleado de dignidad que le habían dejado. Pues, sin duda, llevaba su dolor magníficamente: se ahorra a sí misma y les ahorra a quienes la conocían la carga suplementaria de la fealdad que suele acompañar a buena parte de él.

Guardamos silencio unos instantes, y yo no tenía intención de decir nada más, pero pasado un rato, mi naturaleza retornó, incesante, a aquello que la inquietaba, como un perro que vuelve a un hueso viejo y desprovisto de alimento. No pude evitar preguntarle, sin esperar respuesta alguna, sabiendo como sabía que no la hay, pero me pareció que aquella mujer al menos entendería la pregunta.

—¿Y entonces que pasa con todas las demás?

—¿Las demás? —dijo ella lentamente.

—Las demás —dije—. Las que ni siquiera consiguen entrar. Las que no tienen medios. Las que no tienen influencias. Las que no se atreven a ponerse histéricas.

—¡Ah, ellas! —dijo.

—Sí, ellas. ¿Y ellas, qué?

—No lo sé —respondió, hablando todavía lentamente, con la mirada baja—. No lo sé. No veo qué puedo hacer por ellas.

—Pero ¿no te preocupan? —dije, sin querer molestarla, pero incapaz todavía de desistir.

No sin dificultad, asimiló la pregunta. Empezó a hablar, y yo esperé su respuesta con un entusiasmo absurdo.

—Antes me preocupaban —dijo ella—. Cuando empecé con todo esto, me preocupaban sus hijos tanto como los míos. Y me consolaba diciendo que nadie sentía lo que yo sentía. A ellas les da igual, me decía, o harían lo mismo que yo. Pero eso no es así, por supuesto.

Me miró buscando confirmación, y yo asentí, porque estaba de acuerdo con lo que había dicho.

—Claro que no les da igual, claro que se preocupan —continuó—, pero ellas no

se meten de lleno, como me meto yo. Con el paso del tiempo, sin embargo, después de años de esto, empecé a pensar que, a fin de cuentas, no era asunto mío. Y no lo es, como sabes. Me preocupan mis preocupaciones, y ahí se acaba. No tengo energía suficiente para andarme preocupando por los hijos de otras personas. No tienen nada que ver conmigo. Sólo tengo tiempo para preocuparme por mí. Si no me pusiera a mí y a los míos antes, no sobrevivirían. Así que los pongo antes, y los demás que se cuiden de sí mismos.

Terminó de hablar; no tenía más que decir. Inevitablemente, a mí me conmovió casi hasta las lágrimas, porque es muy raro encontrarse con alguien que responda así a mi pregunta. Había hablado con suavidad: creo que fue eso lo que más me conmovió. Había oído expresar estas mismas opiniones otras veces, pero siempre acompañadas por una sardónica risita de culpabilidad al pensar en quienes han de quedar desatendidos, o por ese enérgico desprecio que muestra el Partido Conservador por los ignorantes, o incluso por la estrechez de miras de quienes se dan aires de orgulloso realismo. Nunca las había oído expuestas así de suavemente, como producto de una triste necesidad. Vi lo que quería decir; y vi, en ella, lo que querían decir todos los demás. Creo que no contesté, y, un rato después, se puso los guantes y se levantó.

—Adiós —dijo.

—Adiós —dije yo.

Y se fue.

Como una semana después, me pude llevar a Octavia a casa. Para entonces ya estaba muy contenta y, de nuevo, se movía bastante; parecía que la dura experiencia que había pasado no la había afectado, dejando aparte que había perdido peso. La mañana que le iban a dar el alta, llegué con una maleta llena de ropa; llevaba días deseando vestirla con algo que no fuera los pijamas blancos que le proporcionaban en el hospital. De hecho, me había entretenido durante las largas horas que había pasado a su lado haciéndole algunos vestiditos nuevos. En la escuela había aprendido a bordar nido de abeja, una habilidad que nunca había pensado en poner en práctica, pero no me gusta desaprovechar nada y le había hecho varios vestidos preciosos en viyela de diferentes tonos, todos oscuros y de lo más elegantes. Estaba muy satisfecha de ellos. Era más productivo que hacer puzles, ya que me ahorraba un buen dinero, al tiempo que satisfacía la necesidad de hacer algo mecánico, con las manos, que, de otro modo, se ocupaban de cosas como desgarrarme las cutículas o arrancar trocitos de mimbre del asiento que había terminado procurándome. La vestí con mi obra maestra para llevarla a casa: un vestido azul marino con un nido minúsculo. Estaba encantadora con él y saltaba de contento en mis rodillas. Le di la mano a todas las enfermeras, incluso a la jefa, que parecía encantada de verme marchar. Me metí en el taxi y dejamos atrás el hospital: me acordé de la última vez que las dos habíamos salido del hospital de esta forma, cuando ella tenía sólo diez días. Esta vez ya no era tan ingenua para creer que nunca más tendría que volver, porque sabía que en el

mejor de los casos teníamos las dos toda una vida por delante de pruebas y reconocimientos, y, sin embargo, me parecía que era más feliz y más afortunada en esta ocasión que entonces.

Era media tarde; debido al curioso sistema de calles de una sola dirección, la manera más rápida de llegar a mi casa era rodeando Queens Crescent y luego torcer a la derecha en Portland Place. Era un día claro y luminoso, y conforme pasábamos por delante del edificio curvo del Crescent, tan definido y formal, tantas veces demolido y reconstruido, pensé de pronto que tal vez era capaz de echármelo todo encima y sobrevivir. Alguna vez lo había pensado estando con unas copas de más, pero nunca sobria: hasta ese momento había estado convencida para mis adentros de que demasiadas preocupaciones terminarían por pudrir mi naturaleza matando toda esperanza de fructificar o incluso de florecer. Pero en ese momento, aunque fugazmente, me pareció que podía con lo que me había tocado. Por primera vez desde que naciera Octavia, tuve la sensación de que era lo bastante competente. Como al santo Job, me habían amenazado con lo peor, y, al igual que el santo Job, había mantenido el tipo. Había aprendido algo de la vida, y en adelante toda la felicidad que me llegara se basaría en los hechos y no en la esperanza.

Cuando volvimos a casa y nos instalamos, descubrí que nuevos motivos de ansiedad vinieron a sustituir de inmediato a mi alivio inicial. Lo había previsto, por lo que no me pilló desprevenida ni me alarmé, pero habría sido estupendo haber tenido un tiempito libre de preocupaciones. Como ya no me preocupaba la vida inmediata o la muerte, los detalles menores de salud empezaron a obsesionarme: me habían avisado de que la menor infección sería de momento peligrosa para la pequeña y de que cualquier catarro o rasguño debía ser tratado inmediatamente con antibióticos. Así pues, me pasaba el día observándola, llena de ansiedad, y apenas me atrevía a dejarla al cuidado de la señora Jennings, pese a que a ella le encantaba tenerla. Todas las preocupaciones normales de la maternidad se ampliaron en mí horrorosamente, y por la noche tenía pesadillas.

También empecé a preocuparme por dónde iba a vivir cuando volvieran mis padres. Me escribían una vez al mes, y en sus cartas siempre hacían vagas referencias a que volverían para Navidad: al no conocer mi situación, claramente no creían que fuera necesario dar más detalles. Yo no había hecho ningún plan: no entraba en mi carácter tentar al destino buscando casa para mí y para una pequeña que podría no existir para entonces, que muy bien podría suceder que para Navidad fuera como si nunca hubiera existido. Sin embargo, parecía que iba a seguir existiendo y que yo no iba a poder entregarles a mis padres un piso desolado, cuidadosamente vaciado de pañales, patucos, patitos de plástico y botellas de zumo de naranja. La otra posibilidad sería no cambiarme de casa. Siempre podría quedarme, afrontar la situación y preguntarles si podía seguir viviendo allí. Habría espacio y ellos habrían

aceptado. Pero no formaba parte de mi carácter pedir este tipo de favores, y, en cualquier caso, no me habría gustado vivir con ellos, pese a todas las ventajas. Teniendo que pagar un alquiler, mi situación económica sería bastante grave: cuando traje a Octavia a casa, hice un gesto a favor de la acción y escribí a todos los amigos que trabajaban en revistas, a la empresa de educación para la que había trabajado dando clases particulares y a varias agencias educativas, en busca de más trabajo.

Pero resultó que no tenía por qué haberme preocupado. Al final de la primera semana de diciembre recibí una carta de mi padre diciéndome que habían decidido aceptar una invitación del gobierno indio y pasar todo el año que comenzaba en aquel país. «Como las fechas están tan próximas —decía— pensé que por qué no seguir directamente, y no pagar un billete de regreso a Inglaterra. Nos apenará, claro está, no veros a ti y a Beatrice y los niños, pero parece que todos estáis muy ocupados y contentos, y os desarrolláis muy bien sin nosotros, de eso no me cabe duda». Cuando leí esto, me invadió una sensación de alivio por lo que tenía de inesperada prórroga. Me habían concedido todo un año de gracia, y quién sabe lo que podría suceder en un año. En primer lugar, mi tesis estaría terminada y leída, y con un poco de suerte tendría un contrato de alguna universidad importante con el que enfrentarme a todo, además de una hija. Continué leyendo la carta, sin intención de ocultar el alivio que sentía; mi padre continuaba hablando de su trabajo en África, de los problemas con los que se habían topado, del clima y luego, como de pasada, en el último párrafo, casi en la última frase, decía: «Me escribió nuestro viejo amigo Dick Protheroe la semana pasada y me decía que te había visto últimamente». Nada más. Sólo eso. Después de este revelador comentario, sin decir nada más, se despedía y firmaba de la manera acostumbrada: «tu papá».

Me quedé mirando la carta un rato, intentando seguir sus implicaciones. No me cabía la menor duda, aunque para otros no fuera tan evidente, que el doctor Protheroe les había contado a mis padres toda la historia de la existencia de Octavia, de su enfermedad, y que con este comentario aparentemente casual mi padre quería hacerme saber que lo sabía todo. El hecho de que se hubieran enterado no era especialmente sorprendente en sí mismo: las noticias llegan a todos los sitios, incluso a África, y antes o después se habrían enterado. En cierto sentido, más me sorprendía que hubieran estado tanto tiempo *in albis*: eso demostraba que ni Beatrice ni Clare se habían ido de la lengua. La discreción de Beatrice no me sorprendía tanto, pues es un rasgo familiar, pero con Clare tenía mis dudas y también con diversos conocidos que había visto a veces pasando en coche a mi lado o en la cola de algún cine. Sin embargo, la misión de delatarme había quedado para el doctor Protheroe, que la había considerado un acto honorable.

Cuando observé las consecuencias de su delación, no fui capaz de lamentarlo. Pues, por extraordinario que pueda parecer, estaba convencida, y aún lo sigo estando, de que mis padres decidieron ir a India y se abstuvieron de venir a Inglaterra antes en gran medida porque no querían perturbar mi orden doméstico. Objetivamente, veo

que es muy raro leer algo tan intencionado en lo que escribió mi padre; sin embargo, conociéndolos, estoy segura de que tenía razón. No deseaban causarme dolor, desasosiego, ni causárselo a sí mismos, ni que su regreso supusiera para mí un lío en ese momento, así que en lugar de venir se fueron a India. También creo que deseaban que lo comprendiera, o de lo contrario se habrían ido, sencillamente se habrían ido, sin mencionar a Protheroe. Su nombre estaba allí para explicarme los motivos de su partida: puede que como el más leve de los reproches, pero más probablemente como una indicación de la seriedad de su intención. Su reacción me pareció de lo más natural, pues soy su hija, pero he especulado largamente sobre si estuvieron o no acertados con su decisión. Ese tacto, esa manera de retirarse, ese hacerse a un lado. Ese temor a causar dolor, esa buena disposición para recibir y aceptar el sufrimiento. Es una moral, es cierto, una moral que tiene una larga tradición en Inglaterra, es más, es mi moral, me guste o no. Pero hay algo en mí que me impide aceptarla, y cuando ese algo tiene que hacerse valer, el resultado es violencia, fealdad, gritos, y Dios sabe qué más.

De niña, soportaba cualquier inconveniencia con tal de no ofender a nadie. Me comía cosas que aborrecía, me congelaba de frío en salas de estar sin calefacción, me asaba bajo secadores de pelo al rojo vivo, tomaba cafés en tazas sucias, desportilladas, antes que ofender a mis anfitriones, a los camareros, a la peluquera. Para mí, el sufrimiento de crear problemas era mayor que todo lo que se pudiera hacer a mí. Pero, al hacerme mayor, me doy cuenta de que he cambiado un poco a este respecto. En parte se debe a que, con Octavia, ya no me impongo a mí sola las penalidades: lo que acepto para mí, a ella también le afecta. Y así, me alegré de que mis padres se fueran a India: la comodidad física de su ausencia era mayor que la inquietud mental de considerar que habían tomado una decisión tan importante por mí. Hubo un tiempo en el que no habría sucedido así. Estaba sentada en la cocina con la carta todavía abierta sobre la mesa, delante de mí, y contemplé cómo crecía mi egoísmo y pensé que tal vez aquello era madurez. Mis padres no han dejado de ser niños, tal vez: piensan que pueden seguir siendo inocentes. O eso es una forma de considerarlo. Desde otro punto de vista, un punto de vista más carnal, más cálido, tal vez son tan peligrosos y crueles como aquel padre de Washington Square.<sup>[8]</sup>

Le conté a Octavia las buenas noticias, y ella sonrió, agitó los bracitos en la trona y me ofreció un trocito ensalivado de galleta en un conato de comunicación. Cuando decliné el ofrecimiento, lo tiró al suelo, y yo pensé, aliviada, que al menos tenía otro año para arreglar el desorden y la suciedad. La bajé de la trona y dejé que anduviera a gatas por el pasillo mientras iba a ver si estaba Lydia en casa; no la había oído llegar la noche anterior, pero, si estaba, quería contarle lo que decía mi padre y comentar con ella sus implicaciones morales. Llamé a la puerta, pero no hubo respuesta; como eran más de las diez, la abrí para ver si estaba, y no estaba. Volví a la cocina y lavé los cacharros y ordené un poco, y entonces fui al salón y saqué la máquina de escribir para escribir una reseña sobre un ensayo dedicado a la obra de Daniel Defoe que se



iba a publicar en una revista prácticamente desconocida. Era una tarea para la que no estaba muy bien preparada, y el caso es que tampoco me iba a resultar muy rentable si tomaba en consideración lo que ganaba por hora de trabajo, pues para reseñar aquel libro me había visto en la obligación de leerme las obras del propio Defoe. Tal era el grado de mi ignorancia sobre él que me leí entero el *Diario del año de la peste* sin darme cuenta de que era una obra de ficción y no una narración real de aquel terrible acontecimiento, lo que dice mucho de Defoe, pero muy poco de mí. Me molestó en extremo descubrir que no era, como se suele decir, cierta, y todavía más me molestó que me molestara, ya que siempre he mantenido que mi posición sobre la realidad y la ficción es más aristotélica que platónica. Acababa de escribir, y contar, mis primeras cien palabras, cuando me acordé de Octavia: la oía gorjear a media voz, toda feliz, en algún punto del pasillo, pero me pareció que era hora de ir a ver si estaba haciendo algo destructivo, como tirar de los hilos de la alfombra del recibidor, que estaba completamente deshilachada por los bordes. Para su edad era notablemente persistente en la destrucción.

Me causó gran consternación ver que estaba en el cuarto de Lydia, y que yo debía de haber dejado la puerta abierta, pues el cuarto de Lydia siempre estaba lleno de cosas peligrosas, como aspirinas, cuchillas de afeitar y frascos de tinta: me abalancé a cogerla y rescatarla, y la visión que tuvieron mis ojos al abrir la puerta de par en par hubiera hecho tambalearse a cualquiera. Estaba sentada en el centro de la habitación, de espaldas a la puerta, rodeada por un mar de papeles rasgados, esparcidos y chupeteados. Me quedé clavada en el sitio, observando la pequeña nuca, el cuellito fino, como un tallo florido con los rizos que le caían: de pronto soltó un gritito de contento y rasgó otra hoja de papel.

—Octavia —dije con voz espantada, y ella se sobresaltó, como pillada con las manos en la masa, y se volvió y me miró con una sonrisa encantadora y llena de reproche: vi que tenía en la boca una buena parte de la novela de Lydia.

La levanté del suelo y le saqué todos los trozos de papel y los dejé extendidos en la mesita de noche con lo que quedaba del manuscrito: las páginas 70 a la 123 habían sobrevivido. El resto estaba en fases varias de disolución: algunas páginas estaba enteras, pero completamente arrugadas, otras estaban rotas en grandes pedazos, algunas en pedacitos, y otras más, como ya he dicho, estaban chupeteadas. El daño, de hecho, no era tan grande como parecía a primera vista, porque los niños, aunque persistentes, no se esmeran; pero a simple vista era espantoso. No sabía por dónde empezar, así que no empecé: salí y cerré la puerta con firmeza, y luego me senté a pensar. En cierto modo, era la cosa más espantosa de la que yo me pudiera declarar responsable, pero, observando a Octavia gatear por el salón, buscando más trabajo para hacer, casi me eché a reír. Parecía absurdo tener esa pequeña extensión viva de mí misma, tan peligrosa, tan vulnerable, cuyos entuertos y ofensas había de penar yo sola. Era realmente un caso de cuando la mano derecha no ve lo que hace la izquierda, tanto para lo bueno como para lo malo. Que mi afilado cuchillo no vea la

herida que hace. Era consciente de lo terrible que era lo que había sucedido, especialmente cuando, tras mucho darle la charla, había logrado convencer a Lydia de la necesidad de tener su puerta siempre cerrada; y, sin embargo, si lo comparaba con la dulzura y la vitalidad de Octavia, no parecía tan terrible.

No se me ocurría qué decirle a Lydia cuando volviera. Me quedaba una posibilidad para hacerme pasar por inocente: podía fingir que ella había dejado la puerta abierta el día anterior antes de irse, pues lo más seguro es que no recordara todos sus movimientos con la suficiente claridad para discutirlo. Esto me absolvería hasta cierto punto: así sería culpable de no haber vigilado a la pequeña, pero no de abrir la puerta para que entrara. De muy pequeña, a veces, decía embustes así, porque la perspectiva de admitir la culpa me parecía intolerable: esto demuestra, tal vez, que temía más tener esta mancha en mi carácter que la propia falta. Cuando me hice algo mayor, el honor siempre me llevaba a confesar, y me di cuenta de que esta vez sería también el honor lo que me haría decirle la verdad. Intenté imaginar lo que diría. Me pregunté qué habría dicho yo si alguien hubiera hecho algo parecido con mi tesis. Estaba segura de que Lydia no hacía copias en papel carbón, porque recordaba oírle acusar a Joe, quien siempre hacía tres copias de todo, hasta de la correspondencia, de que eso no indicaba eficiencia, sino arrogancia. Intenté recordar si había dicho realmente que había acabado la novela o no: le había llevado su tiempo, bastante más de un año, porque el *affaire* con Joe le había entorpecido lo suyo. Por lo que había dicho la última vez que le había prestado atención cuando me había hablado del asunto, pensé que había llegado al último capítulo: me pregunté si este detalle la enfadaría más o menos. Nunca había llegado a confesar, dicho sea de paso, el argumento de la novela, y se me ocurrió que había un tanto de justicia poética en el hecho de que su historia sobre Octavia y yo hubiera quedado maltrecha a manos de la propia Octavia.

Me rondaba en la cabeza un caso histórico análogo a mi delito; escribí otras cien palabras sobre Defoe mientras intentaba recordarlo, pues sabía que eso me calmaría. Al final de las cien palabras, la pequeña empezó a gimotear, así que fui y la acosté para su sueñecito de media mañana, y, mientras la estaba bajando sobre los barrotes de la cuna, me vino de pronto a la cabeza. *La historia de la Revolución francesa*, de Carlyle: eso era. Le había dejado el manuscrito al malaventurado de John Stuart Mill para que le echara un vistazo, y la criada de éste lo había utilizado para encender el fuego. Todo el primer volumen había quedado completamente destruido, y tuvo que volver a escribirlo entero. Recordaba haber leído que Mill y su esposa habían tomado un coche de punto, y, honorablemente, se habían dirigido de inmediato a la casa de Carlyle a confesar la ofensa, pero nunca supe qué les había respondido Carlyle. Puede que la historia no haya registrado sus palabras. Este incidente siempre había capturado mi imaginación de una forma peculiar, tal vez porque parece la ilustración perfecta de esos daños inmensos causados involuntariamente a otros, en los cuales la culpabilidad del agente (descuido, sin duda, a lo sumo) no guarda relación con el

agravio declarado por el demandante. Siempre había pensado en lo que Mill le habría dicho a Carlyle y lo que éste le habría respondido: ahora lo había hecho yo, y lo descubriría.

Me pasé el resto de la mañana esperando con ansiedad el ruido de la llave de Lydia en la puerta: sus movimientos siempre eran impredecibles y podría haber aparecido en cualquier momento. Pero no apareció. Octavia y yo comimos en paz y sin nada que nos sobresaltara, y después de comer teníamos que salir a casa de una amiga que nos había invitado a tomar el té. No sabía si dejarle una nota a Lydia o que los hechos hablaran por sí mismos. Esto fue lo que terminé haciendo: no se me ocurría qué poner en la nota. Lo pasamos bien; mi amiga tenía un hijo más o menos de la misma edad que la mía, por lo que en su casa, a Dios gracias, no había ceniceros que pudieran romperse, estufas o chimeneas desprotegidas, originales de novelas y otros peligros por el estilo. Mi amiga había sido compañera mía en Cambridge y, para su gran contrariedad, se había quedado en esposa y madre; a mí me parecía que yo era la que tenía mejor situación de las dos. Tan contenta me puse tras una hora o así de charla literaria y maternal, y también de un poco de malicioso chismorreo, que incluso le conté, con gran fruición, la espantosa proeza de Octavia aquella mañana, y, se crea o no, las dos nos reímos con ganas. Sarah no dejaba, sin embargo, de estar impresionada por la gravedad del daño y, cuando hubo parado de reírse, expresó la debida preocupación por el difícil trance en el que me encontraba.

—¿Qué dirá? —me preguntó—. ¿Qué dirá? ¿Montará en cólera?

—Pues no lo sé —dije, sinceramente—. Nunca lo hace, pero tampoco conozco a tanta gente que monte en cólera. ¿No?

—No, yo tampoco, en realidad —asintió—. Conozco a gente que está rabiosa con otra gente, a sus espaldas, pero no conozco a nadie que lo manifieste. La única persona que me hace montar en cólera es mi marido.

—Si se enfada de verdad —dije—, puede que se vaya, y entonces no tendré con quién dejar a Octavia. Tampoco es que se quede tantas veces con ella. Pero siempre lo hace si consigo pillarla a tiempo.

—Si quieres que te diga la verdad —dijo Sarah—, creo que sería una buena cosa que se fuera. Entonces podrías alquilar la habitación, y tendrías un ingreso. Es ridículo que la dejes vivir gratis en tu situación.

—Supongo que lo es, en cierto modo. Pero no se enfadará tanto como para irse.

—Podría ser —dijo Sarah—. Nunca se sabe, podría ser que se fuera.

Octavia y yo volvimos en autobús, y no llegamos hasta la seis. Seguía sin haber señales de Lydia. Le di el biberón a Octavia y la acosté, y luego puse un concierto en la radio y me senté a esperar. Se me pasó por la cabeza que volviera con Joe, como sucedía a veces, lo que haría insoportable mi confesión, porque siempre me había enorgullecido de considerar a Joe desde una posición de dignidad y control. Y esto significaba mucho para mí, la seguridad de mi actitud. Justo pasadas las ocho, sin embargo, Joe llamó y preguntó si había vuelto Lydia; le dije que no y le pregunté si

esperaba encontrarla en casa. Y él me dijo que sí, y que tendría que estar a punto de llegar; que le dijera que pasaría a recogerla a las nueve, que estuviera preparada. La idea de su inminente llegada me dio pánico y para mi sorpresa me vi empezando a contar de nuevo la historia, esta vez a Joe. Él me escuchó en silencio, y cuando hube terminado, lo único que dijo fue:

—Pues buena la has hecho. Ya sabes lo inútil que es. Nunca va encontrar el momento de ponerse a pegar los trozos. Y detesta tener que volver a escribir lo que ya ha escrito.

—Nada de eso me consuela mucho —dije—. ¿Se enfadará mucho?

—¿Enfadarse? No, me imagino que no. ¿Voy inmediatamente y se lo digo y te agarro de la mano?

—No, no te preocupes, mejor se lo digo yo. Espero que esta noche vayáis a un sitio divertido, que la alegre y la distraiga.

—Vamos a una fiesta —dijo Joe—. Pero después de semejante tragedia, igual no le apetece ir. Si quieres, te llevo a ti.

—No creo que eso sea muy delicado —dije.

—No, claro que no. Bueno, pasaré a las nueve y me encargaré de recoger los platos rotos. Por favor, recuerda exactamente lo que diga para contármelo, ¿me harás ese favor? Puede que algún día lo utilice.

—Y yo —dije—. O puede que ella misma. Podríamos escribir todos un libro sobre el tema.

—Vale —dijo Joe—. Nos vemos dentro de un rato.

—Estupendo —dije, y colgué.

No podía obviar la impresión de que a Joe le había complacido claramente enterarse de aquel contratiempo profesional de Lydia; detestaba que nadie, excepto él, publicara nada, a no ser que recibiera unas reseñas atroces y viniera a arruinar la fama de su autor. Me pregunté, viendo aquello, por qué me gustaba. Porque me gustaba y me sigue gustando.

Lydia llegó a las nueve menos veinte. Entró con prisas, evidentemente apurada, asomándose al cuarto de estar sólo para decir que tenía que volver a salir enseguida. Angustiada, como si me fuera a dar un mareo, la seguí por el pasillo hasta su cuarto y en la puerta la detuve diciéndole con una voz que apenas me salía del cuello:

—Te llamó Joe.

—¡Ah! —exclamó, llevando la mano al pomo de la puerta—. ¿Qué quería?

—Me dijo que te dijera que vendrá a las nueve.

—¡Demonios! No me va a dar tiempo, lo sé —dijo y empezó a girar el pomo.

—Lydia —dije yo, llenándome de valor—, Lydia, hoy ha sucedido algo terrible. De verdad, terrible. No sé cómo explicártelo.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó volviéndose hacia mí al mismo tiempo que giraba el pomo y abría la puerta, revelando así el desparrame que había dentro, aunque sólo yo lo veía, ya que ella estaba vuelta hacia mí. Me di cuenta entonces de

que no tenía necesidad de verbalizar mi delito, me limité a señalar las hojas rotas y desparramadas, diciendo—: Mira. Sólo tienes que mirar. Lo ha hecho Octavia.

Y miró. Es curioso, pero, a cierto nivel, me causó satisfacción que se estremeciera de verdad. No dijo nada, sino que entró y se puso a inspeccionar los daños, cogiendo algunas de las hojas menos destruidas y colocándolas en la mesilla de noche, con una expresión de desconcierto. Luego, desistió de seguir recogiendo, pero no me miró.

—Lo siento —dije—. No te puedo decir lo disgustada que estoy. He tenido yo la culpa; esta mañana entré para ver si estabas porque quería decirte una cosa, y debí de dejar la puerta abierta. No lo recuerdo, pero tuvo que ser así. Y Octavia se coló. No tengo palabras para decirte cuánto lo siento.

Se sentó al borde de la cama, sin fuerzas. Por un momento, pensé que iba a llorar, pero no lo hizo. Y después de un largo silencio, dijo:

—¡Madre mía! Bueno, qué le vamos a hacer. Supongo que seré capaz de recomponerla.

—Cuando lo vi, preferí no tocarlo —dije—; pensé que sería peor todavía.

—¿Quieres decir que no lo miraste? ¿No leíste nada? —dijo, y pareció que se le animaba levemente la expresión.

—No, no —le aseguré—. Nada. Me limité a cerrar la puerta. Estaba horrorizada.

—Bueno, qué le vamos a hacer —dijo, arrodillándose entre los trozos, y continuó, en tono desenfadado—: Estoy segura de que la puedo recomponer. Y si tengo que volver a escribir algunos pedacitos, mejor para mí, porque las cosas siempre salen mejor la segunda vez; soy demasiado perezosa para hacerlo normalmente. Eso es. Lo más seguro es que me venga bien darle otra pasada.

Empezó a recoger los pedacitos, intentando ordenarlos numéricamente; yo la observaba desde el umbral. Pasados uno o dos minutos perdió la paciencia y dijo:

—¡Dios! Ahora no puedo pararme a recogerlo todo; tengo que cambiarme o llegará Joe y se enfadará conmigo. Tiene muy mal genio Joe.

Y empezó a desabrocharse la gabardina, se quitó la falda y el jersey y se dirigió al armario en combinación, buscando qué ponerse.

Ella podría haberlo dejado ahí, pero yo no.

—Lydia —dije—, he estado pensando que no debe de ser muy divertido vivir aquí con una niña pequeña gateando por todos lados, la cocina llena de biberones y de potitos, y oyéndola llorar por la noche, por no hablar de este espanto de cosas. ¿No crees que deberías cambiarte de casa?

—No lo había pensado —dijo Lydia, mientras sacaba del armario un extraño jersey dorado, como metálico, y se lo metía por la cabeza—. Apenas he notado a la niña, bueno, salvo cuando me he quedado cuidándola. Creo que es una ricura.

—Pero es un incordio —dije—. Y cuando empiece a caminar será aún peor. No podré mantenerla alejada de nada.

—¿Estás diciéndome que me vaya? —dijo Lydia, probándose una falda negra con flecos y descartándola a favor de una larga de lana color morado. Su combinación,

que en tiempos había sido amarillo limón, tenía un tono grisáceo y estaba llena de agujeros y carreras.

—No, claro que no —contesté—. Sólo pensaba que a lo mejor no querías seguir aquí. Nada más.

—Bueno, tendré que irme cuando vuelvan tus padres —dijo Lydia—. Pero hasta entonces, prefiero estar aquí. Me gusta. ¿Adónde iba a ir si no?

—Podrías irte a vivir con Joe —dije.

—¡Oh, no! —dijo, arrugando la nariz, horrorizada ante esa idea—. Su casa está sucísima. Huele mal. Tendrías que ver lo que hay debajo de la cama. O a lo mejor ya lo has visto.

Empezó a recogerse el pelo con el moño flojo, medio torcido, que era su peinado habitual para salir de noche, y yo pensé, y no por primera vez, que ella y Joe tenían una misteriosa semejanza física, pues los dos parecían desaliñados y astrosos de cerca, pero al mismo tiempo tenían un alto grado de belleza objetiva, una belleza imprecisa que no era puramente contemporánea. Lydia nunca parecía una persona aseada; su cutis no estaba picado como el de Joe, pero tenía un tono grisáceo permanente, el gris de alguien que ha comido demasiadas alubias de lata, gelatina artificial y pan blanco mojado en salsa. Los dos tenían un aspecto muy poco saludable, mientras que yo tengo ese brillo convincente de los bien alimentados. Lydia se lavaba de vez en cuando, lo sabía porque la veía o la oía hacerlo; y lavaba su ropa, aunque no con la frecuencia necesaria. Desde el nacimiento de Octavia, me había hecho muy consciente de la suciedad y de la necesidad de lavarme; hasta me había llegado a dar cierta aprensión el aspecto de Lydia.

Cuando se volvió del espejo, estaba muy guapa, a su manera un poco chabacana.

—¿Qué hora es? —me preguntó—. ¿Me da tiempo a pintarme un poco antes de que llegue Joe?

—Son menos cinco —dije.

Se volvió de cara al espejo.

—Voy demasiado vestida, ¿no? —dijo, mientras se extendía el maquillaje.

—Lydia —dije en tono firme, intentando volverla a llevar al tema que me preocupaba—. ¿De verdad quieres quedarte?

—Claro que sí —dijo—. Me viene estupendamente.

—Entonces, supongo que puedes, porque mis padres no vuelven todavía. Estarán fuera un año más.

—¿De verdad? —Se volvió en redondo, evidentemente encantada—. Eso es maravilloso. ¿Cómo has logrado convencerlos de que no volvieran?

—No lo he hecho —dije—. Acabo de recibir una carta en la que dicen que se quedan.

—¡Qué maravilla! —Se volvió de nuevo de cara al espejo y se pintó los labios, y todavía de espaldas a mí, continuó—: Oye, Rosamund, ¿no habrás destrozado mi manuscrito adrede para intentar deshacerte de mí? ¿No, verdad?

—¿Cómo? —dije, en tono indignado, y no sin justificación—. Qué idea más absurda. Claro que no. ¿Qué te ha hecho pensar semejante cosa?

—Nada, nada —respondió Lydia—. No, sé que tú no harías nunca algo así. ¿De verdad me puedo quedar?

—Si quieres... —empecé a decir amable y magnánimamente, y en ese momento Joe llamó al timbre.

Fui a abrir, Joe estaba un poco borracho y me besó con caluroso afecto cuando le dije que pasara.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó.

—Luego te lo cuento —respondí y enseguida apareció Lydia, alegremente maquillada; algún mechón de cabello suelto a la altura de las mejillas estaba moteado de maquillaje rosa y en el rabillo de sus grandes ojos se le formaban pequeñas lagunas polvorientas.

—¿No es maravilloso? —dijo al vernos—. ¿No es maravilloso que pueda quedarme?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joe, y yo tuve que explicar una vez más que mis padres no volverían todavía, y entonces nos tomamos una copa para celebrarlo, que Joe salió a comprar, porque ese mes a mí no me había dado el dinero para comprar nada de alcohol. Luego se fueron a la fiesta, y ahí quedó todo, si no fuera porque Lydia tuvo que volver a escribir realmente dos capítulos enteros y pasarse varias horas recomponiendo las hojas con papel celo; y, cuando salió, no tuvo muy buenas reseñas. Esto sí que logró enfadarla: estuvo horas y horas despotricando contra todo bicho viviente, insultando denodadamente a sus críticos, atacando su vida privada, su educación y sus afinidades, y cuando le indiqué que alguna vez tenía que tener una mala reseña, la tomó conmigo y no me perdonó en mucho tiempo. A Joe le puso muy contento la noticia, pero desde lejos, pues para entonces él y Lydia lo habían dejado para siempre, y hoy no se ven nunca, aunque yo lo sigo viendo, pues, como descubrí con el paso de los años, una amistad incestuosa sobrevivirá siempre a cualquier amor apasionado.

Era Nochebuena cuando me encontré con George. Las circunstancias tienen una belleza indeleble, como la belleza del mismo destino. No lo parecía así en el momento, pues la confusión oscureció sus extraños contornos, pero ahora, con la perspectiva que da el tiempo, creo que podría pasarme la vida reflexionando sobre los caminos que tomé, los vínculos que me amarraron.

Beatrice me había invitado a pasar las Navidades con ellos, pero decliné la invitación. Quería ver a Octavia, decía, pero Octavia me pertenecía a mí y a Londres, y no quería que se me difuminara o se me dispersara entre la familia y el campo. Lo que es todavía más extraño, Clare y Andrew también me invitaron: la cortesía tiene siete vidas. También decliné su invitación, pues no tenía muchas ganas de volver a

verlos. Me entristecía darles pena a mi hermana y mi hermano, sobre todo porque yo estaba la mar de contenta: me acababan de ofrecer un puesto para el otoño siguiente en una de las universidades nuevas más atractivas, mi tesis estaba en vías de publicación y, en virtud de ello, mi nombre era muy bien considerado entre quienes estaban en posición de considerarlo. Me sentía a gusto, aliviada: sabía, desde que la terminé, que era un trabajo muy bueno y que merecía plenamente toda la atención que llegara a atraer, y, sin embargo, medio esperaba que pasara desapercibida, como tantas otras antes. En un gesto de buena voluntad académica me había embarcado gratuitamente en un trabajo sobre Cowley, y también me habían invitado a escribir, por un estipendio considerable, un capítulo en una edición de bolsillo de un estudio sobre poesía inglesa: tenía buenas razones para estar de buen humor. También me gratificaba que en el futuro próximo pasaría a ser doctora Rosamund Stacey, un tratamiento que haría mucho en el sentido de obviar la anomalía que suponía la existencia de Octavia.

Pasé la tarde del día 24 en la biblioteca del Museo Británico; no tenía que preocuparme por el día siguiente, ya que Lydia se había ofrecido a cocinar un pavo para mí y había invitado a varias docenas de sus amigos a que vinieran a comerlo. Me gustan las fiestas que da Lydia, sobre todo las que hace en mi casa, pues no tengo que preocuparme por encontrar quién se quede con Octavia y ni por cómo volver. Además Lydia cocina muy bien cuando se pone, aunque su forma de cocinar sea un poco estrafalaria: yo soy mejor preparando platos comestibles, pero ella es excelente para hacer platos sorprendentes y raros, si bien pesados. Cuando los ingredientes son buenos, le suelen salir bien, y me pareció que necesitaría muchas hierbas y combinarlas muy mal, mucho vino y mucho puré de castañas para arruinar, completamente, todo un pavo de tamaño considerable. Por mi parte, estuve leyendo muy tranquila las opiniones de Johnson sobre Cowley y pensando que, tal vez, dentro de dos o tres años debería centrarme por algún tiempo en el estudio de Johnson y el siglo XVIII. Todo me parecía interesante aquella tarde: un humor que no suele ser muy frecuente. A la salida, a las cuatro y media, todo el mundo me felicitó las Pascuas y lo mismo hice yo; me gustan las encargadas del guardarropa que no salen de los guardarropas, las bibliotecarias que no salen de las bibliotecas y los porteros que no salen de las puertas. Sólo me entra pánico cuando me siguen por la calle.

De camino a casa hasta me acordé de comprarle un regalo de Navidad a la señora Jennings, que me había recordado mi obligación al hacerle ella uno a Octavia antes de que yo me fuera. Era una de esas pelotas que tienen dentro un cascabel. Le compré una caja de jabón y perfume y me apresuré a volver a casa. Cuando llegué, la señora Jennings me agradeció el regalo y me dijo que Octavia había jugado con la pelota, pero que parecía un poco molesta y que moqueaba mucho. La miré, y, en efecto, moqueaba.

—No es gran cosa —dijo la señora Jennings, en cuanto vio que me había alarmado—. Sólo unos cuantos mocos. Supongo que serán los dientes.



—Sí, eso espero —dije.

—Probablemente se lo pasé yo —dijo la señora Jennings—. Cuando vine el lunes, tenía mucho dolor de garganta, pero no quise preocuparla.

—No se preocupe, no pasa nada —dije.

—Pues felices Pascuas, entonces —dijo la señor Jennings, y después de que convencí a la pequeña de que le dijera adiós con la mano, se fue, y me quedé yo sola para considerar la gravedad del resfriado. No parecía muy fuerte, tengo que admitirlo, pero sin duda la pequeña estaba resfriada, y no lo estaba por la mañana cuando yo me fui. Miré la hora. Eran pasadas las cinco. Me pregunté si debía acercarme a la farmacia y comprar penicilina, para la que Protheroe me había dado una receta permanente, pero decidí que no, porque no tenía con quien dejarla mientras iba, y no podía sacarla a esa hora con el tiempo gélido que estaba haciendo. Así que decidí que iba a hacer como si no me hubiera dado cuenta, y seguí con la rutina normal, le di el biberón y los cereales, jugué con ella y la acosté, aunque no la bañé. Como me había dicho la señora Jennings, en efecto, parecía un poco molesta, pero sólo molesta, y cuando la metí en la cuna no lloró ni se quejó, como siempre.

Entonces me puse con mis tareas vespertinas: me lavé la cabeza, como un gesto para las festividades del día siguiente, y luego me senté junto al fuego a poner en orden mi correspondencia y los papeles de los impuestos, que se me habían ido acumulando y formaban un montón de dimensiones abrumadoras. Había recopilado bastante información sobre qué exenciones de impuestos tenía o no derecho a solicitar como madre soltera y estaba descubriendo, para mi gran indignación, que no podía incluir el salario de la señora Jennings, cuando oí toser a Octavia. No mucho, una vez. Fui a echarle un vistazo, y parecía tranquila, y su respiración era la respiración regular del sueño de los niños, y ya no moqueaba, ni siquiera tenía la nariz tapada. Mientras la miraba, se rebulló y volvió a toser. Fue una tos tan ligera, tan suave, como si se aclarara la garganta, que sabía que no debía darle importancia; sabía que no era nada. Y, sin embargo, sentía hasta tal punto el peso de la responsabilidad que no me creía lo que sabía que era cierto. La idea de una larga Navidad, sin médicos, sin penicilina, me oprimía más de lo razonable; y no podía soportar la idea de que cualquier negligencia mía, por insignificante o permisible que fuera, le causara un posible daño. Me di cuenta de que tendría que ir a por la penicilina, aun cuando la razón volviera a reafirmarse una vez que la tuviera en mi poder, porque sospechaba que decidiría, si la tenía a mano, que no valía la pena despertarla para dársela. Y, sin embargo, como no la tenía, no me quedaba más remedio que ir a buscarla. Salí de la habitación y miré la hora: eran más de las ocho.

Por suerte, vivía a diez minutos andando de una de las farmacias de 24 horas que hay en el centro de Londres, John Bell and Croydon, que está en Wigmore Street. Pensar en lo cerca que la tenía me había consolado en más de una ocasión, aunque lo máximo que había comprado allí era un termómetro y un frasco de jarabe. Sin embargo, por cerca que fuera, no me gustaba la idea de dejar a Octavia sola en el

piso. Aunque no iba a estar fuera más de veinte minutos, y eso por su bien. Y aunque nunca se despertaba por la noche. E incluso aunque, si se despertara, no podía hacer más que llorar, y llorar veinte minutos nunca ha hecho mal a nadie. No podía pasarle nada, me dije, y, sin embargo, no era capaz de dejarla.

Volví al cuarto de estar e intenté descubrir por qué era tan reacia a irme dejándola sola. Mis miedos debían de tener una base racional, o incluso irracional. Tenía la vaga idea de que era ilegal dejar a niños pequeños solos en casa por la noche, aunque sabía que esta sospecha la había sacado de un comentario marginal en una novela moderna, de la que podría dar todo lujo de detalles: no se podía decir que fuera una autoridad legal. Y, aunque existiera una ley tan poco probable, apenas se podría aplicar por los pelos a mi situación. Así que ¿qué temía? ¿Temía, disparatadamente, por temer, sin más? ¿Hasta tal punto había perdido el sentido común? ¿Había arraigado en mí una aprensión tan profunda que ni mi propio carácter ni mi voluntad podían nada contra ella? No lo creía, no quería creerlo, y pasaron cinco minutos antes de encontrar una respuesta. Suponte, me dije a mí misma, sólo suponte, que mientras estoy fuera se prende fuego en el edificio. Si sucediera, sólo yo sabría que Octavia estaba dentro, por lo que nadie se preocuparía de rescatarla, y para cuando volviera podría ser demasiado tarde. Esto es lo que me dije a mí misma, y me pareció razonable. No estoy hecha para este tipo de responsabilidades, pero lo hago lo mejor que puedo.

Habiendo por fin arrinconado triunfalmente, como el gato al ratón, mi escurridizo temor, supe de inmediato lo que tendría que hacer, por desagradable que me resultara. Al final pensar tiene cierta utilidad, aunque a veces lo ponga en duda. Tendría que ir a decirle a alguno de mis vecinos que iba a salir y que tenían que rescatar a mi hija si se prendía fuego en el edificio.

No me suelo atrever a pedir ayuda, pero en este caso no me quedaba más remedio: me pregunté qué vecino debía elegir. La pareja que vivía en el mismo rellano no era muy indicada, siendo como eran los dos muy mayores y además extranjeros. En el piso de abajo, había dos posibilidades: un cantante de ópera y su amante, en una vivienda; y en la otra un hombre de aspecto desagradable y de profesión desconocida, su mujer, siempre con una permanente perfecta, y su hijo, el típico adolescente arrogante. Nunca había tenido trato alguno con ninguno de ellos, ni tampoco mis padres lo habían tenido, que yo supiera. El cantante de ópera y su amante parecían buenas personas, y, sin embargo, de alguna manera no fácil de definir, daba la sensación de que era mejor no confiar en ellos, mientras que en la otra familia parecían claramente antipáticos, pero completamente de fiar. Los primeros siempre sonreían si te los encontrabas en el ascensor, pero los segundos jamás. Las únicas palabras que la mujer de la permanente me había dirigido habían sido para pedirme que no cerrara las puertas del ascensor cuando venía con las manos llenas de bolsas de Harrods. Y recordaba que tampoco había sido una petición especialmente amable. Sin embargo, me pareció que tenía que intentarlo con ellos primero, aunque sólo fuera porque, como ya he dicho, parecían de fiar en un caso como éste.

Me puse el sombrero y el abrigo, eché un último vistazo a Octavia, que dormía a pierna suelta, y luego bajé, dejando la puerta cerrada, pero sin pasar la llave. Llamé al timbre de la familia en la que había decidido confiar, y el hombre respondió con notable prontitud; parecía estar esperando que sonara el timbre. Y de hecho así era: por los ruidos que se oían al fondo, debían de tener una fiesta.

—Perdone que lo moleste —dije, nerviosa, mirando por encima de él hacia la floreada pared del recibidor—. Vivo en el piso de arriba y quería pedirle un favor.

—Pase, pase —dijo el hombre antipático en tono desenfadado—, y cuéntenos qué podemos hacer por usted.

—Oh, no, no puedo pasar —dije—. Tengo que salir un momento, tengo que acercarme a la farmacia, y el caso es que tengo que dejar a mi hija sola unos minutos, y me preguntaba si ustedes podrían... —vacilé, no sabiendo qué era lo que podrían hacer ellos—, si ustedes podrían echarle un vistazo.

—Claro, claro —dijo el hombre aún más jovial que antes—. Le diré a mi mujer que se asome y le eche un vistazo, ¿quiere?

—Oh, no hace falta, realmente —me apresuré a contestar—. No hay que hacer nada, no tiene que molestarse. No se despertará, sé que no se despertará, nunca lo hace. Sólo es por si acaso.

No quería decir, así a boca jarro, por si acaso se prende fuego en el edificio, sonaba absurdo, pero sorprendentemente él me quitó la palabra de la boca:

—De acuerdo —dijo—. No se preocupe, si empezamos a ver humo, subiré a rescatarla.

—¡Oh! ¡Muchísimas gracias! —dije—. Muchas gracias. Enseguida vuelvo. No quería dejarla sin que nadie supiera que está ahí... He dejado la puerta cerrada, pero sin llave, no hay más que empujar. Es muy amable por su parte.

Iba a irme, retrocediendo humildemente, cuando la mujer se materializó detrás de él, momento en el cual, su marido empezó a contarle lo que yo acababa de decirle. Ella parecía alegre y jovial; un broche de diamantes en forma de cesto refulgía en su solapa verde oscuro, y también se puso a darme muestras de sincero desvelo.

—Subiré un momentito, por si se escucha algo, ¿quiere?

—No es necesario —repetí.

—¿Y cómo está su pequeña? —continuó—. Estuvo muy malita, ¿no? Me preocupaban mucho las dos, y me alegré mucho cuando vi que la pequeña volvía sana y salva del hospital. Pero ahora se la ve bien, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Está muy bien —dije, y añadí por si acaso—: sólo tengo que tener cuidado con ella. Nada más.

—Claro, claro —dijo la mujer, como si supiera todos los detalles de mis desdichas.

—Ahora tengo que bajar a la farmacia —dije, y empecé a alejarme de la puerta poco a poco.

Esto precipitó una nueva oleada de invitaciones por parte de ambos, que me

suplicaron que entrara a tomar una copa, que me uniera a su pequeña fiesta cuando volviera. Me quedé tan sorprendida que habría aceptado, de no haber sido consciente de que debajo del sombrero tenía el pelo todavía mojado; no estaba muy segura de que no dejaran de protegerme si los exponía a su visión. Así que les di las buenas noches y les agradecí su amabilidad, y ellos me desearon feliz Navidad, y lo mismo hice yo, y me fui. Mientras bajaba en el ascensor, me pregunté por qué se habían mostrado tan amables, y se me pasó por la cabeza si no estarían los dos un poco alegres por el alcohol; pero luego se me ocurrió que había sido en gran medida el hecho de haberles pedido un favor lo que los había vuelto más cordiales. Había admitido que necesitaba algo, y no hay perspectiva que reconfortante que la visión de la necesidad de otro cuando podemos satisfacerla sin esfuerzo por nuestra parte. No es que quiera minusvalorar su amabilidad, pues fueron muy amables, y la mujer había estado de verdad preocupada por Octavia, aunque no me puedo imaginar cómo o por qué se había interesado por ella; y es verdad que después de aquella noche siempre me trataron con la mayor amabilidad y consideración, se interesaban por la nena y por mi trabajo e incluso compraron mi libro y me pidieron que se lo dedicara, pese que la poesía del siglo XVI no debía de ser su tema de lectura favorito. Lo compraron por mera amabilidad conmigo, de la misma manera que me invitaron a tomar una copa en Nochebuena. Si pidiera más favores, la gente me parecería más amable.

Hacía mucho frío y había una ligera neblina; los coches aparcados tenían una fina capa de escarcha, que brillaba a la luz de las farolas. Caminaba deprisa, porque no quería demorarme mucho. Estaba más bien contenta, animada por haberme atrevido a dirigirme a los vecinos, y segura, ahora que me había puesto en movimiento, de que Octavia no tenía más que alguna molestia debida a la dentición y un ligero moqueo. Me gusta ir a las farmacias de veinticuatro horas, pues comparten el mismo tipo de *glamour* que los cafés, los bares, los aeropuertos y las lavanderías que permanecen abiertos toda la noche. Había cola dentro, inevitable, supongo, así que me puse la última bajo aquella luz un tanto lúgubre, entregué la receta cuando me llegó el turno y fui a sentarme a esperar que me la prepararan. En el centro del local, que es muy grande y no estaba muy iluminado, hay un acuario con peces tropicales, rodeado de un banco circular. Me senté y observé los peces, moviéndose interminable y tranquilizadamente en su jaula de cristal, y me pregunté si los peces dormirían. Estuve contemplándolos unos minutos, y entonces, al apartar la vista, oí a alguien que me decía:

—Rosamund.

Alcé los ojos, y era George.

Estaba de pie, delante de mí, sonriendo suavemente, tímidamente, y quise levantarme, pero no me aguantaron las piernas. Creo que no fui lo bastante rápida en hablar, aunque conseguí decir:

—¡Hombre! ¡Pero si es George!

Llevaba tanto tiempo sin verlo, tan grande fue mi sorpresa, tantos pensamientos

me asaltaron, tanto se turbó mi corazón que me abandonaron las fuerzas. Me quedé sentada, sin palabras y lo miré, un sonrisa en la boca, porque estaba aterrada de que se fuera de nuevo y me dejara, de que estuviera de camino hacia algún lado, de que no le apeteciera detenerse un momento. Quería retenerlo: quería decirle, quédate conmigo, pero se me había secado la boca y no podía hablar. Así que lo miré y sonreí.

—Rosamund —dijo—. Cuánto tiempo sin verte. Pensé que te habrías trasladado. Debe de hacer casi dos años que no te veía.

—Casi —dije yo.

—¿Estás esperando algo? —preguntó.

Y yo asentí y susurré:

—Sí, a que me preparen una receta.

—Yo también estoy esperando —dijo, y se sentó a mi lado. Se sentó a mi lado voluntariamente. Recuperé un poco la facultad del habla y dije:

—¿Estás enfermo, pues?

—No, realmente enfermo no —respondió—. Tengo mal la garganta, nada más. Tengo que cuidarla.

—Te toca trabajar en Navidad, ¿no? —le pregunté.

—Sí, eso es —respondió.

—Sabía que no te habías ido de Londres, aunque no te viera, porque te oía por la radio. Sabía que seguías por aquí.

—Yo te vi una vez, en realidad —dijo él—, pero no te pude hablar. Fue en el metro, y tú ibas en otro vagón, pero te vi al otro lado de las puertas de cristal. Te hice una señal con la mano, pero tú no te diste cuenta.

—No, no te vi.

—Eso pensé.

Nos quedamos callados una vez más, y yo empecé a pensar que mi receta debía de estar preparada.

—Voy a ver si me lo tienen ya —dije.

—No estás enferma, ¿no? —dijo, y luego añadió rápidamente, sin darme tiempo a contestar—: Ya sé que no se debe preguntar nunca a una dama qué precisa de la farmacia.

—No, no estoy enferma —dije y me puse en pie y me quedé un instante mirándolo, y los peces de colores nadaban pacientemente por detrás de su delicada cabeza.

—No llevarás mucha prisa, ¿no, Rosamund? —dijo entonces—. Podríamos ir a tomar una copa a algún sitio, ¿no? Para celebrar la Navidad.

Tardé un instante en responder, plazeramente colgada del futuro, como drogada un instante por la esperanza de lo que tal vez vendría.

—No, no puedo ir a tomar una copa —dije, y luego seguí, en parte para excusarme y en parte para preparar el terreno para una posterior negociación—: Tengo que volver enseguida a casa; he dejado a la niña sola.

Había dado esta excusa tantas veces a otros que no reparé en su trascendencia en aquel lugar y a aquella persona en concreto; no era mi intención delatarme de esta manera, aunque nunca había llegado a pensar convincentemente en otra.

—Entonces, tienes un hijo —dijo George—. Ni siquiera sabía que estabas casada.

—No lo estoy —dije y sonreí, esta vez con confianza plena, pues ahí estaba de nuevo, como si nada hubiera sucedido, en mi antiguo papel, el de la chica con varios amantes, la chica que tiene un hijo de soltera, la chica que hace lo que quiere y no sufre las consecuencias.

Al igual que siempre había hecho antes, se tomó maravillosamente lo que dije, hizo una mueca graciosa y dijo en el tono más amanerado que se pueda imaginar, ese tono amanerado, vulgar, afeminado, que me llenaba de alborozo:

—¡Córcholis, Rosamund! ¡Eres la pera!

—Es una niña muy bonita —continué, con el corazón rebosando de alegría.

—Seguro que sí —dijo—. Un hijo tuyo tiene que ser una gozada de bebé. De eso estoy seguro.

—¿Por qué no vienes y la ves con tus propios ojos? —dije—. Ven y tomamos una copa en casa. Yo tengo que volver porque está sola, pero sería estupendo si vinieras.

Por su manera de mirarme, sabía que aceptaría, o no se lo hubiera preguntado.

—Me encantará ir —dijo—. Eres muy simpática por invitarme, después de todo este tiempo.

Y me miró, una mirada oblicua, sesgada; sus palabras llenas de implicaciones, y, sin embargo, tan suaves e inofensivas, tan de mi parte, apenas en mi contra, sin amenaza alguna, que me sentí desfallecer de puro alivio. Mirándolo, pensé que casi era guapo; con un poco más de peso podría haber sido un hombre muy guapo.

—Estás muy guapa esta noche, Rosamund —dijo, hablando, me pareció a mí, sólo por el placer de hablar—. Más guapa que nunca, si se puede decir algo así.

—Esto está tan mal iluminado que posiblemente no distingas muy bien —dije—. A la luz del día estoy bastante ojerosa y demacrada.

—¿De veras? A mí también se me empieza a notar la edad.

—No creo que puedas llegar nunca a parecer viejo. No tienes el tipo de cara que envejece.

—Con esta luz no lo ves —dijo, a su vez.

—Tengo que ir a buscar mi medicamento. Ya lo deben de tener preparado. Espérame.

—Tú me tendrás que esperar. El mío todavía no está. Vuelve y espera aquí conmigo.

—Vale —dije—. Prefiero esperar a que tengan que esperarme.

Así que me acerqué al mostrador y recogí la penicilina de Octavia, y luego volví a sentarme a esperar al lado de George.

—¿Qué edad tiene tu hija?

Fue lo primero que me dijo cuando volví. Rápidamente, sorprendentemente

rápida para alguien como yo tan mala para las fechas, me di cuenta de que sería mejor y menos comprometido dar una fecha falsa, así que mentí y dije que tenía once meses, aunque todavía le faltaba bastante para alcanzar esa madurez. En cuanto lo dije, me pregunté si había hecho bien, porque me resultaría difícil retractarme, si alguna vez deseaba hacerlo; además, si Octavia hubiera tenido de verdad once meses, yo ya habría estado embarazada cuando tuve relaciones con él. Todo el asunto era demasiado complicado para mí; la verdad parecía haberse perdido para siempre en algún lugar durante los meses que habían mediado desde que nos vimos por última vez. Miré a George y me pregunté si aquello había pasado realmente: no parecía capaz de haberlo hecho; tenía un aspecto tan frágil, tan dulce, tan poco masculino, como el día que nos conocimos, cuando había pensado que sin duda era Joe el que le gustaba. Había tenido esa misma sensación de incredulidad antes con otros hombres, aunque en menor grado, naturalmente: con Hamish, por ejemplo, mi primer amor, a quien me había encontrado, después de dos años de no vernos, y desde entonces había visto con cierta frecuencia, pues él también iba a trabajar de vez en cuando a la biblioteca del Museo Británico. Cuando me lo encontré me quedé sorprendida e impresionada, porque no nos habíamos separado de muy buenas maneras, pero, después de tomarnos un café, habíamos restablecido nuestra amistad y podíamos pasar un buen rato hablando de poesía y de viejos amigos. Nunca había logrado, sin embargo, superar el hecho de que en algún momento nos habíamos amado y conocido tan a fondo; tomando café y pastelitos daneses con él y su mujer me asaltaban de pronto vívidos recuerdos de su labios y sus dientes y su carne desnuda. No eran recuerdos del deseo, porque ya no lo deseaba; más bien eran recuerdos morbosos, antisociales y perturbadores, algo parecido a esos impulsos de desnudarse en medio de un vagón de metro abarrotado o de lanzarse al patio de butacas desde un palco. Imágenes de temor, no de deseo. Otra gente no siente lo mismo cuando piensa en los antiguos amantes, lo sé. Debe de ser un ejemplo más de mi completo desajuste en relación con el sexo.

Cuando George hubo recogido sus pastillas para la garganta, nos encaminamos a mi casa. Hacía demasiado frío para andar despacio, y cuando ando rápido no me queda aliento para hablar, así que hicimos el camino prácticamente en silencio.

Ya en el ascensor, de pronto George dijo:

—Siempre pensaba que te volvería a ver, pero no sucedió así.

Me pregunté si aquello era una excusa o una acusación, pero por el tono era imposible saberlo. Al igual que yo, ocultaba sus intenciones hasta que no quedaba nada de ellas.

—¿De verdad no te enteraste de que había tenido una hija? —dije, a modo de respuesta.

—¿Cómo iba a saberlo? ¿Quién me lo iba a haber dicho? —respondió él a su vez.

Y entonces me di cuenta de otro factor en nuestra delicada situación: si de verdad suponía que yo estaba ya embarazada en el momento de nuestro último y fatal

encuentro, supondría también que dicha circunstancia era una razón más que suficiente para no querer seguir viéndolo. Al margen de él y de si me gustaba o no y de lo que me hubiera hecho. Y suponiendo que hubiera sido yo la que más hubiera evitado todo encuentro. Suponiendo tantas cosas. Agité la cabeza, tristemente perpleja y abrí la puerta del ascensor. Por encima de todo deseaba saber lo que pensaba él. Me habría gustado poder ver lo que bullía dentro de su cabeza. Pero quién sabe, puede que en su cabeza hubiera la misma imprecisa confusión que en la mía, y ninguna claridad.

Me pasé un rato buscando las llaves porque me había olvidado de que había dejado la puerta sin cerrar. Cuando lo recordé, la empujé y abrí. Dejé a George en el cuarto de estar y fui a ver a Octavia, que seguía dulcemente dormida y sin signo alguno de tos o de resfriado. Me pregunté si debía decirle a George si quería verla. Me pregunté si la llamada de la sangre le revelaría, como en los cuentos de hadas, que era hija suya. Pensé que no. No sé si en ese momento consideré contárselo todo; creo que no, creo que estaba esperando a ver lo que pasaba con nosotros. Le remetí las mantitas azules y volví al cuarto de estar con él. Se había sentado y miraba las pruebas de un artículo mío sobre Spenser y el amor cortés; levantó la vista cuando entré y dijo:

—Parece que escribes bastante últimamente. No paro de ver cosas en las que aparece tu nombre.

—¿De veras? —dije, sorprendida, porque raramente escribía para publicaciones que tuvieran una circulación fuera de la profesional—. Debes de leer mucho —añadí.

—Sí, supongo —dijo, y ahí lo dejó.

—Ahora tengo que escribir por dinero —dije—. Antes intentaba que no fuera así; no me parece bien, pero el dinero es el dinero. Lo necesito para comprar sus pomadas de aceite de castor y zinc. Los niños te empujan a hacer un montón de cosas que realmente no te gustan.

Me acerqué a la rinconera donde guardábamos las bebidas y saqué algunas de las botellas que había comprado Lydia para Navidad y unos vasos. Había una botella de *whisky* sin abrir. Serví dos vasos y fui a sentarme.

—Te sienta bien tener un hijo —dijo—. Tienes muy buen aspecto. Incluso a la luz.

—Me alegra que lo digas.

—Vi a Joe Hurt no hace mucho. ¿Todavía os veis?

—Bastante, de una manera u otra. Sale con la chica con la que comparto el piso.

—¿De verdad? Te hartaste de él, ¿no?

—Nunca me gustó tanto, si quieres que te diga la verdad. —Pensé que, después de todo, por qué no decirle un poco la verdad—. Realmente no. Me cae bien, sin embargo.

—Antes no compartías el piso. Lo tenías para ti sola.

—Pues ahí, ya ves, las cosas también han cambiado. Tuve que coger una



inquilina. Para que se quedara de vez en cuando con la pequeña.

—Y por el dinero.

—Sí, por el dinero también. Aunque no me va tan mal.

Y, para que no se formara una imagen espeluznante de mis apuros económicos, empecé a hablarle de mi tesis, de mi nuevo trabajo y de mi brillante futuro. Habiéndole informado de los progresos que había hecho en mi carrera profesional, me sentí con derecho a preguntarle por la suya, y así lo hice, pero él se mostró tan cauteloso como siempre.

—¡Oh! Más o menos sigo con la misma rutina —dijo, en tono evasivo, en respuesta a mis preguntas.

—¿Y por qué no cambias? —dije, sin poder evitarlo—. ¿Por qué no haces algo distinto? ¿No te aburres?

—Eso dijiste la última vez que te vi —dijo—. No sé por qué voy a aburrirme. Para lo que hago, es un trabajo extraordinariamente bien pagado. No sé por qué debería cambiar.

—Podrías conseguir un trabajo en la televisión —dije—. Ahí deben de pagar aún mejor, ¿no?

—No te creas que tanto —dijo George—. Y además no me apetece trabajar en la televisión.

—Lo harías fenomenal —insistí, incapaz de cambiar de tema—. Darías genial en la pantalla. Tienes el tipo de cara, delgada y huesuda. Saldrías estupendamente. Así podría verte además de escucharte.

Y lo decía de verdad, además, aunque él no podría haberlo adivinado. Eso me habría gustado hacer. Y sólo eso.

—De verdad no me gusta la televisión —repitió pacientemente—. Esa máquina te destroza la vida. Dondequiera que vayas, pagas por ello. ¿Por qué tienes tanto interés en que trabaje en la televisión?

—Ya te lo he dicho —dije sinceramente—. Para verte.

—Bueno, pues ¿por qué no eres tú la que sales? Así sería yo el que te viera.

—Yo no quiero salir en la tele —dije—. Tengo un montón de cosas más importantes que hacer.

—Lo mismo que yo —dijo George—. A ver si te crees que eres la única que tiene una vida privada.

Se produjo un silencio. Di un trago de *whisky* y me pregunté qué hacer. Parecía que habíamos llegado a un punto muerto en la conversación, del que no se podía salir, porque ninguno de los dos era dado a facilitar una salida, de modo que podríamos quedarnos ahí, distanciados para siempre, conectados para siempre. No me habría importado que hubiera sido ahí donde nos hubiéramos quedado, pero sabía que una conexión tan tenue no podía durar, no podía permanecer congelada, suspendida, para siempre, sino que se derretiría si se la dejaba ahí, con el simple calor mortal que comportaba seguir con la vida. Si uno no avanzaba hacia el otro, sólo podríamos

separarnos. Como dos peces, preservados en el río vivo y congelado, nos observábamos en silencio a través del aire compacto, resistente, que nos separaba, y no nos movimos. Pasado un rato, cuando el mismo silencio amenazaba con convertirse en un tipo de acción positiva, él por fin habló:

—Canas —dijo—. Te están saliendo canas.

Me llevé una mano a la cabeza y asentí, pues era verdad.

—Debe de ser por todas las preocupaciones que tengo —dije—. Me están saliendo canas por las preocupaciones.

—¿Qué te preocupa? —dijo, con una dulzura que pasaba por alto la frivolidad de mi respuesta, y respondía más a las canas que salpicaban mi cabello.

—Todo, todo me preocupa —dije.

—Cuéntame —dijo él.

—No hay mucho que contar —dije y pensé en Octavia.

A pesar de mí misma, empecé a recordar; recordé cuántas veces había descolgado el teléfono, en aquellos primeros meses, para llamar a la BBC y preguntar por George; hasta qué punto me había contenido de ir al *pub* al que él solía ir y de pasar por las calles por las que era posible que pasara él; cómo acostada en la cama del hospital había oído su voz a través de los audífonos que nos daba el centro, cómo había llorado, despierta por la noche, y había deseado compartir el dolor por la dolencia de mi hija y la alegría de su alegría, hasta qué punto había aguantado y sobrevivido y le había librado a él de tanta pena, y pensé que no podría renegar de todo lo que había hecho. E insistí:

—No fue nada. La niña estuvo muy enferma. Pero ahora está mejor.

—Lo siento —dijo George—. ¿De qué se trataba? ¿Era grave?

—No, nada grave —dije—. Lo que pasa es que me preocupo por todo.

—Debes de haberlo pasado mal —dijo George—. Has adelgazado, pero te sienta bien.

—Bueno, no me puedo quejar. A otros les va mucho peor que a mí, ¿no? ¿Por qué me iba quejar? No quiero quejarme. Mejor cuéntame de ti.

—No tengo nada interesante que contar —dijo—. No he tenido un buen año, pero por fin se ha terminado. Háblame de ti. Me interesa más lo que tú me cuentes. ¿Han regresado ya tus padres? Estaban en algún lugar de África, ¿verdad?

—No, no han regresado, se han ido a India directamente. Se suponía que iban a volver, pero cambiaron de opinión y se fueron a India.

—¿Y les gusta?

—Pues no lo sé. Se acaban de ir.

—Viajan mucho, ¿no? —dijo George—. Yo también estaba pensando en irme una temporada fuera.

—¿Para qué?

—¡Oh! No lo sé —dijo George, mirando su vaso con una sonrisa en los labios—. Para cambiar. Para salir de aquí. Para ver si ocurre algo. No hay nada aquí que me

ate.

Y me miró, y a mí me dio la misma sensación que me había dado muchas veces charlando con él, la sensación de que estaba a punto de confesarme algo, de hacer un acercamiento que, una vez hecho, ya no se podría negar. Y yo, por mi parte, me sentí casi capaz de una escena parecida a la que había montado en el hospital, cuando me habían fallado otros medios de comunicación más civilizados; me sentí al borde de las lágrimas, de romper en sollozos, y me agarré con fuerza a los brazos del sillón para no echarme al suelo de rodillas delante de él e implorarle afecto, tolerancia y compasión, cualquier cosa que lo mantuviera a mi lado y me salvara de mi soledad, de los impresos de Hacienda, de echarle tanto de menos. Las palabras formaban dentro de mi cabeza frases como: «Te quiero, George, no me dejes, George». Me pregunté qué pasaría si dejara escapar alguna. Me pregunté cuánto daño causaría.

—¿Y a qué parte del mundo pensabas irte? —le pregunté.

—¡Oh! No me iré realmente a ningún lado —dijo—. Sólo era una idea que se me pasó por la cabeza.

—Yo no me iría al extranjero —dije.

—Tampoco te lo he pedido —dijo él—, pero puedes venirte conmigo, si quieres.

—¿De verdad? —Apuré mi vaso—. ¿Y me puedo llevar a Octavia? No podría irme sin ella.

—¿Ni siquiera conmigo? —dijo George.

—No, ni siquiera contigo.

—No hay ninguna razón para no llevarla —dijo—, aunque yo soy negado para los niños.

—Mi niña es preciosa —dije—. Es una niña muy guapa.

—¿Cómo no iba a serlo siendo hija tuya? —dijo él—. Y también me gusta su nombre. Es un nombre muy bonito, Octavia.

—A mí también me gusta —dije—, aunque hay mucha gente a la que no le gusta. Se lo puse por Octavia Hill.

—Octavia Hill, ¿quién era? ¿No era una de aquellas heroínas del feminismo y el socialismo?

—Si quieres que te diga la verdad —dije, y era la primera vez que iba a admitirlo—, no estoy muy segura de lo que hizo, pero una vez que lo elegí, no me atreví a investigar mucho, no fuera a ser poco adecuado o algo peor. Creo que fue socialista. Espero que fuera socialista. Aunque supongo que da un poco igual, ¿no?

—Sí igual da. En cualquier caso, tú la llevarás por el buen camino, ¿no? Al margen de lo que hiciera su tocaya.

—No sé cuál es el buen camino —dije—. Supongo que la manera en la que me educaron a mí está bien, pero no sé si me hizo mucho bien.

—No sé. Parece que no te ha ido mal, parece que te ha ido tan bien como a cualquier otro, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por lo que dices, tienes un buen trabajo y una hija encantadora. ¿Qué más se puede querer?

—Alguna querría también un buen marido —dije.

—Pero seguramente tú no —dijo George—. Nunca pareciste querer un marido.

—No, tal vez nunca lo parecí. Aunque a veces sería más fácil tenerlo. Sería estupendo tener a alguien que me hiciera la declaración de Hacienda, por ejemplo —dije, señalando con gesto desesperado los papeles dispersos por la alfombra.

—No se puede tener todo —dijo George.

—No, claro que no. Y tengo más que mucha gente, he de admitir.

—Lo mismo que yo —dijo George—. Lo mismo que yo. Aunque yo también tengo mis momentos de debilidad. A veces pienso que sería estupendo tener a alguien que me planchara las camisas. Pero, claro, sé que siempre lo puedo hacer yo mismo. Tan bien como cualquiera. De la misma manera que probablemente tú te las apañas mucho mejor con la declaración que la mayoría de los hombres. Así que eso no es argumento para nada, ¿no?

Nos sonreímos débilmente, una sonrisa nublada.

—¿Por qué no vienes a ver a mi pequeña?

—¿No la despertaré? —contestó él, reacio.

—No se despierta nunca —dije, conduciéndolo por el pasillo, para mi diversión, no para la suya, y abrí la puerta del cuarto de Octavia.

Estaba tranquila en la cuna, con los ojos cerrados y los puñitos dulcemente colocados sobre la almohada, y yo pasé la mirada de su cara a George y reconocí que era tarde, demasiado tarde. Ya no podía sentir por nadie lo que sentía por mi hija: comparada con los perplejos y caprichosos destellos de George, Octavia brillaba con una luz débil, constante y nacarada, lo bastante fuerte para eclipsar el resplandor de cualquier futura llamarada. Era una mala inversión, lo sabía, ese afecto, un afecto que en años venideros me dejaría fría, en la más completa oscuridad, pero ¿qué pasión ardiente duró alguna vez más de seis meses?

—Es muy guapa —dijo George.

—¿Verdad que sí?

Pero fueron estas palabras de coincidencia aparente las que midieron nuestra irremediable distancia, porque él había hablado para complacerme, y yo porque era la verdad. El amor me había aislado con más efectividad que el miedo, el hábito o la indiferencia. Había una cosa en el mundo de la que estaba completamente segura, y esa cosa era Octavia. Había perdido el gusto por las cosas inciertas, las cosas medio sabidas. Vi que George no sabía nada con semejante certeza. Ni envidiaba ni me compadecía de su indiferencia, porque él era la persona que habría sido yo, de no haber sido por un accidente, por el destino, por la suerte, por mi condición de mujer.

Me siguió por el pasillo de vuelta al cuarto de estar, y allí le pregunté si quería otro *whisky*. Pero se lo pregunté de tal modo que tuviera que decir que no, y dijo que no.

—Me tengo que ir ya —dijo—. Empiezo a trabajar muy pronto por la mañana.

—¿Ah sí?

—Me ha gustado mucho volver a verte —dijo—. Cuídate, ¿eh?

Avanzó hacia la puerta.

—Sí —dije—, me cuidaré. No dejes de decírmelo, si te vas fuera. Si te vas al extranjero.

—Te lo diré —dijo—. Y tú no andes preocupándote por cualquier cosa.

—No lo puedo evitar, preocuparme —dije—. Es mi carácter. Y no se puede hacer mucho para cambiar el carácter, ¿no es verdad?

—No —dijo George con la mano en el tirador de la puerta—. No se puede hacer nada de nada.



MARGARET DRABBLE (Sheffield, Inglaterra, 5 de junio de 1939) es una novelista y crítica literaria inglesa.

Drabble nació en Sheffield (Yorkshire), siendo la segunda hija del abogado y novelista John F. Drabble y la maestra Kathleen Marie. Su hermana mayor es la novelista A. S. Byatt y su hermana menor es la historiadora Helen Langdon.

Después de asistir al internado Mount School en York, en donde su madre trabajaba, Drabble obtuvo una beca para el Newnham College, Cambridge, en donde estudió inglés. En 1960, se unió a la Royal Shakespeare Company y llegó a estar bajo la tutela de Vanessa Redgrave. Sin embargo, Drabble abandonó la Compañía para iniciar una carrera literaria. Su primera novela, *A Summer Bird Cage*, fue publicada en 1963. Entre 1980 y 1982, presidió la National Book League.

Drabble estuvo casada con el actor Clive Swift entre 1960 y 1975. La pareja tuvo tres hijos, uno de los cuales es la personalidad televisiva Joe Swift. En 1982, se casó con el escritor y biógrafo Michael Holroyd. El matrimonio reside en Londres y Somerset.

Drabble fue nombrada dama comendadora de la Orden del Imperio Británico en 1980. La Universidad de Cambridge le otorgó un doctorado honorario en 2006. En 2008, fue ascendida a Dama Comandante de la Orden del Imperio Británico.

# Notas

[1] Referencia a la novela de Hawthorne, *La letra escarlata*, cuyo título alude a la costumbre en las colonias puritanas de Nueva Inglaterra de coser una A color escarlata en el pecho de las mujeres adúlteras. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*]. <<



[2] Rosamund está haciendo una tesis sobre la poesía inglesa del siglo XVI, y *Astrophel y Stella* es el título de una colección de sonetos amorosos compuestos por Philip Sydney hacia 1580. <<

[3] John Bunyan (1628-1688), autor de una de las obras más importantes y más traducidas de la literatura religiosa de todos los tiempos: *El progreso del peregrino* (1678), una alegoría del viaje de los cristianos por la vida para alcanzar la salvación.

<<

[4] Harley Street es una calle en el centro del Londres, cercana a Oxford Circus, en la que, ya desde el siglo XIX, muchos médicos, tanto generales como especialistas, abrieron sus consultas privadas. <<

[5] Beatrice Webb (1858-1943), socióloga y economista socialista, fue una de las fundadoras de la Universidad de Economía y Ciencias Políticas de Londres. <<

[6] Octavia Hill (1838-1911), reformadora social, luchó por ofrecer viviendas dignas a los trabajadores de las ciudades y por la protección pública de lugares históricos y parques. <<

[7] Sir Frederick Truby King (1858-1938), médico fundador de la Plunket Society, cuyo objetivo era la implantación de «principios científicos» en la nutrición y el cuidado de los niños. Entre sus controvertidas opiniones se encuentra la de que las mujeres no debían recibir educación superior, pues era perjudicial para sus funciones maternas y, por consiguiente, para toda la raza humana. <<

[8] Referencia a la novela *Washington Square* (1880) de Henry James.<<